



CRISTÓFORO COLOMBO

PALOS III AGOSTO MCDXCH

EL MONUMENTO A COLON, OBRA DE ARNALDO ZOCCHI,
ERIGIDO EN BUENOS AIRES POR LA COLECTIVIDAD
ITALIANA COMO UN HOMENAJE A LA ARGENTINA

(Fotografía de LA NACION)



La llegada de Castles y Bellonte, a Nueva York, después de haber realizado el magnífico vuelo desde París.



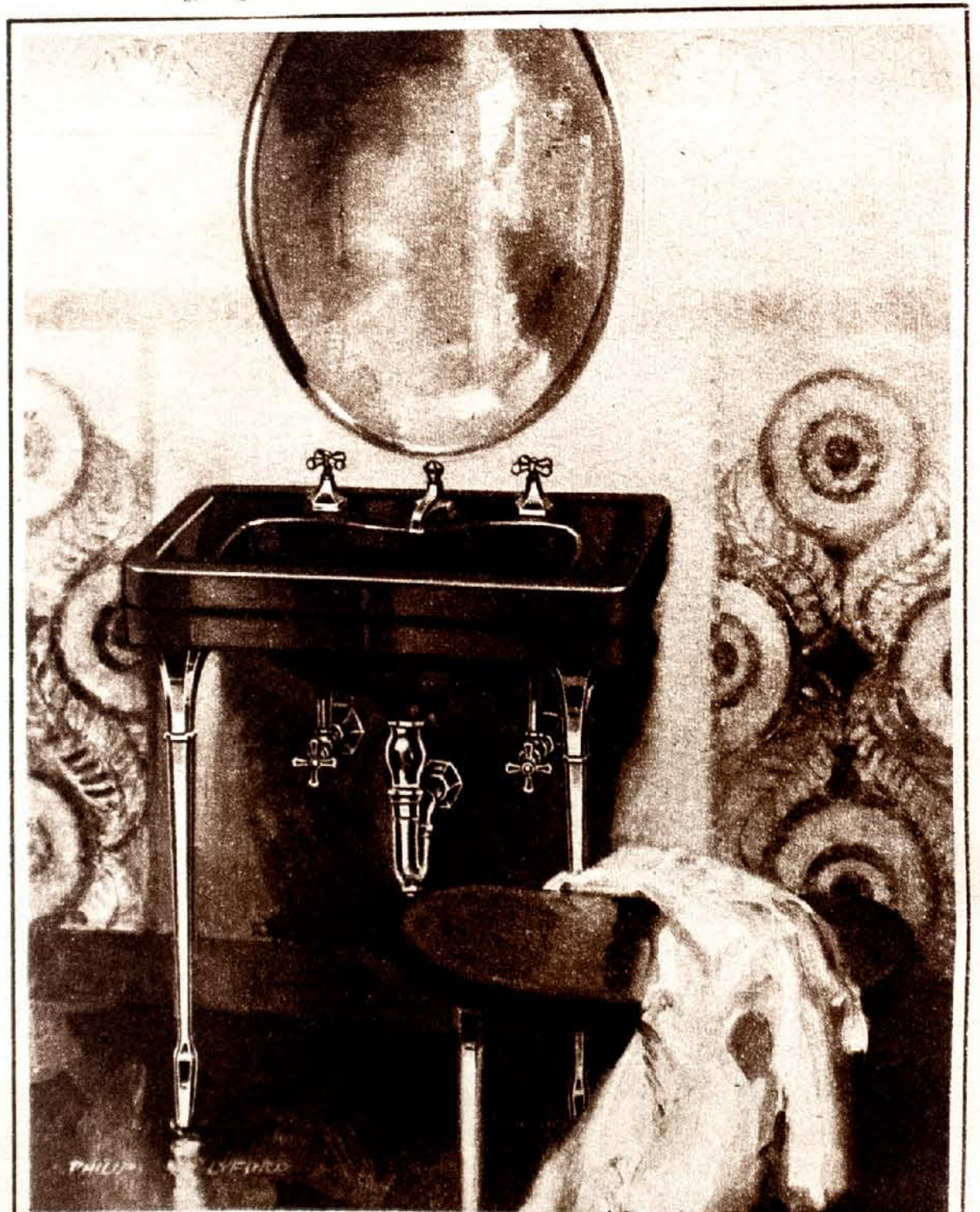
El "7" tripulada por los pilotos franceses, volando sobre Nueva York.



Buster Keaton, acompañado por Rolland Gilbert, pasa sus vacaciones en Biarritz.



La condesa De Zogheb, a quien se considera una de las grandes bellezas de la sociedad de Bucarest.



Visite nuestro salón de exhibición Standard Sanitary Ware en Córdoba, y en Buenos Aires.



EL EVADIDO

POR

J. MIRANDA KLIX

ILUSTRACION DE RODOLFO CLARO

LAS palabras no han encontrado todavía el camino de mi confianza. Se encuentran bien sobre mi boca, o en mis oídos; entran y salen con facilidad; pero mi alma las recibe con una obscura inquietud, como quien teme ser asesinado por sus visitantes. Es que yo no fui creado sino para decir muy pocas cosas, y aun éstas, con palabras pensadas y elegidas por otro para mí.

Pero de pronto me ha invadido un torrente de palabras sonoras, que llegan por todas partes: por los ojos, por los oídos, por las manos; se confunden en mi alma y forman un torbellino abigarrado y ensordecedor. Cierro los ojos y me pongo a escuchar el ruido de esas voces en mi cerebro. Como cuando el tripulante de un barco apoya la oreja contra las tablas del piso para oír el jadeo del río. Eso... Eso... Me lleno de un zumbido pesado, que se alarga muy lejos.

Si apoyo la mano contra el suelo, rápido, una palabra desvela en mi cerebro una imagen helada: mármol. Pero si meto la mano en el bolsillo y repito: mármol, mármol, mar-mol... entonces la palabra se rompe, comienza a girar, y la imagen se escapa de entre sus dos sílabas. Mar-mol: ya no quiere decir nada, no significa nada, nunca quiso decir nada... Y yo me forjo la ilusión de haber destruido una palabra. Pero al poco rato, mi mano vuelve a tocar el suelo, y la palabra salta, brilla, nuevita y alegre y con su imagen dentro. Mármol: una cosa dura y helada. Y es que cada palabra es un pedacito de eternidad.

Yo no veo bien; el otro me ha hecho bastante miopo. Era como un furor que tenía de hacer miopes a todos sus personajes, como si quisiera que se perdieran en el propio defecto de la auténtica miopía de los ojos. Los largos de las distancias per-

sonalidades que su angustia creadora me fué haciendo asumir, siempre conservé esta característica desagradable; como si el espectáculo del mundo fuera demasiado violento, querría que lo mirase a través de ese velo opacado. Quizá.

Las fachadas de las casas de enfrente apenas si me son perceptibles como manchas coloreadas de distinta manera; pero, en cambio, puedo ver muy bien el cuero de mis zapatos, sus suelas enormes, los pliegues y repliegues de mi pantalón. (Apretada contra el perfil de mi pierna, está la valija del otro. No sé; parece que me acompañara, y por eso la quiero. Paso cariñosamente la mano sobre ella: cuero. Cue-ro...).

Mi fuga está comentada con una risa de burla en la cara de piedra del Destino. El otro estaba en el café, instalado en su gesto de siempre, confiado y alegre. De vez en vez turbaba el vivero de sus imágenes con una búsqueda inútil, se divertía un momento en barajar dos o tres de las más brillantes y volvía a la contemplación displicente de la primer violinista de la orquesta. Todo a su tiempo y sin desconfianza... Pero es que él ignoraba lo que había de venir.

De pronto se produjo la terrible explosión. Vibró toda la casa como si hubiera sido descuartada desde sus cimientos; hubo un rápido bailoteo de luces... y las tinieblas se derrumbaron como una ola negra desde muy arriba.

No se podía ver nada. Pero después sí. Yo miraba el palco deshecho de la orquesta, levantaba la vista y la arrojaba un poco más lejos, y veía todo turbio, sin contornos, con humo y con polvo. Entonces dejé caer la mirada al fondo del vaso, y mi ojo se reflejaba en la superficie del vino, grande, obscuro, aburrido. Pero si movía el vaso, se llenaba de pliegues, de círculos temblorosos...

El salón parecía la cubierta de un buque naufrago. Palos inútiles se levantaban aquí y allá, maderas, muebles destrozados. Había algunas luces débiles, como asustadas. El dueño revisaba los escombros en compañía de dos agentes. De pronto me descubrieron, sentado en mi mesa, mirando mi ojo en el fondo del vino. Uno de los policías preguntó:

—¿Y ese?

Sentí que aquella pregunta me lastimaba de alguna manera... Pero antes es necesario anotar que yo no soy un hombre, sino un personaje... Me palpo el cuerpo, los brazos, y experimento la sensación de ser de carne y hueso; pero esto seguramente debe ser una treta del otro. El otro se llama Vanne, Carlos Vanne; escribe en los diarios y publica cuentos: es flaco, es feo, se parece bastante a mí. Durante mucho tiempo viví dentro de su cráneo como en un mundo de nubes. El otro me hacía sufrir transformaciones dolorosas: tan pronto era un príncipe austriaco como un emigrante portugués. (Algunas características

que Vanne consideraba esenciales, no variaban jamás: la miopía, por ejemplo; pero esto está dicho ya). Sin embargo, yo "estaba"... Me explicaré: la poca costumbre de tener palabras para mí solo me desconcierta un poco: es como si a un niño pobre le regalaran de pronto una montaña de juguetes, y los manoseara a todos sin jugar con ninguno. Así yo. Las palabras se llenan con mi voz, pero se me escapan demasiado rápidamente, sin acabar de desnudar su significado. Por eso me veo precisado a reforzarlas con ciertas entonaciones, como si las subrayara... Yo "estaba". Quiero decir que mi existencia era independiente y a veces rebelde al fantaseo de Vanne. El me encontró en alguna esquina de la vida, ya hecho. Era inútil que quisiera agregarme un rasgo más, cambiar alguna de mis características. Yo me rebelaba y él no podía imaginarse sino como era. Lo único que pudo imponerme fué su miopía, y aun ésta me parece extraña, como si no fuera seria, sino una broma forzosa. Yo lo he visto muchas noches andar por las calles más solas, fatigando las nubes que anidaban en su cerebro, tratando de encerrarme en sus moldes literarios. Y era inútil. Yo era demasiado fuerte para él, y vivía sin tragedia, hueco, en un rincón de su alma. Otras veces me entregaba su cuerpo como una prenda vacía para que yo me lo pusiera y actuase; pero él se quedaba también, vigía en la torre de su frente, acuchillándose con su análisis. En esos breves instantes, yo me sentía libre, capaz de ser, pero al poco la observación angustiosa del otro, que penetraba la carne de mi alma como una sucesión de cuchillos rápidos, me vencía; me iba desarmando poco a poco, y caía nuevamente al fondo nuboso del cráneo de Vanne. Y me sentía defraudado, pálido de ansias de vivir como todos; de lograr mi alegría y mi pena como cualquier personaje, de decir las cosas (Continúa en la pag. 32)

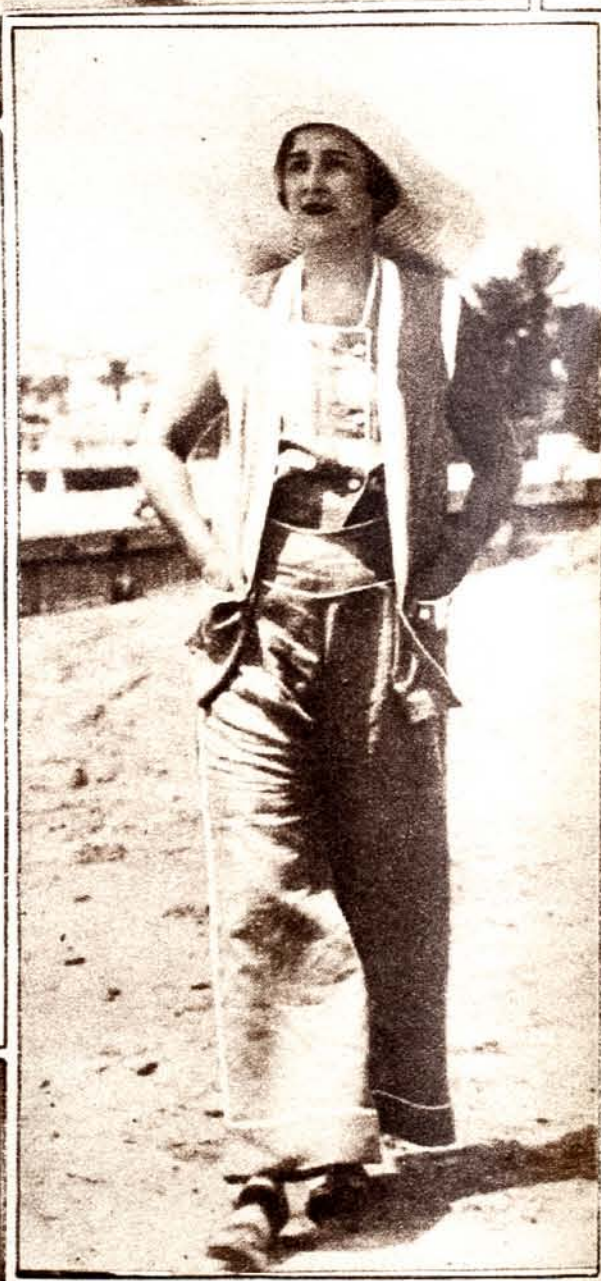
Film Social



Las Sras. Elisa Novaro Méndez, Estela Ayarragaray y María Lidia Novaro Méndez en el patio andaluz del paseo de Palermo.



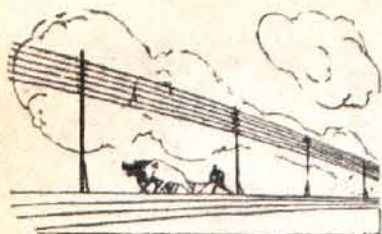
La Sra. Virginia Anasagasti Blaquier.



La Sra. Julia Catabussa de Oliveira Cezar en la playa de Cannes.



El juego "Halma" mantiene la expectativa del grupo juvenil formado por los niños Juan Carlos, Rosa, Angélica y Abel Bengolea Ocampo.



ASPECTOS DE LA VIDA ARGENTINA

La ciudad en la chacra

NACION MACROCEFALE

CAPITAL con la quinta parte de la población total: problema, desequilibrio, amenaza, inarmonía, fealdad. Todas las taras y riesgos de lo monstruoso. Cuestión complejísima no agotada en erupciones copiosas de voces y de tinta.

Una ciudad; una campaña. Ciudad portentosa; campaña inmensa. La campaña sueña con la ciudad; la ciudad ignora la campaña. Una fábula las une y las separa.

EL HOMBRE DEL ASFALTO

Lee la prensa diaria. Sabe que hay provincias y ciudades en ellas. La política efervesce allá. Lidian y se destruyen los hombres. De allá vienen los frutos nutricios. Gauchos e inmigrantes se han entendido bien. Hay riqueza, nuestra gran riqueza, orgullo nacional. Hay tradiciones, usos y costumbres que trasunta algún libro y algún sainete. Los gráficos registran el paisaje. Hay mucho de pintoresco y no es todo temible fuera de los balnearios y estaciones serranas. Chumbicha, ¿queda cerca del Tandil? ¿Se da en Chivilcoy la caña de azúcar? Los naturales de Carhué ¿se entienden en guaraní? Más allá de esos graciosos pueblecitos a los que se llega en veinte minutos por los eléctricos, la campaña es una extensión brava no exenta de cierta belleza y donde las gentes, acostumbradas, pueden realizar su vida y hasta ser felices.

EL HOMBRE DE LOS SURCOS

Ha hecho detener la aporcadora junto a la tranquera. Pasa el ómnibus correo que le devuelve el hijo, alumno de la escuela próxima (unas dos leguas) y le entrega el ejemplar de LA NACION del día.

Echa su ojeada a los títulos. Asuntos que dejó a debatir Clemenceau. Se conjura el conflicto ruso-chino. ¿Modifica el fascismo algunos puntos de su sistema? No se aquieta la política española. El problema del desarme mantiene sus graves incógnitas. El mercado americano tiene perspectivas optimistas. Los sucesos internos; obscuridad y agitación. El último experimento agrícola. ¿Qué hay de la epizootia del Sur? Oscilación del mercado frigorífico. Se inaugura un gran asilo taller escuela. La experiencia de las películas parlantes. La moda de París.

El hombre del surco abarca el planeta. Luego se introduce en la capital de su país. En el comedor de la población, el receptor de la radiotelefonía va informando a la familia, entre la serie de cantables, recitados, conferencias y arengas que vomita la actividad metropolitana, de lo interesante y lo vano, lo necesario y lo superfluo.

El hombre de los surcos tiene libros que leen sus hijas; un equipo termo-baro-higrométrico; un automóvil barato; una kodak; una pistola automática; una dactilográfica; unos prismáticos.

LOS ANTIPODAS

Las hijas del chacarero tienen en Buenos Aires unas primas que nunca han salido de la metrópoli.

Se cartean y cambian fotos. Las chicas porteñas formulan preguntas que dejan perplejas a las chicas del campo; preguntas de una inocencia superlativa. También expresan deseos inconcebibles; por ejemplo, el de poseer un quillango, un fiandú vivo o una planta de ceibo, cosas de que vagamente se ha oído hablar en la chacra.

"Si vamos por allí, si nos resolvemos a ir algún día, nos enseñarán a bailar el gato y el pericón. Nos aprontarán caballos con todas las prendas de plata. ¿Serán tan buenos mozos los guitarreros de ese lugar como los que hemos visto en el Apolo?"

Las chicas del campo comentan esas cartas mientras estiran los vestidos de seda y se prueban los zapatitos de gamuza, dispuestas para el baile del próximo festival patriótico.

Desde años atrás, las cartas y las fotos van y vienen y el campo no logra hacerse entender de la ciudad.

LOS AUSENTES

La capital absorbió todos los antiguos moradores de la campaña. Enriquecidos, emigraron. ¿Qué iban a hacer aquellas gentes en el lugar, de su dinero, de sus hijos adolescentes, de sus hijas casi en estado de merecer?

El desierto repele; la soledad expulsa. Desierto y soledad de otra manera que el pueblo cercano; política, celos, intrigas, lenguas viperinas; lodo en las calles y entre los tabiques.

¡La gran capital! Una fiesta. Luz, armonía, libertad; todos los esplendores; un aturdimiento.

El campo. Un bostezo.

Los ausentes no podían regresar nunca. Se perdieron, se confundieron, se disolvieron en la embriagadora disipación.

ABISMOS

Abismos en la tierra, llana como la palma de la mano.

Distancias; leguas de caminos polvorientos o encharcados. El pantano invadeable; tambos y encajaduras.

Nada de escuelas; nada de pan tierno; auxilios médicos imposibles; noticias tardías. El resto del mundo apenas vislumbrado.

La chacra. Agobio, rusticidad, miedo.

PUENTES

El automóvil. Milagro rodante. El terraplén; leguas devoradas. Días reducidos a minutos.

Todo lo que da la ciudad ofreciéndose hora por hora en la tranquera de la chacra. La

revista y el diario; la novedad noticiosa; la novedad viviente; cambio de visitas; relaciones asiduas más allá de las arboledas que cierran el horizonte. Trato, emulación, refinamiento.

El desierto aleja; la soledad poblada de seres y armonías que no son los viejos fantasmas ni los estremecientes rumores de las idas noches pampeanas.

CONCILIACION

Ya no hay necesidad de par-

tir para la gran urbe. n-
tán-la a expensas de la gran
campaña.

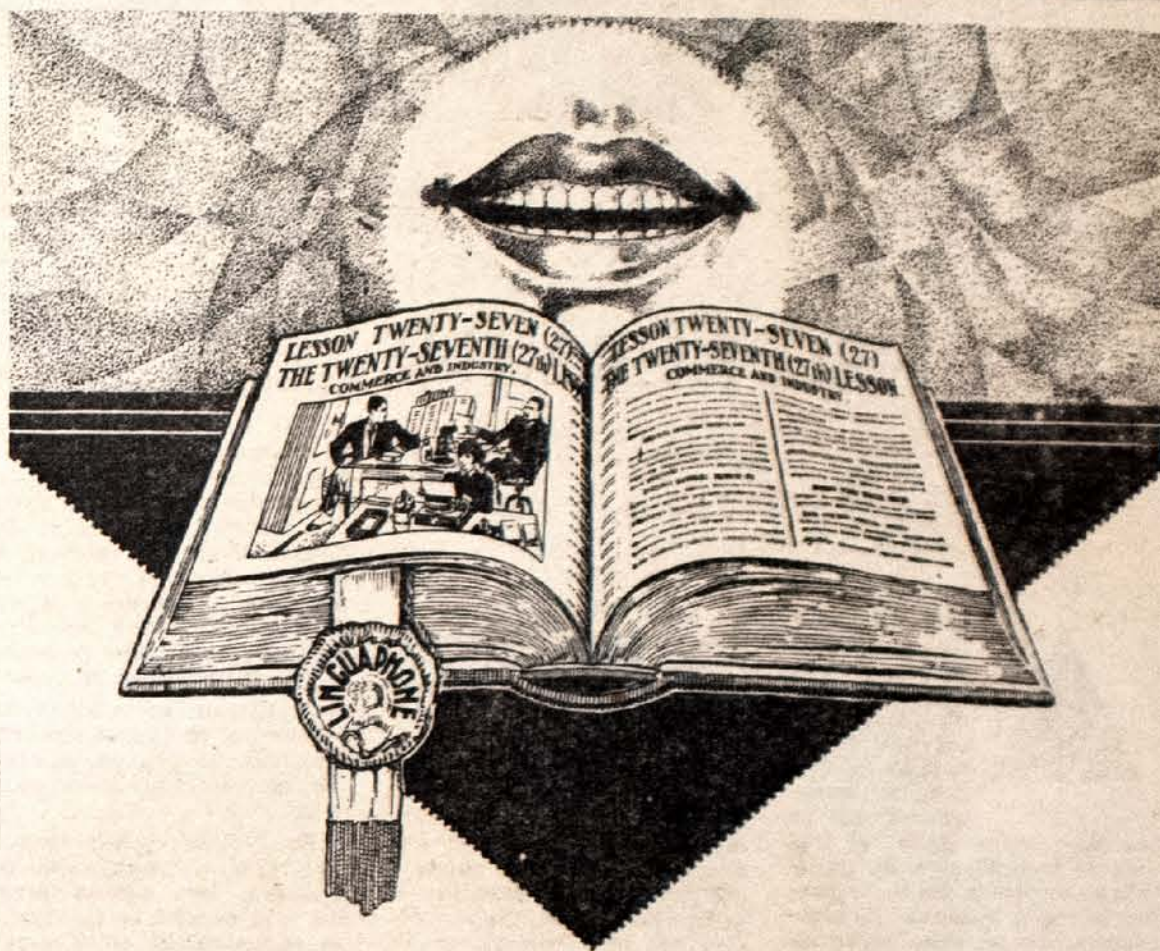
La monstruosidad pierde una parte de su razón de ser. Una porción de ciudad está diseminada en el campo.

La chacra se entona a las gracias y deleites de la ciudad.

La ciudad tendrá que perder su ignorancia y dejar de hacer sus preguntas pueriles. Los niños de las escuelas porteñas deben saber tanta cosa como los niños de las escuelas rurales. El hombre del asfalto debe estar casi tan bien informado de las cosas argentinas como el hombre de los surcos.

El equilibrio se hace posible. La macrocefalia curable. Ya no más absorción. Equidad distributiva, gracias a los cauces expeditos de la onda.

Jesús García de Diego



¿Conoce usted el libro parlante?

El libro parlante es producto maravilloso de la técnica moderna. Adaptándose a las exigencias de nuestro siglo, sostiene un record mundial. Habla nada menos que doce idiomas distintos: inglés, francés, alemán, italiano, esperanto, etc.

El libro parlante posee una instrucción envidiable. Por ambición innata nunca se conforma con chapurrear una lengua. O la habla con perfección insuperable o... se calla.

El libro parlante es trabajador. Conforme a su preparación, eligió la carrera de profesor de idiomas. Como todo genio de verdad, es sumamente modesto. Sabe desempeñarse dignamente en el palacio más lujoso de cualquier metrópoli, sin desdén, por eso, la casita del hombre estudioso que vive lejos del ruido mundano, en medio de la pampa inmensa o en un valle solitario.

El libro parlante es la cortesía misma. Habla con gracia y acierto sobre tópicos de la vida diaria, sobre viajes o sobre literatura, siempre que alguien muestre deseos de escuchar su charla amena. No le importa si es de día o de noche. Y con prudencia ejemplar enmudece cuando el oyente tiene que atender otras obligaciones o da señales de cansancio.

El libro parlante está dotado de una paciencia sobrehumana. Conoce todas las dificultades con las que puedan tropezar los estudiantes de idiomas. Para los principiantes repite las frases sencillas treinta o cincuenta veces, lentamente, grabándolas en la memoria, como las melodías escuchadas con frecuencia. Para los adelantados habla con mayor rapidez y soltura, empleando frases más complicadas y palabras menos usuales, luciendo, así, todo su saber.

El libro parlante es cosmopolita. No hay país en el globo terrestre, por más pequeño que sea, donde no haya conseguido relacionarse con algunas personas progresistas, convirtiéndose en un huésped predilecto y, no pocas veces, en un amigo leal.

El libro parlante se llama

LINGUAPHONE

y enseña las lenguas modernas a base de textos con láminas ilustrativas y discos fonográficos, grabados eléctricamente por catedráticos universitarios de Europa.

El libro parlante ya conquistó la simpatía de más de trescientos médicos y abogados argentinos. Entró en casa de numerosos hacendados, banqueros, fabricantes, profesionales, comerciantes, empleados, estudiantes... A unos les prepara para viajes a ultramar, a otros les sirve de clave para asimilar tesoros científicos, artísticos y comerciales. Y a otros secunda, en fin, para rendir exámenes con la nota "sobresaliente", pasaporte valioso en la lucha por la vida.

¿Por qué no permite Ud. que el método LINGUAPHONE se convierta también en su profesor y amigo? Solicite hoy todavía los folletos interesantes que se le ofrecen GRATIS!

Exclusividad:

Juan Tuercke

Demostraciones gratuitas:

VICTORIA 636, 7o. piso

De 9 a 13 y de 15 a 19

Buenos Aires

BAHIA BLANCA: San Martín

esquina Las Heras.

CONCORDIA: Entre Ríos 636

CORONEL SUAREZ: Casa Gall

MENDOZA: Edición 225

MONTIVIDEO: Sarandí 533

ROSARIO: Sarandí 533

TRES ARROYOS: Casa Gall

TUCUMAN: Mufecas 330

Señor JUAN TUERCKE, Casilla Correo 1209 - Buenos Aires

Sírvase enviarme, gratis y sin compromiso, el folleto LINGUAPHONE.

Me interesa el idioma

Nombre

Profesión

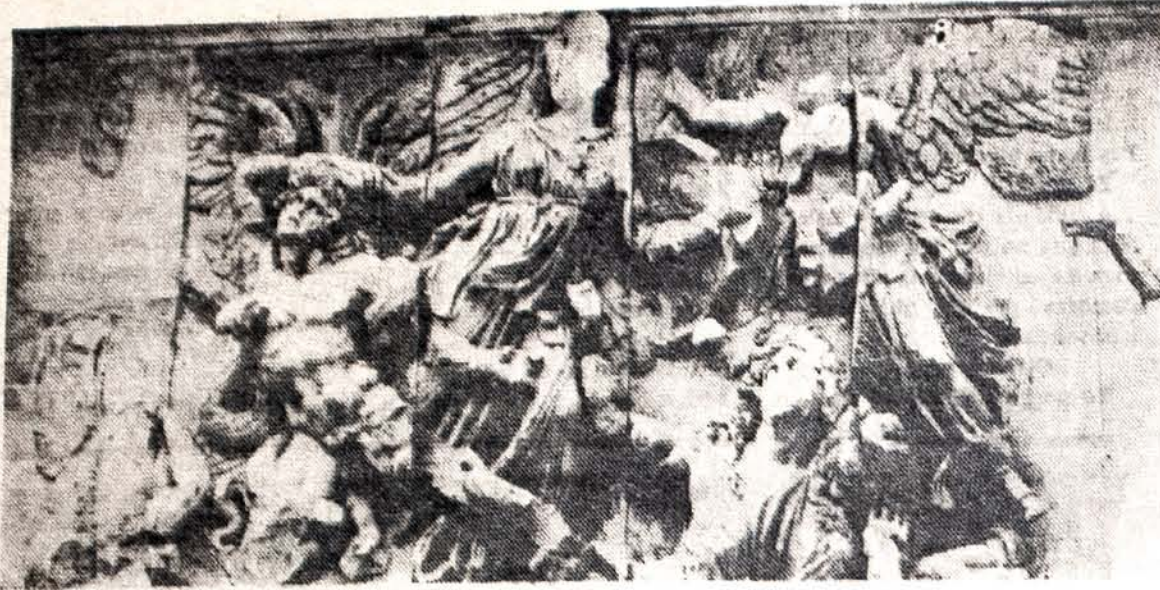
Call

Ciudad

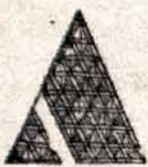
Nº

F. C.

L. N. 12100



CONSIDERACIONES SOBRE EL ARTE BARROCO LORENZO BERNINI



El Renacimiento, después de la muerte de Miguel Ángel, nació una nueva fórmula artística, el barroquismo, que se extendió desde Italia al través de toda Europa. Su dominio ha imperado dos siglos hasta la época moderna. El nombre barroco proviene, según algunos, de la palabra griega "bapos", que quiere decir pesadez; según otros del italiano barocco, o sea amontonamiento, y por fin, según otros, de la denominación de barrocas aplicada en Portugal a las perlas defectuosas.

El barroquismo es toda una época y todo un mundo. Jordans, los Carracci y el Salicillo, son artistas barrocos. Constituyen aspectos representativos de este movimiento, el estilo plateresco español, cuyo nombre evoca ideas de cincelado y de orfebrería, el extraordinario estilo Manuelino "que exalta en los linderos de Europa todos los excesos y el decadentismo de las artes occidentales", y las concepciones de José Churriguera, que dio la nota más recargada y pintoresca en sus portadas arquitectónicas de Madrid y de Sevilla.

El barroquismo en manos de los jesuitas se transforma en el arte de la Contrarreforma. Con esos propósitos invade Alemania, donde deja testimonios tan seductores y típicos como la ciudad de Dresden y luego Viena y Praga. Los conquistadores españoles lo llevan a América, y en México, Lima, Quito y Potosí se produce el confuso esplendor del estilo colonial. Por fin termina y se empuñe en los "petits riens" del estilo rococó.

Esta modalidad artística ha tenido en la antigüedad magníficos precedentes. Recordemos las escuelas de la decadencia griega, en las cuales el fatalismo oriental y las inquietudes de una raza cansada y exhausta, pusieron una nota desordenada, ardiente y turbadora. Aquella de Rodas, que forjó el Laocoonte; la de Pérgamo, cuya obra más famosa "El combate de los dioses contra los gigantes" se encuentra en el Museo de Berlín; y la de Alejandría, de la cual surgió esa "Toro Farnesio" de tan inesperada concepción, decorada también en nuestros días, como un Anglada, que han realizado visiones plásti-

cas como "El tango de la corona" dislocadas y libidinosas, o como un Brawgnin de inspiración desmesurada y heteróclita, son exponentes del eterno y doloroso barroquismo.

El barroco no marca solamente un periodo de la evolución artística; es una estética, una manera de sentir, una forma especial de la poesía y del pensamiento. Mientras el artista clásico concilia su emoción con un cierto número de leyes establecidas, en las cuales se ha acordado ver los principios de la belleza—el caso de Policleto o de Andrea del Sarto—el artista barroco no se fija ningún programa preconcebido y se abandona a los impulsos caóticos de su genio. Su obra se descompone en elementos que se contradicen, que se forman y se deforman de repente, merced a un capricho, a un ritmo secreto. Al sintetismo de las líneas rectas que rige las composiciones clásicas, el artista barroco opone curvas complejas. A las lógicas necesidades de la arquitectura, anteponen las fantasías de una lujuriosa decoración y consigue desequilibrar las formas con la división de los colores, y con insospechados juegos de sombras y de luz.

Las actitudes de las estatuas griegas nos recuerdan a cada instante el juego normal de los músculos en la anatomía humana y los pliegues de sus túnicas las leyes de la gravitación. En cambio, la inútil hinchazón del barroco, las posturas irrealizables que el Greco obliga a adoptar a las criaturas que bogan en los cielos de sus cuadros, nos conducen tempestuosamente a las zonas donde de todo, como en los delirios de los enajenados, puede ocurrir.

Según el experto crítico Jean Cassou, el arte clásico es el resultado de una larga lucha, donde la victoria no aparece sino una vez que todos los agordes han podido realizarse. En cambio, el arte barroco es el combate mismo. Los pintores y arquitectos barrocos al evadirse de las leyes físicas lo hacen con violencia y con dolor. Sus líneas arquitectónicas soportan atroces cargas y para llegar a su autonomía recurren a las peores contradicciones. En este arte patético, los sollozos y los alaridos que están latentes en el alma española e italiana, se libertan espontáneamente y sublimemente.

En búsqueda de lo variable, de lo directamente humano, lo

"Atenea luchando con los gigantes", otra de las obras más celebradas de Bernini, tal como quedó después de haber sido reconstituida en el Museo de Antigüedades de Berlín

hace recurrir en ocasiones a formas humildes, desagradables y groseras. Por eso los artistas barrocos, a pesar de las magnificencias que ostentan en su estilo, dan casi siempre una impresión de pesadez y de vulgaridad. Baudelaire encontraba en Puget "cóleras de boxeador" e "indecencias de fauno". No hallaremos nobleza en el arte barroco; en cambio nos ofrecerá una imagen emocionante de las contradicciones de la vida.

En España el arte barroco ha tenido un desenvolvimiento brillante. Una curiosa forma del arte español es la escultura policroma: El escultor policromo echa mano de la materia en el momento en que comienza a transformarse. Recurre a la substancia en bruto de las cosas (metales preciosos, piedras, leños, telas) y la arroja dentro de la vasta fusión de las obras a donde irá a juntarse con otros elementos ya elaborados. También Stephan Erzia en sus recientes esculturas expuestas en Buenos Aires, busca en la naturaleza dormida su existencia y su desnudez, utilizando las formas naturales de los bravios quebrachos. El artista barroco premioso y bárbaro, sorprendió el primer desplazamiento de las rocas. Su imaginación adivinó las formas semiocultas, y acusando tan sólo algunos trozos, dejó el resto en su salvaje virginidad. Los pintores que hace algunos años pegaban etiquetas de botellas, periódicos y timbres postales en sus cuadros, tienen sus precursores en los artistas barrocos.

Los escultores policromos pusieron a sus estatuas ojos de vidrio y cabellos verdaderos. Hicieron correr de sus ojos lágrimas de transparente barniz, surcaron los miembros con una imitación verista de la sangre y vistieron sus cuerpos con ricos terciopelos y brocados. Sería ocioso buscar "buen gusto" en los artistas barrocos. Por eso el mesurado arte francés, obediente a las fórmulas clásicas, no admitió sino con grandes reservas esta corriente que desenvolvía las formas hasta sus máximas probabilidades.

La historia del arte oscila siempre entre dos extremos: el arte clásico y el arte barroco. En todo artista, su genio se aproxima o se aparta de estos polos, conciliando su visión personal del mundo con las normas establecidas, o abandonándose a ella para dar lugar al nacimiento de criaturas paradójicas. El arte barroco es un arte teatral que conviene a los pueblos que buscan en la religión las fuentes del más cruel dolor o de la más atormentada sensualidad.



Busto de Mr. Baker (?), una de las obras de Bernini más representativas de su arte admirable

Ya el Sodoma, en pleno Renacimiento, nos mostraba en su Santa Catalina de Siena, ese sentimiento de éxtasis y de disolución que luego los artistas barrocos iban a pintar cumplidamente. Por esa ruta, el Bernini seguiría su brillante trayectoria.

El caballero Bernini resume en su figura atractiva y característica, el espíritu de la Roma de su época. Solemne y gracioso, devoto y mundano, consagró su larga vida a embellecer la magna sede de los Césares y de los Papas, con su genio de escultor, arquitecto, decorador y pintor.

Había nacido en Nápoles, ciudad en la cual sus principios estéticos, propiciados por los virreyes españoles, alcanzaron una considerable difusión, y poseía el carácter fogoso de sus compatriotas a la par que su expansiva emotividad. Trasladado a Roma desde los siete años, ésta fué su patria de adopción y el objeto de su acendrado amor. Empero, en el fondo de su corazón, el recuerdo de la bahía de oro con ese mar turquesa surcado por las velas latinas, de los pinos rumorosos y de las canciones que entonaban los lazzaroni, morenos y desnudos, despertaron en su ánimo esa afición por las formas juveniles y sensuales, que se juxtapusieron felizmente con la severidad romana.

Su padre, oriundo de Florencia, hábil aunque frío maestro en la escultura y arquitectura, lo inició desde niño en ambas artes. A los ocho años esculpió una burlesca cabeza de fauno.

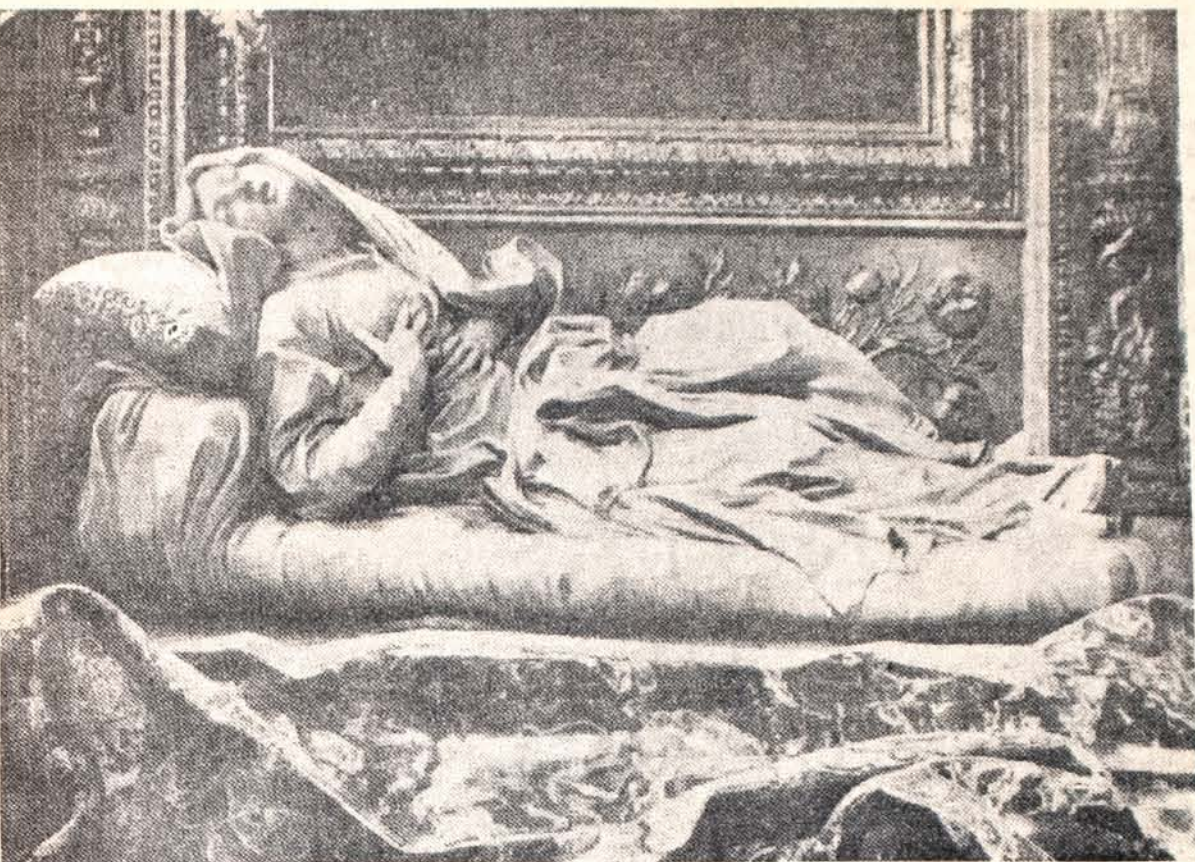
El Papa vaticinó a ese niño delgado, de fisonomía cambiante, un glorioso porvenir. Adolescente, se vinculó a los más aristocráticos cenáculos romanos. Había adquirido una amplia cultura de filósofo y de humanista. Su "natural imperio" atraía a quienes se acercaban a su lado con fundamentada simpatía. Alternaba innumerables trabajos, con fiestas raras y aventuras galantes. Era infatigable en el placer. Cantaba con donaire acompañándose en el laúd, romanzas

de su invención. Afecto a los ejercicios corporales, su destreza era proverbial en la práctica de la equitación, natación y esgrima. "Hombre de estatura más que mediana — decir de sus biógrafos — semblante alegre y aire expresivo encantaba con su conversación salpicada de sentencias, parabolas y frases ingeniosas". Así se nos muestra en un retrato de autor anónimo que se conserva en el palacio Chigi: La boca sinuosa y jovial bajo un enhiesto mostacho. Una mano en la fina cintura, la otra reposa sobre el pomo de la daga. Fuerte y arrogante, alzado de terciopelo negro, destacándose sobre uno de aquellos espléndidos palacios que su ingenio creó.

En su primera juventud Scipión Borghese, fino conocedor de obras de arte, le encargó un grupo escultórico, destinado a la Villa Borghese. Bernini esculpe con virtuosismo y poesía, su obra Apolo y Dafnis. Apolo, ágil y esbelto, avanza corriendo en una actitud ancha que denota el juego de sus músculos con discreto relieve. Sus brazos aprisionan ya a Dafnis, que se transforma en la rel. De sus dedos brotan las flechas y su torso se convierte en tronco. Hasta el presente el arte no ha reproducido un tipo de belleza semejante al de Dafnis berniniano. Su cuerpo estremecido por el miedo y el sortilegio que la metamorfosis, es terso y nacarado como el de una ninfa sobrenatural. En su rostro adorable, reproduce el sentimental napolitano los rasgos de su amante la impetuosa Constanza. Los comensales de la época encontraron que "el mármol en sus manos adquiría la ductilidad de la maleable cera". Roma entonces sufrió la sugestión de esta obra y el Papa Urbano VIII compuso a su respecto el epigrama:

"Quisquis amans sequitur furem
[vae forme]
"Fronde manus implet, bax
[sed carpit amare]

Varios acueductos antiguos continuaban fluyendo más allá de la necesaria sobre la Roma de su tiempo, menos populosa que aquella de los Césares. Bernini imaginó esculpir esas fuentes que, frente a los palacios iglesias muchas veces por construirse, ponen en la ciudad la nota tan sugestiva de incorporados juegos de agua. ellas encontramos la afección de rusticidad tan peculiar



barroco: plantas tropicales, conchas marinas, rocas transportadas en bruto, que sirven de marco a los delfines y a las deidades acuáticas.

Pasado el Renacimiento, nuevas familias imperaban sobre Roma. A los Farnesio, Colonna, Borgia y Corsini, sucedían los Doria, Borghese, Barberini y Chigi. Cuatro papados sucesivos hicieron de Bernini su artista favorito, reclamando su concurso para realizar las obras que perpetuarían su gobierno. Durante su larga vida, ejerció sobre Roma una especie de dictadura artística. Original y fecundo, creó las formas más extraordinarias de la arquitectura italiana. Alguna de sus obras como ser la columnata de San Pedro, enaltecen una época al decir de Salomón Reinach. Espíritu renovador, dotado de una viva fantasía, se lo considera el más representativo artista del barroco. Idolatrado por la generación posterior a su muerte, cuando se produjo la reacción neoclásica fué objeto de los más violentos ataques. Mengs, Canova, Torwalsen y Winkelmann no han encontrado palabras suficientes para denigrarlo. Este último vociferaba en sus artículos: ¡Aplastad la cola del infernal Bernini! ¡Y, sin embargo, cuánto interés nos despiertan las creaciones del caballero napolitano y qué inexpressivas nos parecen las del yerto academismo!

Justo es reconocer que muchos de sus continuadores exhortados por los virreyes españoles, trataron de sorprender al público con un arte pomposo y relumbrón. El Maderna (autor de aquella emocionante estatua de Santa Cecilia muerta) y el Borromini exageraron caricaturescamente su tendencia. El R. P. Pozzo, uno de los más arriesgados arquitectos jesuitas que elevó a San Ignacio una iglesia en Roma, soñaba curvar en ella las columnas, unas hacia las otras, como si — nos lo ha dicho el mismo — desearan hablarse...

Pero ha sido el destino de los artistas geniales, ver desfiguradas sus más preciadas condiciones. Recordemos a los discípulos de Buonarrotti, con sus muñecos de músculos desproporcionados, posando en teatrales actitudes y a los almbarrados imitadores de Rafael.

No fué Lorenzo Bernini, sin embargo, un revolucionario absolutista. Su genio aristocrático no podía destruir la tradición romana de un Brabante, o un Rafael de Urbino. El barroco romano sufrió la gravitación de la arquitectura clásica, cuyos monumentos: el An-

teatro, el Palatino y el Foro, restaban como inmutables modelos de belleza. Bernini no alteró los órdenes de la arquitectura, a semejanza de los napolitanos y sevillanos, sino que introdujo en las normas demasiado austeras para su siglo, un decorado libre y profuso que daba preferencia a las líneas curvas. En esa forma satisfizo las corrientes estéticas de su época piadosa y libertina, lo que no es poco mérito. En cambio, en sus interiores, dió rienda suelta a su imaginación meridional.

Si tomamos uno de sus palacios, el Borghese, por ejemplo, observaremos que el conjunto severo y las grandes masas ordenadas geométricamente, hacen suponer que ha sido proyectado por un San Gallo o un Vignole. Tan sólo ciertos detalles, la cornisa, el balcón y el escudo, denotan la intervención de su autor por su gracia y galantería, que ponen una sonrisa augusta en el conjunto uniforme del palacio de piedra. Construyó en esa época, varios edificios notables: el palacio Barberini con su escalera de caracol sobre un plano elíptico, el grave palacio Montecitorio y la galante Villa Doria Pamphili.

En la escultura rompió abiertamente con el academismo que progresaba desde la muerte de Miguel Angel. Tradujo con elocuencia el movimiento, el brio y la pasión como pudo verse en su David, heroico y juvenil, y en aquella voluptuosa beata Luisa Albertoni, sacudida por los espasmos del éxtasis. Enrique Wolffin hace resaltar los efectos casi pictóricos de claro-oscuro que ha realizado. Las figuras colocadas en hornacinas, reciben una luz graduada de manera sorprendente. En los monumentos funerarios, en los altares de su invención, se advierte un amor acendrado por la materia: mármol, bronce, estucos, terciopelo, maderas pintadas. Hay algo en ellos de alcoba, de placer prohibido. A veces en medio de las decoraciones, espejos péfidos se convierten en el centro de las más absurdas imágenes. El ánimo del espectador, totalmente desorientado, se encuentra en situación análoga a la de un niño en cuyas manos cae un libro que se titula, por ejemplo: "Tratado del amor físico. Con ilustraciones". Sobrevienen razonamientos e interrogaciones de un orden bien diferente a los propósitos estéticos, trazados en un comienzo, por la obra de arte en cuestión.

Complacióse Bernini, sobre todo, en la construcción de las

"La bienaventurada Luisa Albertoni", escultura yacente ejecutada por Bernini que se conserva en uno de los templos de Roma

famosas "villas" que, situadas en los alrededores de Roma, tienen el marco agreste que tan gustado fué por los artistas de aquel siglo. Nada iguala la poesía de sus jardines, rodeados de encinas y altos pinos. Laureles, arrayanes y mirtos, mezclados con intencionado abandono, alternan con estanques donde flotan plantas acuáticas. Las estatuas de dioses y de héroes, los cenadores rústicos, las ruinas simuladas, hábilmente dispuestas, se recortan sobre el horizonte luminoso. Junto a los sarcófagos historiados con leyendas de Ausonio y de Persio, se yerguen los cipreses meditativos.

Interrumpidas las obras de San Pedro, Bernini recibe el encargo de continuarlas y darles fin. El visitante que recorre actualmente el inmenso templo, sólo ve la obra de los artistas barrocos que lo terminaron. La magnificencia desplegada en su decoración no ha sido superada en edificio alguno. La abundancia de piedras de colores, los mosaicos y las innumerables estatuas, el monstruoso baldaquín de veintiocho metros de altura — cuyas columnas, dice la leyenda, pertenecieron a un templo griego del Asia Menor — impresionan vivamente los sentidos. El sentimiento místico está ausente de esta obra, expresión acabada del poder temporal y de la riqueza de los Papas que la propiciaron.

No olvidará el peregrino que en pos de la belleza llegó a Roma, las inquietas creaciones de Bernini: la doctora de Avila, que se desploma en medio de esos profos agitados por apasionado huracán; aquella mórbida "Diana yacente" del palacio Barberini, o el efebo cristiano que, retorcido por punzante dolor, iluminan las llamas ondulantes de los cirios, a la entrada de las catacumbas de San Sebastián.

JORGE

NUEVOS POEMAS SABATICOS

"MEIR DREIER", "PROCURADOR"

Narizón de angaza, rostro de inedia,
bajo los espejuelos resplandecientes
sus ojillos disparan flechas agudas
que el zarzal de su roja barba estremecen.

Masoreta muy siglo veinte, los códigos
son su Thora y los pleitos sus Mandamientos,
su Sanhedrin moderno los Tribunales
donde busca herraduras a equinos muertos.

Con su obesa cartera, timbre y estigma,
si va a "primera instancia" bastón al margen
y en la boca de zanja "puro" insolente,
sus zapatos limosos cruzan las calles.

En el café tupido de "picapleitos"
logra su verba pingüe netos impactos:
"una sentencia no hace jurisprudencia"
"como una golondrina no hace verano".

Su epiqueya cimbrante traza mil signos
en las actas pringosas de los juzgados
y sobre crucifijos jura solemne,
aunque, buen israelita, "no jura en vano".

CEMENTERIO ISRAELITA

"A national home for the jewish people"
LORD RALFOUR

Sordas al hervidero de la calle, felices
en su modorra y libres de todo desvario,
reposan cara al mundo con sus curvas narices
estas almas cesantes del realengo judío.

Fondeadas ya las naves definitivamente
tras de la travesía por caminos sin vuelta,
se hicieron estos lechos y esta ciudad yacente
para dormir el sueño postrer a pierna suelta.

Los ayes de las viejas y su dolor ruidoso
no turban este mundo supino satisfecho
donde arden los compases del "moles" quejumbroso
cantado a precio fijo con sus golpes al pecho.

Danzan aquí los días su ocio pausadamente,
da la palingenesia de las flores su gracia
y convertido el "schnórren" en un terrateniente
también está en el suelo junto a la aristocracia.

Mientras las noches lucen sus condecoraciones
sobre la calma espesa de la ciudad enana,
la grey semita duerme sin vanas ambiciones
confiando que la vida no empezará mañana...

CESAR
TIEMPO

EL AHORRO
INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN EL AÑO 1911
LAVALLE 302 BUENOS AIRES

El ahorro aleja del
vicio y depara para
el futuro ventajas y
dicha.

AHORRE

para el mañana! Sea previsor. La riqueza es consecuencia de la práctica del ahorro. ¡Abra usted una cuenta! El Banco "El Ahorro" le abona el 8 o/o de interés anual y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento. Opera desde hace veinte años con completa satisfacción de sus clientes.

www.ahorra.com.ar



Piruchita: de un cromo de pueriles malicias te encarnó mi tristeza. Fué tu ingenua sonrisa la boyra que retuvo mi pecho a la deriva tras fatales ausencias. Con el sol de tu aurora calenté mi crepúsculo. De tu fácil arcilla fui modelando en sueños imposibles las imágenes rotas que extrañó mi nostalgia. La estrella de tu frente fué la hoguera de alivio en que quemé anheloso mi tesoro de sombras.

Piruchita: mi infancia florecida de lustros no tiene adolescencia y en el Jardín de Infantes de nuestro amor jugamos a la gallina ciega cuando el coco materno espantó con su prosa nuestro verso. Desde entonces, en todas las veredas urbanas hay huellas de tus pasos y en todos los zaguanes hay eco de tus besos. Buenos Aires es mía porque tú me la diste entre un lirio de aurora y una ortiga de ocaso. Tu nombre está grabado en todas las esquinas que gastó mi impaciencia y en todos los relojes de barrio convalecen las horas extenuadas por nuestro sortilegio.

Lazarillo romántico, condujiste mis pasos añorantes por tu ciudad acerba, que en la copa florida del amor endulzamos con mañanitas del Parque Rivadavia doradas de sonrisas, consteladas de pájaros, y las cálidas tardes de Palermo plateadas de lagos, y las noches furtivas del Botánico bronceadas de ensueños. La luna arrabalera nos espió en las frondas de Belgrano y nos cazó con lazos de plata en Mataderos. Y fué en la Costanera, frente al río acuciante, donde soñamos juntos mil caminos sin término.

Para nuestra opulencia mis manos fueron guantes de tus manos desnudas, mis brazos tu tapado de pieles de carífo, mi corazón la bolsa de tus intimidades y mi boca en tu boca nuestro fuego hogareño.

Síntesis armoniosa de mi experiencia indígena, hallé pampa en tu frente y horizonte en tus ojos y montañas andinas en tus senos y selva tropical en tus cabellos y vegas florecidas en tu cuerpo y en tu voz el resuello de cien razas dormidas.

Con locuras de jazzband y lamentos de tango pulsamos en el arpa de las calles porteñas el "lled" de nuestro idilio. En pródiga inconsciencia derrochamos un rico patrimonio de ilusos en los Rolls Royce de taxis mercenarios, en los "diner-dansant" de las milongas, en banquetes opíparos de empanadas criollas, en la farrá-corrida de las montañas rusas y "aéreos" del Balneario, en veraneos secos en la playa de Olivos y en invernadas tibias en los cines de barrio. Y nuestros copetines de "Te Quiero" escanciamos, entre bellas promesas, en rincones de ascéticos cafetines perdidos.

Piruchita: mis ojos eran amantes ciegos para tu metamorfosis. Con inconsciente empeño de tu arcilla de niña la mujer fui creando que en el Jardín de Infantes de nuestro amor no cupo. Derrochamos de prisa y nos quedamos pobres. Y canté en tus oídos la bocina del lujo... Te envolviste en galante "petit gris" de aventura y una tarde de otoño se cayeron las hojas marchitas de mi encanto, desnudando tu ausencia ante mis ojos huérfanos.

Con espigas de angustia quedó tu imagen niña repujada en mi pecho.

Para cunar mi pena pediré a Filiberto la cadencia de un tango.

EL VIAJERO ALUCINADO

En el viejo violín de la calle parisiense está llorando la historia.

En la Avenida de las Acacias hay una senda de vanidad que sólo evitan los orgullosos.

El parisiense siempre endulza su café con la mirada de su vecina.

En todo ser que usa monóculo hay un ciclope fracasado.

La negra que se disfrazaba de parisiense es uno de los confines en la cultura de color.

Cuando un turista se junta con una callejera hay dos esperanzas que se reducen.

La sonrisa que se vende casi siempre es extranjera.

Los hombres que usan barba aspiran a vivir en otro planeta.

El París nocturno tiene dos paradójales ojos de luz: Montmartre y Montparnasse. Cuando esos ojos se cierran despierta el alma de la ciudad.

"Marius", de Pagnol, es la justificación universal y gloriosa del buen sainete argentino.

Hay gentes que pagan su propaganda personal con un crimen. Y a veces les resulta barato porque obtienen la absolución.

Cuando un actor cinematográfico habla de arte se refiere a sí mismo. Por eso nunca se le sorprende.

La vidriera de París es la poesía del comerciante.

El buen hombre que "controla" los boletos en el subterráneo un día agujereará con el aparato la mano del amigo que lo salude.

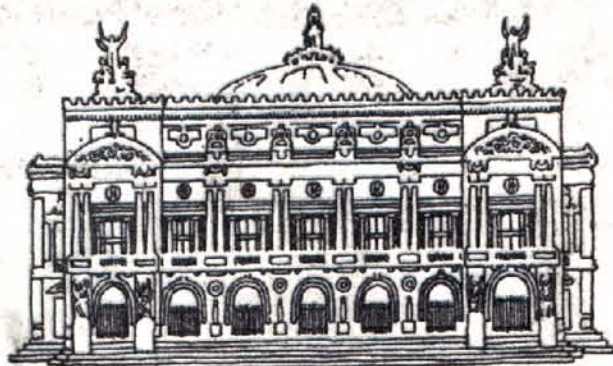
En los escenarios de las revistas debería suprimirse esa escalera monumental que sólo sirve para descender. Corre el riesgo de convertirse en un símbolo.

El alma de la revista que acabo de aplaudir reside en los focos distantes.

Mi compañero no quiere otorgar un aplauso a la tiple hasta no verle la letra. Acaba de leer "El abc de la grafología", por Crepieux-Jamin.

Una moneda de dos francos produce dos cosas mecánicas: el peso justo en ciertas balanzas de precisión y el silencio repentino de algunas "acomodadoras" de teatro.

La gominá argentina ha obtenido un éxito singular en Europa, sobre todo en París. Es bien natural que todo el



NOTAS DE PARIS

mundo pretenda ostentar una cabeza luciente.

Ese señor sudamericano grave y vacío ama el París que París desprecia. Y lo peor es que le cuesta mucho dinero.

Los rieles sobre los cuales corre la simpatía francesa americana tienen nombre: se llaman Lafayette y Wilson.

No comprendo cómo aquel comandante inglés invoca su carácter de aliado en la guerra y ostenta su condecoración obtenida en el campo de batalla para que un agente de policía no cumpla con su deber.

La gloria, como el amor y el dolor, suelen ser infieles en París.

La ternura puede, a veces, tener un precio. Cuando lo tiene vale lo que cuesta un perro. Si el noble animal supiera que lo han comprado, "usaría" menos lealtad.

La esclava que está frente a mí ha reducido a sus ojos toda la tristeza de las estepas.

Este "realista" que habla pestes de la democracia no podría hablar así de su régimen, si triunfara, porque se lo prohibirían.

La multitud sentada en las terrazas del boulevard no se cansa de esperar que la retraten.

La caravana que pasea en autocar aspira a ser una bandada de palomas.

Hay una ingenuidad adorable: la de los hombres profundos.

Maeterlinck acaba de publicar "La vida de las hormigas", completando así la trilogía iniciada con "La vida de las abejas" y seguida con "La vida de los termitas". ¡Lástima que in-

genio tan claro no se haya impuesto la tarea de escribir "La vida de los hombres"!

La solitaria del café oculta sus antenas. Está oyendo una canción que le transmiten desde Asia.

Si el mozo del restaurante supiera verdaderamente lo que es, se dedicaría con éxito a otros menesteres.

Las mujeres se divierten en el cabaret porque han soñado otra cosa.

Fumar un cigarrillo con elegancia es casi tan difícil como cantar bien un tango.

Cuando en una de las grandes avenidas un agente de policía detiene repentinamente un centenar de automóviles para dar paso al coche de un nene, que por lo general conduce una señorita, realiza uno de los más bellos actos de solidaridad social, pero mira, sin quererlo, al porvenir.

Una bailarina célebre tuvo la humorada de mostrar sus danzas en la calle. Logró de inmediato un enorme público, pero le robaron cincuenta mil francos. Por lo visto, en la calle el público es el que cobra por asistir a un espectáculo.

El inventor del motor a chispa—que, según tengo entendido, murió en la miseria—no imaginó jamás que su sistema influiría tan radicalmente en los modales de las gentes. Muchos hombres imitan al motor creyéndolo superior. Es cierto que también se creen hombres.

Para la mayor parte de las personas, el ser que desciende de un coche es sólo la imagen de su aparato. Por eso, sin duda, un ómnibus des-

trozó a Curie, que marchaba a pie.

En París no se puede ser vagabundo. Lo prohíbe la ley. Sin embargo, diariamente entran y salen cuatrocientos mil y la policía nunca los molesta.

La fuerza y la debilidad de la pequeña burguesía consiste en su doble ahorro de monedas y de ensueño.

Si la atmósfera cumpliera las órdenes de cuantos pronostican su estado, el mundo andaría al revés.

El negro de la orquesta daría toda su fortuna por ser verdaderamente loco.

Me gustaría oír una "jazz" dirigida por un orangután. A veces pienso que en el "complejo" de esa música trasciende el abuelo del hombre.

El rascacielos se impondrá en París. Podrá más la industria del acero y la técnica arquitectural moderna que las sagradas teorías de sus urbanistas. Estos transarán exigiendo perspectivas y crearán el ambiente lógico, como ya se hizo con la torre Eiffel. Cuando cuente con muchos rascacielos seguirá siendo la ciudad más hermosa del orbe.

La gente que corre en la calle anda en busca de los protagonistas del mundo. Es una manía como cualquier otra.

No he encontrado en París un convento laico para los menesterosos de la disciplina.

Las personas que en un museo están sentadas mucho tiempo frente a un cuadro célebre, no siempre lo contemplan. Por lo general miran hacia adentro o disfrazan simplemente su fatiga.

El estratega de la literatura ha perdido su capacidad creadora. Pienso encontrarla en algún café donde al lado del grafómano exhibicionista se oculta un talento puro.

Hay ladronas en París que tienen algo de común con los poetas: su falta de sentido práctico y su exceso de imaginación. Robar a un americano medio millón de francos en el segundo instante del idilio es un abuso que sólo puede dictar la fantasía de una mujer que ha perdido contacto con la tierra.

La postal es el paraíso literario del ocio. En todos los hoteles se ha instalado una sucursal.

Si el automovilista pensara en la luz, no le daría tanta importancia a la velocidad ni al ruido.

VICENTE
MARTINEZ
CUITIÑO



ENCUENTRE a aquel hombre allá por 1905, 1907 ó 1909. En suma, antes de la guerra. Mucho tiempo antes. Fué en Tolón. Por aquel entonces era yo oficial de la armada. Una tarde, en la terraza de la cervería pintoresca que yo denominé en un libro "La Pina-de", vino a sentarse junto a mí un hombre de cabello blanco, no sin haberme saludado con la mayor cortesía.

—Usted es el señor Ferrare, supongo — me dijo.

Ya entonces no me gustaba ser reconocido. Así que le respondí secamente, a la manera de un perro que ladra:

—Sí, señor.

Pero él no se enfadó por tan poca cosa.

—Señor Ferrare — añadió — comprendo muy bien que usted debe estimarme importuno. Pero vea usted de qué se trata: he viajado más de lo que se viaja habitualmente y he recogido en China y Corea un buen número de hermosas vasijas que tengo la vanidad de creer únicas. Sé que usted es un experto entre los expertos. ¿Le gustaría visitar un día mi colección y decirme lo que piensa de ella?

Esto era tocarme en el punto débil. Tengo, en efecto, el orgullo de crearme una autoridad en materia de "curios", como se dice por allá. Sin embargo, vacilé por pudor. Pero el hombre de cabello blanco supo en seguida ponerse en guardia.

—Sobre todo, señor Ferrare, no vaya usted a tomarme por lo que no soy. Si le solicito que me ayude con su competencia, no lo hago con fines mercantiles ni con propósitos de venta. Preferiría, al contrario, morir de hambre a separarme de una sola de mis quisquiosas traídas del Viejo País Central...

Le estreché súbitamente las manos y prometí todo lo que quiso.

♦ ♦ ♦

En aquel tiempo lejano, el hombre a que me refiero vivía muy estrechamente en un caserío provenzal que era más bien una choza. Quedaba detrás de Tolón, en un lugar ra-

ro, medio desierto y medio infierno, al que los mapas del Estado Mayor llaman, si no me engaña la memoria, Tourris. No había alrededor más que montes pelados. Al pie de los montes, nada más que piedras. En resumen, algo peor que cuanto pueda imaginarse.

La choza comprendía cuatro muros y tres cipreses alineados junto a ella. Franqueada la puerta, se veía un vestíbulo enlosado con esos morrillos rojos de que tanto se abusa en toda la Provenza. De cada cuatro morrillos faltaban tres. Y también la cal, demasiado vieja, se desprendía de los muros.

—No soy rico — me dijo sucintamente el hombre de cabello blanco el día en que le hice la primera visita.

Y entonces — solamente entonces — fué cuando se me ocurrió reflexionar sobre el nombre de aquella persona. Sus tarjetas rezaban "Conde de V...". Hubo marqueses de V... que ocuparon un lugar en la historia de Francia. El último de ellos vivía aún en ese tiempo. Seis meses antes le había yo tratado un poco en París. Un caballero viejo y admirable: tenía setenta y cinco años y conservaba la prestancia de un viejo soldado que habría podido ser, por lo menos, embajador o cardenal. No era, sin embargo, nada de eso. Era sencillamente un contraalmirante retirado. Pero rico en millones. Multimillonario.

El recuerdo de su opulencia me indujo indiscretamente a preguntar al hombre de cabello blanco:

—¿Es usted pariente del almirante de V...?

La respuesta salió como una bala.

—Soy su único hijo.

Y como yo quedara asombrado, agregó con suavidad leve-mente irónica:

—No se engañe usted; mi cabello es mucho más viejo que yo. Tal como usted me ve, no tengo más de cuarenta años. Ni siquiera los tengo. Lo que sucede, debo confesárselo, es que he llevado una vida muy dura. Mi padre y yo, sabe usted, no pensamos lo mismo. El me ha hecho muy desgraciado, y es probable que yo le haya destruido, sin querer, el corazón. Elló no me mueve a odiar-

POR CLAUDE FARRERE

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

le, aunque por su culpa llevo desde hace seis años una vida de forzado, y aunque, a lo que parece, el porvenir pueda serme apenas más favorable que el pasado.

Cuando se ha comenzado a ser indiscreto, lo mejor es no detenerse en el camino.

—No le comprendo a usted — dije a V... — Aun suponiendo que no llegue usted a reconciliarse con su padre, habrá de heredarle algún día, como es natural.

—¡Ah! — replicó V... — lo que deseo, ante todo, es que ello no suceda pronto. Y después, cuando suene esa hora, ¿qué quiere usted apostar a que la herencia se evaporará misteriosamente? Mi padre — le hago entera justicia — es un hombre de carácter. Y me detesta firmemente. Procederá en consecuencia.

Por el momento, no insistí. Fuimos a ver la colección. Sin exagerar, era muy bella. Pero no de primer orden. En una venta no hubiese alcanzado quizá los más altos precios. Ello no importaba, sin embargo, a V... Realmente, no quería venderla ni había pensado nunca en nada semejante. Y no hubiera cambiado sus "viejos cacharretes", como decía con tieño desdén, por la mitad más preciosa de los museos Guimet o Cernuschi. Era que lo que poseía tenía a sus ojos el doble valor de ser a la vez rigurosamente auténtico y prodigiosamente evocador. Estaba todo el extremo asiático en los doscientos o trescientos "curios" que constituían el tesoro de V... Y yo me daba cuenta de que para aquel hombre — un hombre, decididamente — cada una de las vasijas de cobre, de plata y de esmalte representaba algo más que el recuerdo de una expedición, algo más que un capítulo de historia antigua, penosa y gloriosamente desci-

UN HOMBRE COMO TODOS

frada: eran una gran lección de filosofía, es decir, de humanidad.

Se advertía ello tan cierto, que, pronto, lo que me apasionó a través de la colección fué el coleccionista. Y una vez terminada la visita, tomé la resolución de comportarme como el menos educado de los indiscretos y de forzar a mi huésped hasta los entresijos de la confidencia.

—Lo que tiene usted aquí — comencé — bastaría para provocar la admiración de todos los orientistas de París, pontífices incluso. ¿Qué hace usted aquí enterrado? Si usted quisiera buscar la celebridad allí donde se encuentra, la celebridad se arrojaría en sus brazos. Y por muy predispuesto que esté en contra de usted, el almirante V... haría lo mismo que ella.

—No.

—¿Y usted qué sabe?

—Conozco a mi padre. Es de una pieza. Y yo también me parezco a él. No hay arreglo posible entre nosotros. Le diré a usted, además, que el asunto que nos separó era muy grave.

—¿Tanto como para eso?

—Sí. Cuestión de mujeres. Pero no de la índole que usted se figura, no. Resulta que yo me casé contra su voluntad. O, mejor dicho, no me casé; no pude hacerlo...

—¡Ah!

—Discúlpeme usted. Refiero muy mal. Pero es que no me gusta narrar...

—Entonces, excúseme usted a mí, se lo ruego.

—No; me corresponde a mí excusarme. Le he dicho a usted ya demasiado para tener derecho a no decirle todo. Escuche usted la historia: Hace seis años encontré una mujer y me enamoré de ella. Estaba casada y casada con un amigo de mi padre. Ello me importó poco y rapé a mi amada. Creía que el marido pediría en seguida el divorcio. Pero no fué así. Cuestión de catolicismo. Era un hombre religioso, firmemente religioso. Mi padre le dió la razón y me ordenó que le devolviera la mujer. El marido se hubiese hecho cargo de ella otra vez. Yo, naturalmente, me negué. Tanto más, cuanto que ella no quería tampoco. Mi padre se irritó y llegó a amenazarme. Hizo mal. Le contesté que era mayor de edad y que me burlaba de todas sus amenazas. Hice mal. Veinticuatro horas después, mi padre había quebrado mi vida como si fuese de vidrio. Supresión de viveres, situación arruinada — tenía yo dos negocios de porvenir y fui arrojado como un lacayo — casa cerrada para siempre, maldición solemne... — Tuve que empezar por expatriarme y hacer frente a cuchilladas a la miseria... Después me vi obligado... Pero ¿a qué entrar en detalles? Bástele a usted mirarme, observe mi cabello, y recuerde mi edad. Se la dije antes: no he cumplido cuarenta años... no tengo treinta y cinco siquiera... En calidad de penalidades, créame usted que las del otro lado del Océano se llevan la palma...

Su aspecto era, realmente, avejentado. Enarqué las cejas.

—Entonces — le interrumpí — ¿quiere decir ello que ha tirado usted por la borda carrera, fortuna, salud, juventud... por una mujer?

Me miró altivamente.

—La quería, señor. La quiero. Nada había que responder a esto, ¿no es verdad? Me limité, pues, a callarme. Vi que apreciaba mi silencio. Cuando iba a

despedirme, luego de las cortesías rituales, me detuvo de pronto, al cabo de alguna vacilación.

—Mi situación — dijo — es un poco especial, puesto que no he podido casarme con la que es mi compañera. Pero le considero a usted por encima de esos prejuicios. ¿Quiere usted permitirme que le presente a ella?

Me apresuré a responder que me estimaría muy honrado con ello. Entonces me hizo entrar en una habitación sensiblemente menos desportillada que el resto de la casa. Y vi allí una mujer alta, muy rubia y muy frágil, de la cual puedo decir que no se parecía en nada a la idea que yo me había hecho de una heroína de novela. Era, por otra parte, de belleza mediocre. Para mi gusto, cuando menos.

Como es lógico, extreme entonces todo lo posible la expresión de mi profundo respeto. Y tras ello, el señor V... y yo nos separamos contentos uno de otro.

♦ ♦ ♦

Y me encontraba yo en París tres años más tarde — hacia 1908, 1910 ó 1912 — cuando, por un suelto necrológico del "Gaulois" o del "Figaro", me enteré de la muerte del almirante de V... al que se enterraba aquel mediodía en Sainte-Clotilde. Me acudió bruscamente a la memoria la aventura aquella de Tolón y de Tourris. E instintivamente me encaminé al entierro.

Era de los de gran espectáculo. El almirante de V... no carecía de relaciones, y el Jockey estaba allí en masa. Numerosos primos correctamente afligidos representaban a la familia. El duelo iba presidido por un hombre de rostro demacrado y cabello color de nieve, en el que reconocí al instante, aunque más envejecido, a mi coleccionista de "curios", conde, hasta entonces, de V... y de allí en adelante marqués.

Ni siquiera me vió cuando desfilé ante él entre la multitud, a la salida de las exequias. Pero una hora después le hallé de nuevo en la esquina de la calle Las Cases. Porque no habíamos ido al cementerio. Los V... poseían un panteón de familia en provincias, no sé dónde... Y el cadáver había quedado depositado en la cripta de la iglesia. Al verme a plena luz, el señor V... me

(Continúa en la pág. 30)



EL CUTIS QUE SE DESCUIDA, se marchita y envejece. El uso diario de la Crema Hinds le devuelve su juvenil frescura y suavidad.

CREMA
HINDS



HOMBRES DE AMERICA DUARTE

JUAN PABLO DUARTE es, en la historia dominicana, el más puro de sus próceres. Puro de toda pureza. Verdaderamente ejemplar. El fundador de la República lo llaman, y acaban de reconocerlo así, oficial y popularmente, con la inauguración de su estatua en la capital de aquella pequeña nación, primada de América. Su historia es una síntesis admirable de sencillez ciudadana, de amor patrio y de renunciamento absoluto a todo cuanto puede dar de sí la vida, el triunfo y la gloria.

Nació en Santo Domingo en enero de 1813. Su padre era español, antillana la madre. Completó su educación en Europa. Recorrió, con el espíritu atento y el cerebro goloso de belleza y de ciencia, Inglaterra, Francia y España. En Barcelona maduró la idea de entregarse entero a la lucha por la libertad de su patria. Dicen que la decisión nació, ya endurecida e inquebrantable, después de escuchar una frase francamente brutal. El capitán español del buque en que viajaba, hablándole dicho: —Sois unos cobardes incapaces de sacudir el yugo degradante de esos negros...

—Tenía razón aquel rudo capitán mercante?

De vuelta a su isla, obsesionado, comienza su tarea, lenta, penosamente lenta, pero segura. Era esa la clase de heroísmo a que estaba llamado, en la ocasión, aquel hombre civil. Comenzó por dar clases gratuitas a los jóvenes dominicanos. Hablábales de sus viajes por Europa, y entre nociones de geografía y de historia y de arte, iba infiltrando en la despierta juventud ansias de libertad. Cuando creyó que su semilla estaba ya germinando en un número suficiente de compatriotas, fundó una sociedad secreta — 16 de julio de 1838 — que llamó La Trinitaria. La explicación de este título es una mezcla de religiones: la cívica y la católica. El juramento se hacía "en nombre de la santísima, augusta e indivisible trinidad de Dios omnipotente", y la sociedad se componía de nueve miembros fundadores que debían de formar una base "triple", de "tres" miembros por lado, los cuales se obligaban a hacer propaganda y ganar prosélitos, por lo cual, "sin asistir a Juntas, que son siempre imprudentes, sin conocer de la conspiración más que a aquel que a ella lo inducía, no podía, en caso de delación, comprometer más que a uno de los nueve, quedando los otros para continuar los trabajos". El lema de la sociedad era, asimismo, "uno y trino" y tal cual se encuentra ahora en el escudo de la Nación: "Dios, Patria y Libertad".

Los trabajos de La Trinitaria fueron fecundos. En pocos años, bajo la vigilancia severa del invasor que no perdonaba nada, fué formándose una conciencia nacional. No quedó joven dominicano despreocupado por la suerte de la patria. Estaba, pues, realizado el trabajo mayor; romper la indiferencia. Siempre han sido los indiferentes, los despreocupados, la masa inerte sobre la cual se asentaron las tiranías de los pueblos. Alguna vez, en el Código ideal de nuestras democracias, merecerá cuatro tiros, arrimado a la pared de los traidores, quien se atreva a decir: "Qué me importa".

La primera tentativa bélica para libertar a Santo Domingo, le fracasó en las manos por culpa de los conservadores timoratos. Denunciado a las autoridades haitianas, cruzó la frontera un fuerte ejército, se impuso por el terror e hizo numerosos prisioneros que remitió a las cárceles de Port-au-Prince. Duarte se salvó, con dos "trinitarios" y pudo emigrar hacia Caracas. Allí combinó, con paciencia, con fe y casi sin dinero, un desembarco en las costas del Este para libertar a su tierra. Fracasó nuevamente. El presidente venezolano no le cumplió entonces su promesa de ayuda. Luego, Duarte enfermó gravemente, en Curaçao, mientras volvía a planear una nueva arremetida contra el enemigo. Dos meses estuvo allí, delirando, condenado a morir o a enloquecer. Los médicos no daban por él dos cuartos. Pero los dió por ellos la Naturaleza, y triunfó. Apenas mejorado, vuelve a su brega. Más falto de recursos que nunca, escribe a su madre y a su hermana, una carta inolvidable, que los niños dominicanos se saben de memoria. En esa carta Duarte aconseja a los suyos "ofrendar en aras de la Patria todo lo que a costa del amor y el trabajo de nuestro padre hemos heredado". Los trabajos patrióticos se van a quedar con la herencia paterna, con el almacén de ar-

tículos de marina, con todo, con todo, a trueque de conquistar la libertad...

En febrero de 1844 se efectúa el "pronunciamento" y los haitianos entregan la ciudad a los conjurados. Duarte está todavía en Curaçao. La primera providencia del gobierno revolucionario es designar una comisión para ir en busca del gran patriota. Santo Domingo lo recibe triunfal, en el día más glorioso de sus glorias. Pero la sinceridad ciudadana alcanza poco, o alcanza mal, el ánimo de los de la Junta Gubernativa. Aunque ésta le dió a Duarte voto en sus acuerdos, el gran patriota estaba solo. Había un bando, el de los "afrancesados", con D. Tomás Bobadilla a la cabeza, que trastornaba todo. Se violó, en muchas partes, el pacto trinitario, y Duarte, y los que con él estaban, rompieron con el bando. La po-



La estatua de Duarte hace poco inaugurada en la capital de la República Dominicana

lítica de los partidos ya estaba sobre el organismo de la Nación como una plaga, mientras volvían los ejércitos haitianos a llenar de temores los corazones maternos. La revolución había triunfado, pero la guerra recién se iniciaba. Y Duarte, contra unos y otros, convaleciente aún, viendo, con el alma en un hilo y el corazón en un puño, cómo sus propios connacionales estaban a punto de fracasar y de dejar caer nuevamente a la Patria en el lazo y en el grillete enemigos. Desconfianza primero, miedo, pánico colectivo después, iba a desbaratar el ejército que mandaba Santana. Se organiza otro, más reducido, y la Junta encarga a Duarte el ir con él en ayuda del desprestigiado jefe. Duarte es un hombre civil, pero acepta. Va, se une a Santana, le pro-

pone atacar al enemigo que se ha quedado quieto esperando refuerzos. Santana es militar, o tiene infusos de tal. Además, es hombre de mal genio, pagado de sí mismo, y no acepta colaboración ni ideas ajenas. Duarte pide entonces, a la Junta, permiso para operar por sí solo. La Junta prefiere quedarse con el militarote y ordena a Duarte que regrese a la Capital. "La fortuna salvó a la República — dice Leónidas García. Los enemigos del dictador haitiano Charles Herard, que estaba al frente de las fuerzas invasoras, se levantaron en armas en Cabo Haitiano, y aquél, al ver amenazada su permanencia en el poder, abandonó el territorio dominicano reduciendo a cenizas todos los pueblos del tránsito". Los hombres de Santo Domingo, aprovechando aquella tregua, volvieron a sus trabajos para obtener un protectorado francés. Duarte y los suyos se opusieron. Insubordinaron las tropas de la Capital y los miembros de la Junta, los "afrancesados", huyeron para refugiarse en el consulado de la nación que ellos querían para nuevo dueño de su tierra. Entraron a gobernar los hombres del Partido Liberal y Duarte salió en misión de paz para el Cibao. A poco, llegó Santana, tomó la Capital, disolvió la Junta y se proclamó dictador "para salvar al país de la anarquía". Duarte y sus compañeros de afanes, fueron tachados con las grandes palabras de "traidores a la patria" que en boca de estos salvadores de cuartel valen bien poco, y condenados a "destierro perpetuo".

Tenía Duarte entonces, la mayoría del pueblo dominicano consigo. Le hubiera bastado con alzar la bandera de su patriotismo indudable para encender la guerra civil. No quiso. Dió por logro su principal objeto; libertar a su patria del extranjero invasor. Y se fué. Volvió a Venezuela. Su familia, también expatriada, no supo de él en doce años largos. Esos años los gastaron los "afrancesados" en absurdas fechorías.

Como no pudieron entenderse con Francia, se entendieron con España. El 61, los traidores que aun conservaban el mando en la pobre república, la entregaron a la antigua metrópoli. Y reaparece Duarte. Su presencia, su ayuda, el poderoso aliento de su fe, es un reguero de pólvora. Arde la isla por todos sus costados en la más enconada de las guerras, hasta que España se convence de que no había sido llamada por los dominicanos, sino por un grupo insignificante de canallas, y se retira dejando nuevamente en libertad a Santo Domingo. Y con la libertad, una vez más, las luchas intestinas... Pero Duarte, tampoco quiere, ahora, participar en ellas. En Caracas arma su nido, pobre, pobre y digno, las manos, el corazón y la conciencia limpios.

Cumplíase un nuevo aniversario de la fundación de La Trinitaria — el 16 de julio de 1876 — cuando murió pensando en su patria. Ella tardó años en reconocerlo "el primero y el único" como jefe de la revolución y como fundador de la República, conforme acaba de recordarlo en una breve página aclaratoria ese gran viejito de don Federico Henríquez y Carvajal, que en tierras dominicanas es, por antonomasia, "el maestro". Las cenizas del Quijote quisqueyano fueron llevadas a su patria el año 84. El 92 se hablaba de levantar un monumento a su memoria. El 93 comenzó a hacerse una subscripción popular. Al iniciarse el siglo, la comisión tenía ya veinticinco mil pesos oro... Pero, "el espíritu de Duarte a través del misterio de la muerte" aun debía venir a servir a su Patria. La República debía un saldo de dinero. Lo debía a Francia. Los buenos burgueses de Francia reclamaban aquellos francos desesperadamente. El gobierno francés envió un "ultimátum" a los dominicanos. O pagaban o... peligraba, otra vez, la libertad. La Comisión del Monumento a Duarte, "en nombre de Duarte" entregó los veinticinco mil pesos oro de su estatua para ayudar a pagar la deuda. Los buenos burgueses de Francia fueron servidos, la memoria de Duarte engrandecida y lo de menos fué esperar treinta años más para verlo en bronce en una plaza de la ciudad cuando él está en espíritu en cada casa y en cada corazón dominicano.

En julio — el 16 de julio, aniversario de La Trinitaria — de este año de 1930, se inauguró en Santo Domingo, el monumento a Duarte. Al descubrirse, dijo un discurso ese gran don Federico de que habló el mismo que formó en la comisión de homenaje desde el año 93.

Bestiario



Ciervo noble

Verte entre rejas emocionante y comparto contigo tu tristeza. Noble animal que ya cuando me ve viene a que le acaricie la cabeza.



Precaución

Un mono de dos meses, sin ninguna experiencia está luchando incauto con la madre para salir afuera.

Por precaución y miedo de la pata la mona lo sujeta mientras mira furiosa e indignada a la gente que ríe de la escena.

La mona, por supuesto, ve la vida a través de su conciencia, y ella cree que los animales están del otro lado de la reja.



Pájaros

Aves negras, aves rojas, aves verdes, aves lindas, aves de todos colores — y por el sol encendidas, sois mi mayor regocijo y mi más grande alegría.

Estas aves prodigiosas, maravillosas, divinas, han traído de la selva el color y la armonía.

Entre ellas está el gorrión como los perros en misa.



Lebratos

En la boca de la cueva hay unos lebratos móviles con las orejas despiertas y los pies disparadores

Al llegar, oigo que dice el mayor a los menores: metámonos pronto dentro, hermanos, ¡que viene el hombre!



Flamencos

Tienen la pata soldada con una cinta rosada.

Yo creo que el soldador debió ser el Creador

Sin duda, después de ver que no podían comer si era honda la laguna, quiso reparar su error. Y de dos les hizo una.

Y ahora, sobre la tierra, estos flamencos rosados, son unos raros "soldados" pues nunca van a la guerra.

Pedro Herreros

Dibujos de
Billiken

LA PINTURA
EN FRANCIA

POR

CAMILLE MAUCLAIR

(PARA LA NACION)

PARIS, agosto de 1930.

A exposición de Néstor, el pintor de Las Palmas, celebrada en la galería Charpentier, ha obtenido un gran éxito. An-

de todo, por el talento de dicho artista y luego a causa del cansancio general que se experimenta ante los excesos de fealdad y la impotencia de la pintura extrema. Néstor es capaz de realizar composiciones decorativas sobre temas nuevos, como lo demuestran los ocho grandes frisos de su "Poema del Atlántico", muy admirados. Sabe crear visiones fantásticas sin necesidad de deformar las proporciones naturales.

No necesita otra cosa para ganarse las simpatías de un público que se niega ya a mirar las desnudeces monstruosas de las eternas manzanas alineadas encima de un mantel y al lado de un cántaro. Al mismo tiempo que a Néstor, se ha celebrado a una joven brasileña de diez y ocho años, la pianista Ofelia de Nascimento, que ha revelado un virtuosismo excepcional y, sobre todo, lo que es más importante, una extraña profundidad de estilo y de sentimiento admirable de encontrar en una intérprete todavía doliente.

La latinidad, por consiguiente, se ha visto honrada por partida doble en el último mes, conviene alegrarse de ello, especialmente en este momento, en que las fiestas del segundo milenario de Virgilio han venido a agrupar todas las energías latinas y en que el espíritu germano-judío-eslavo parece al fin derrotado.

Sucede, en efecto, lo que era lógico prever y lo que yo he anunciado hace tiempo a los lectores que tienen la benevolencia de seguirme en estas páginas.

Ha comenzado la quiebra del arte "fauve". Según propia confesión de sus admiradores, aquellos que tienen intereses declarados u ocultos en esta enorme operación de Bolsa, a no se vende nada. Impútese este hecho a la repercusión del "krack" americano, a las fluctuaciones de la política; en realidad, es debido al cansancio de los aficionados y a la absurda superproducción que ha inundado las galerías con miríades de cuadros, desde que la pintura se ha convertido en algo tan fácil que todo el mundo cree posible hacerla y venderla. Y lo mismo que sucede siempre en todos los desastres, aquellos que están englobados en él terminan por acusarse mutuamente. Los franceses expresan un violento descontento contra los extranjeros de la colonia establecida en Montparnasse después de la guerra. Esta colonia se halla compuesta, casi en su totalidad, por judíos rusos y polacos, por alemanes que han importado costumbres cínicas a dicho barrio. También han importado teorías locas traducidas en obras cas. Hace dos años todavía ocultaban su pretensión de oponer las corrientes del espíritu semítico a una Francia ligada. Ya he hablado aquí anteriormente de esta pretensión inaudita. Montparnasse ha sido siempre un centro de esonaje y de bolchevismo. En otro tiempo se vio allí a Lenin y a Trotski fraternizando con los comunistas, y durante la guerra partían de los cafés de Montparnasse los aliados y los nuestros al paso de los regimientos que iban a tomarse el



"Mar de reposo", uno de los admirables frisos de Néstor para "El Poema del Atlántico"



Ofelia de Nascimento, la celebrada pianista brasileña

tren con dirección al frente. Hay en ellos una muchedumbre de personajes cuyas cédulas de identidad reservarian múltiples sorpresas si la policía de París fuese más curiosa. Pero los pintores y los críticos franceses acogieron a esos personajes con una camaradería ingenua, y ahora les reprochan que hayan ridiculizado y envilecido su profesión e intentado suplantarlos. Les aconsejan que se vayan a sus países. Puesto que, según parece, tienen tanto genio, debieran, efectivamente, ofrecérselo a sus patrias, pero parece ser que no se deciden a ello. No harán sus valijas más que si, decididamente, ya no venden nada en París. Es el caso de israelitas como Soutine, Zadkin, Eberl, Goerg y de otros originarios de Rusia o de la Europa central, como Gluckmann o como ese Chagall que recientemente hizo una horrible ilustración de las fábulas de La Fontaine. A un escritor que le criticaba, el pintor respondió despectivamente: "Usted no comprende, porque es latino". Pero La Fontaine también era latino y hubiérase quedado muy sorprendido de ser interpretado en tal forma por un judío polaco.

Ya no se cree en la supremacía de los judíos dentro de un arte donde no produjeron nada notable. Esa raza ha dado filósofos, poetas y sabios, pero carece de sentido plástico, y no es razón suficiente el que el comercio y la publicidad industrial de la pintura hayan caído en manos de judíos para que éstos tengan talento. Los artistas franceses han acabado por comprenderlo y por decirlo así. Se advierte, pues, una gran discordia. Parece ser que después de haber obtenido un éxito asombroso, Picasso comienza a decaer. Sus últimas obras, a mi juicio, son sofisticaciones tales que sus mismos ardientes defensores se niegan a justificarlas. Picasso, en mi opinión, no ha sido nunca personal. Ha imitado hábilmente a varios pintores, antes de entregarse a las composiciones geométricas. Poseía un innegable virtuosismo. Ahora cae en la excentricidad.

Se ha visto cómo llegaban a

Paris, precedidos de una propaganda estruendosa, pintores italianos, divididos en futuristas y en novecentistas. Producen cosas peores que los "fauves" y los cubistas. No tienen nada italiano y desprecian la gloriosa tradición de su patria, sin sustituirla con nada que sea válido. Pretenden crear un arte fascista. Se les ha recibido amablemente, pero han vuelto a marcharse sin vender un solo de sus cuadros, y su gobierno ha tenido que hacerse cargo de los gastos originados por la exposición. No han conseguido, en contra de lo que esperaban, inscribir sus producciones en la escala de valores que se cotizan en el mercado pictórico y que sus beneficiados defienden celosamente.

Se refiere que varios pintores "fauves" de los más célebres se han visto obligados a vender sus automóviles y hasta sus villas. Hace doce o quince años eran artistas pobres, pero habían adquirido el hábito del lujo y consideraban que sus antecesores Corot, Monet, Fantin-Latour, Degas, Carrière fueron unos imbéciles al vivir muy modestamente, rechazando la publicidad y los contratos con los mercaderes que exigen la

superproducción. El dinero les enloqueció. Se les dió sumas enormes a cambio de excentricidades y creyeron que eso duraría siempre. En la Riviera de Niza se cita a varios que escandalizaron con su insolencia y su mal gusto de "nuevos ricos artistas". Hay uno cuyo caso ha divertido a todo París. Era un vendedor de patatas fritas, instalado en un rincón de una calle de Montmartre y que dibujaba por entretenerse. Una princesa auténtica, conocida por su afición a los cocktails y a las aventuras bohemias, vió los grabados del pobre diablo, le pidió que hiciese su retrato, lo expuso en su salón y procedió de tal suerte, que el vendedor de patatas fritas se transformó en multimillonario y poseyó dos soberbios automóviles y una "villa", a la que invitaba a todos sus camaradas. Pero ha sido ya olvidado; no se habla más de él y quizá habrá de volver algún día a freír sus patatas, después de haber conocido gloria y fortuna.

Otro fué corredor ciclista, otro tocó el violín en los bares nocturnos, y varios publicistas del arte ultramoderno se han visto en idénticos casos. Está bien, naturalmente, que un artista salga de la obscuridad y de la pobreza. La escuela de la pobreza no es buena para nadie. Pero hace falta que el artista se instruya, se eduque, progrese con tesón y vele por la constante dignidad de su vida. No es ese el caso de hombres que se limitaron a aprovecharse del regalo de un entusiasmo absurdo, de una crisis del gusto, de una maniobra de publicidad y de los cuales no quedará nada. Detrás de ellos no dejarán más que desorden. La enseñanza técnica habrá resultado tan perjudicial por veinte años de improvisación, que será preciso reconstruirla totalmente. El arte no se enseña, pero el oficio se aprende; y hoy, cuando un niño de quince años muestra disposiciones, no se sabe a qué maestro confiarlo. Se pretende que lo bastará su instinto. El resultado de tal ilusión es casi siempre desolador. En un arte que cuenta con siglos de alta cultura, en una época sin inge-

LA QUIEBRA
DE
LA PINTURA
"FAUVE"

nuidad, no puede improvisarse el estado de alma propio de un primitivo. Por haberlo intentado, hombres muy dotados como Gauguin y Van Gogh, no llegaron más que a vidas desgraciadas y a obras incompletas. Un Millet ha podido ser un campesino, un Corot ha podido ser el hijo de un modesto tendero, pero supieron enlazarse a la gran tradición con un amor y una modestia que les salvaron del desorden pretencioso y de la esterilidad.

Es, desgraciadamente, probable, que la crisis actual perjudique conjuntamente a los pintores insinceros y a los pintores de mérito, desdeñados por la especulación. Durante dos años, y aun más, nadie vendrá ya un cuadro. Después se restablecerá el equilibrio y será entonces el momento de rendir justicia a los hombres de talento que conservaron su buen sentido entre tantas locuras. Los mercaderes toman sus precauciones. Por procedimientos astutos han hecho bajar sistemáticamente el valor de una serie de pintores excelentes, tales como Cals, Ribot, Bouvin, Hervier, Lepine y Tassart que gozaron antaño de una reputación y de los cuales pueden conseguirse obras por casi nada. Ello formaba parte del plan de degradación de los valores franceses, en provecho de los extranjeros, al que me he referido. Ahora que estos últimos van a caer en desfavor, se hará subir el precio de los pequeños maestros franceses sacrificados y volverá a verseles honrados en las vitrinas.

La exposición de las obras del gran impresionista Camille Pissarro, celebrada en el Museo de la Orangerie, ha terminado triunfalmente. Ha sido reemplazada por una exposición póstuma de las obras de Ernest Laurent. Este era un colorista tierno y delicioso que fué miembro de la Academia de Bellas Artes, a pesar de la modestia de su vida solitaria y que vivió dentro de su sueño. Estimado e ignorado a la vez, dejó admirables retratos femeninos, naturalezas muertas y paisajes de fina sensibilidad. La Academia le reemplazó con su amigo Henri Le Sidaner, que es un maestro del paisaje íntimo y lleva una existencia tan solitaria y tan noble como la de aquél. Se ha visto también una exposición luminosa y alegre del viejo pintor Henri Martin, cuya edad deja intacta sus facultades de colorista, agrandando una serenidad singular. Son espectáculos estos más interesantes que los grandes salones próximos a abrirse y que no resultan más que amasijos de telas pintadas, de las cuales la crítica de arte no puede extraer ninguna lección útil.

Haga fácil
su digestión

Aquellos que sufren de molestias gástricas caracterizadas por acidez, flatulencia, ardor, dolor, etc., después de comer no deben abandonar. Las molestias indicadas son un claro síntoma de acidez estomacal para la cual se preconiza el bicarbonato cálcico, remedio eficaz que proporciona inmediata alivio y facilita la perfecta digestión.

El bicarbonato cálcico, que no debe ser confundido con el bicarbonato común, es un producto científico, muy concentrado, bastando sólo 1/2 cucharadita después de cada comida para normalizar el funcionamiento estomacal.

Envíe folleto gratis a LA CHIMICA, S.A., Boletín 200, Buenos Aires.

LA GESTA DE FRANCISCO DE AGUIRRE CATEDRATICO DE VALENTIA

ANTE el impresionante destino del precursor de Córdoba, pausaría a meditar el cronista menos afecto a ensayos de interpretación. Dijérase que un hada augural dividiera su vida en dos ciclos cruelmente diferenciados: 50 años ascendentes, 25 años de adversidad. Desde sus gloriosos días de Italia hasta el regreso de Santiago del Estero a Chile, en 1554, todo fué, dentro de la dureza de sus luchas, un prolongado triunfo; desde esa época hasta su destierro del Tucumán, pareció la suerte empeñada en contrariar su poderosa voluntad y herir sus sentimientos.

Las luchas con Villagra por la gobernación de Chile y la expulsión que decretara arbitrariamente don García de Mendoza, fueron las dos primeras humillaciones en que su estrella, antes siempre esplendente, pareció perder luz. Recibió en 1563 sus despachos de gobernador de Tucumán, cuando después de años de pobreza, en que se viera obligado a vender sus últimos bienes de Talavera de la Reina, tornaba a la obra de su vida, en Copiapó, con su mujer y sus hijas, para rehacer lo deshecho. Ya no era el mismo. No le permitían las mermas en su fortuna gratificar sus soldados con la generosidad de otra hora, y fuera de esta irritante inferioridad, pasar del éxito al revés, para un hombre mimado hasta los cincuenta años por la suerte, era difícil tránsito.

Aguirre regresaba de Lima con grandes proyectos, pero de mal talante y penosa convicción. Débil ante la lisonja, porque le complaciera su justeza, erizábase ante la insinuación de un consejo como ante impertinente osadía. Sin descender a granjearse voluntades, todo lo esperaba de los demás a modo de deuda u homenaje. Faltábale afabilidad, sabía cordial insustituible en el trato de un general con sus adictos. Dentro del campo y con su tropa, moviase su propio endiosamiento a desconocer la suspicacia y a mofarse de toda idea de poder contrapuesto al suyo, actitud de aplomo plácido, contraria a la prudencia. Sin deseos de intimar con quienes le rodearan, para contentar a los sinceros, atraer a los reacios y precaverse de los insidiosos, desatendía normalmente a unos y otros, con inconsciente soberbia, hasta que, llegada la hora de reñir, usara de ese sarcasmo sentencioso que escuece como ácido donde toca.

En su predestinación, tanto debió sin duda Aguirre a sus vicios como a sus virtudes, pues como quiera que éstas le ayudaran a subir y a crecer, mientras gobernara su instinto el ardor de aquellas; llegado a la cima ambicionada, dejéles rienda suelta, creído de que el mundo era suyo. Tenía la ingenua majestad sin cálculo del león y del gallo. Era, con su opulenta nobleza natural, de un supino egotismo, en el que se asociaban la mansedumbre y la fiera a una implacable altanería.

Prestigio de invencible era todavía el suyo cuando se le confiara la reconquista de Tucumán. Por pasmosas que fueran las hazañas del tiempo, perduraban como leyendas los recuerdos de aquellos días épicos en que reiterara, en Chile, la victoria de Cortés en Cholula y de Pizarro en Cajamarca, de uno contra cien. Probanzas de esas épocas y testimonios no solicitados lo proclamaban la primer lanza de Chile, y se mentaba con reverencia que después de haber intentado Valdivia conquistar el valle de Copiapó, y tras de él Valdivieso, Maldonado, Esteban de Sosa, Juan Bohón, Francisco de Villagra, Pedro de Villagra y Juan Jufre, algunos con setenta u ochenta soldados, fracasando todos ellos, conquistara

el la comarca, reedificara La Serena, sujetara el valle de Copiapó—todo en menos de seis meses—y, poco a poco, trajera los indios a la obediencia y los mantuviera en fiel servicio durante años. Ponderábase su rapidez fulgurante en el pensamiento y en la acción. Atacaba como un rayo y perseguía con furia hasta rendir, inaccesible a la fatiga y al temor.

Pero, ¿conservaba el Aguirre nombrado para la defensa de Tucumán las invulnerables facultades que le dieran fama en otrora? El "alea jacta est" del César fué divisa castellana. Cada soldado, en las múltiples epopeyas realizadas simultáneamente durante cerca de cien años desde Lima hasta el Arauco y el Río de la Plata, pudo grabarla en su escudo, pues iban hacia el peligro, conscientes de las asechanzas indígenas y de las traiciones de la naturaleza, afrontando heroicamente el azar, pero mientras vieran a su jefe actuar con éxito. Con su fe alimentaban sus fuerzas. Todo dependía así de la persona del caudillo. Ora bien, el paso por tierras fragosas y el cuerpo a cuerpo constante con los indígenas exigían una fuerza física que ninguna otra cualidad, por grande que ella fuese, podía substituir. Era sesenta años, harta edad, para combatir Calchaquí y sus enardecidos adictos.

Adviértese en las medidas que adoptara Aguirre la actitud estratégica de un generalísimo de estado mayor, antes que la de un capitán, sabedor de lo mucho que importa, en el ataque, predicar con el ejemplo. Dirigese a Salta, donde envía soldados que limpien el camino; ellos habían de correr el riesgo de los primeros choques. En un encuentro con los indígenas, vence a éstos, y quien los persigue es su hijo Valeriano, muerto en el alcance. Manda más tarde a Carrizo y a Miraval que allanen el valle para fundar San Miguel, y estando todo preparado, asienta su sobrino Diego de Villarreal, la ciudad. Hasta entonces pensó y obró a la vez; desde aquí, piensa más y, a juzgar por sus grandiosas concepciones, piensa mejor, pero no da de sí en igual medida. Donde en otro tiempo encabezara cargas, lanza en ristre, ahora dirige desde retaguardia.

Era de un gran espíritu proyectar antes de Matienzo, de Cabrera, de Toledo y de Garay, la extensión de la conquista hacia el Sur, señalando puerta de salida por los Comechingones, o sea Córdoba, y puertos en el Paraná y Río de la Plata, al propio tiempo en que se esforzara en fundar pueblos defensivos en la sierra de Tucumán y en los valles de Calchaquí y de Salta. Suya era la actitud generosa del espíritu creador, en cuya visión del futuro puede desleírse la perspectiva de glorias personales, sin que ella altere en un ápice la voluntad desinteresada de servir.

Empero, no bastaba en el siglo XVI que el jefe ofreciese a modo de finalidad elevadas concepciones; éstas no siempre las sabían catar los soldados. Hacía falta que el jefe

ra en la acción misma, fascinando con el magnetismo de su propio arrojo, adquiriendo nuevos prestigios con la temeridad del ataque y el triunfo de su pronóstico. Para seres primitivos que sólo creen lo que ven, tiene la victoria un aspecto de favor divino que atrae devociones y conserva prosélitos. Las derrotas, en cambio, ensombrecen como un castigo, retraen voluntades.

En esos momentos decisivos de su carrera, debilitáronse en el gran capitán dos cualidades maestras: el predicar con el ejemplo y el tratar a los soldados en forma cordial, rasgos que fueron del Cid, de Fernández de Córdoba, de Bayardo, de Antonio de Leiva, del Mar-

de lo que le proporcionarían en concepto de municiones, bastimentos, matalotajes y medicinas. Liaba al soldado el compromiso de su palabra a tal punto, que el caudillo, a la vez capitán general y justicia, disponía del derecho de aplicarle pena de muerte. Con todo, más le valía no usar de este privilegio, pues siempre duró la dureza malos frutos, mientras pudo la templanza conservar los ánimos en buena disposición. Ante la severidad, murmuraba y desertaba, por temor de que los castigos se extendiesen a él. Por prudencia, veíanse con frecuencia aquéllos en el deber de contemplar. Remitían la pena, disimulando su sentimiento y postergando reprimendas para mejor hora, o expulsaban al revoltoso. Por otra parte, una extrema tolerancia hubiese conducido al caos, quebrando la disciplina y dejando el bien común supeditado al capricho de los más discolos. Permite esta disyuntiva advertir cuán delicado era el cargo de caudillo y cuán complejo llevar las conquistas a feliz término, contra indígenas briosos, obstáculos de la naturaleza y complicaciones suscitadas por los propios colaboradores.

El peor enemigo de Aguirre fué su carácter. Ayudó más que el padre Martínez a la victoria de sus adversarios y coartó la definitiva consagración de su propia ideología, facilitándole por el odio de sus allegados, el "detente" cruel.

Su desbordante personalidad, absorta en ideas originales, de grandioso alcance, creaba en torno suyo una atmósfera intranquila de crispaciones y trepidantes contactos destinada a desahogarse en tormenta.

Sus reveses por los chichas, la muerte de su hijo, la imposibilidad de fundar en Salta o en Calchaquí, su retroceso, la huida de algunos soldados, fueron hechos debidos sin duda alguna al brio de indígenas envalentonados por triunfos anteriores, a la insuficiencia de fuerzas y a otras circunstancias fatales, pero puede pensarse que fueron en cierta medida la consecuencia de sus años y de su falta de popularidad entre la gente de guerra.

La facilidad con que fuera tolerada la sedición es un indicio concluyente. En los tiempos triunfales de Aguirre, si se hubiesen encontrado catorce soldados de entre ciento veinte para prenderle, no habrían vencido sin que los demás jugaran su vida por él. En los Comechingones no se inmutó la paz en el campo sublevado, y en Santiago del Estero debían ser muchos los descontentos para que la iniquidad iniciada pudiese hallar entre ellos amparo y proyecciones favorables.

Con todo, fué impotente ese enemigo, que llevaba en sí mismo, para deslustrar el brillo de su personalidad y disminuir el alto valor de su ideología, como lo fueron sus adversarios en sus esfuerzos por rebajarle ante los ojos de la posteridad. Los jueces desapasionados de sus procesos, desde el siglo XVI hasta nuestro tiempo, han puntualizado la falsedad de los cargos. Una docena de frases sarcásticas e insolentes sobran

notas contra los dogmas de fe. Pero no sólo los cargos, no los procesos mismos fueron meros pretextos sugeridos por el ansia de hundirlo. En realidad, desde el día en que salieron Almendras y sus hombres de Charcas con el mandato secreto de prenderle, estaba condenado a muerte o a sufrir las consecuencias de alguna calumniosa intriga forjada albedrio de los cómplices del presidente, según las circunstancias. Ellos inventaron fórmula inquisitorial, como bieniesen podido invocar asesinato, robo o locura. Para todo habrían recibido apoyo.

Con la revelación de las actuaciones oficiales de Lima Charcas contra Ramírez Quiñones y la consiguiente prueba del enredo tramado en Charcas mucho antes de su arresto, fiamos haber librado totalmente su memoria de las imputaciones de libertinaje, descreimiento igualmente ciertas, que era la voluntad de sus enemigos asociar a su nombre, unos por razón de estado, otros por infamie perderle.

En uno de los días rojos de saqueo de Roma, hacia frente un joven alférez con algunos hombres de su compañía a una horda de flamencos y alemanes enardecidos en la agresión de un convento de monjas. El caballeresco combate en que arriesgara su vida en un espontáneo arranque de coraje, de piedad, salvó esas serviduras de Dios y dispersó los ferajidos. Verdad es que al Aguirre de veinte años le valió la hazaña el grado de capitán y una dispensa del Papa para casarse con su prima, pero esa doble felicidad fué sin duda para él tan inesperada como el mismo impulso nacido de su alma criada en el culto de la religión y la hidalguía.

Aguirre nació elevado y fuerte y repitió en cien lugares y oportunidades su gesto de quijotismo. En él asociábanse el feliz consorcio excepcional de cualidades de espíritu y de acción, y es ejemplo patente de su doble intensidad el necesitarse nada menos que de un mapa de América para indicar el grandioso panorama de su ideología y los campos vírgenes roturados por su hiello.

Durante cuarenta años marcó su paso en hazañas guerreras en el Cuzco, en Lima, en Chuquisaca, en Tarija, en Santiago, en La Serena, en Copiapó y en Tucumán contra incas, aullagas, carangas, chichas, chiriguanaes, araucanos, calchaquíes, hules, humahuacas, ocloyas, apatamas, juries, nocotés, diaguitas y comechingones. Exploró las provincias de los ríos Pilcomayo, Bermejo, Salado y Tercero. Fué uno de los primeros fundadores de La Plata, de Santiago de Chile y de Coquimbo; contribuyó con industrias a su progreso, dejó expresadas sus ideas en exhortaciones fervorosas al Rey y en las ciudades por él erigidas y vivientes, sostenidas por su brazo, como Copiapó, Santiago del Estero y San Miguel de Tucumán. Una criminal conjura de seres inferiores interrumpió el cumplimiento cabal de su ideología, arrebatándole la gloria de ser el genio tutelar de Córdoba, Santa Fe, Salta y Buenos Aires.

Es Aguirre en la selva de los próceres españoles uno de esos robles suntuosos que encabezaban avenidas y las dignifican, a la par de Cortés, de Pizarro, de Quesada, de Valdivia y de Rojas. Chile, por obra de sus mejores escritores, honró su memoria y reconoció la trascendencia de sus iniciativas en los orígenes patrios. Era tiempo que en la historia argentina se diese cabida entre las figuras capitales de la conquista a este pensador, que preveía con un acierto sólo comparable a su genio militar, los puntos de fijación más idóneos para el progreso de la tierra.



qués de Pescara y que hasta entonces fueron sobresalientes en él mismo. Hecho a atribuir los éxitos a sus cálculos y méritos personales, imputaría su primer fracaso en Salta a la perversidad del destino y a faltas de sus hombres. No supo hacerse perdonar la responsabilidad que sobre él recaía como jefe, no supo eludir los roces de amor propio, no supo atraer. Antes bien, hirió.

Para advertir el error de Aguirre en ese nuevo modo suyo de tratar la soldadesca, es menester recordar que el enganchado del siglo XVI, en Indias, era libre en su oficio, como el escribano o el médico. Salvo los gentiles hombres de la compañía de lanzas y arcabuces creada por el primer Marqués de Cañete para la guardia del virrey del Perú, no pertenecía al soberano ni disfrutaba de sueldo. Seguía, según sus preferencias, un caudillo de prestigio, o un amigo que requiriese sus servicios, o un vecino que le diese de comer para tenerlo de rodela, o de gallo provocador. A la espera de jornadas de trascendencia, en que pudiera transformarse, con la fundación de una ciudad, en encomendero, ponía su interés de espadachín en querellas locales. En descubrimientos y conquistas, ayudábale los jefes con lo preciso para vestirse y armarse, fuera

ROBERTO
LEVILLIER

(Para LA NACION)
PRAGA, agosto de 1920



Antequera Azpiri

PIRINEOS—

Entre Tiermas y Sigües, el terreno, compuesto de superficies calvas, se va levantando en pliegues como de papel enrollado para hacer nacimientos, todo cubierto de ocre y amarillos, que al sol agostoso requeman la cara, dándole un tinte de tierra que se unta en el rostro por debajo del cristal del parabrisas, levantado para evitar que el coche se convierta en horno.

Un camino reptaba trabajosamente a la izquierda, encaramándose a un otero, tras del cual otro llano y otras cimas se adivinan. Por el caminito carretil sube lenta, penosa, trabajosamente, empujado por el fatalismo paramero, un carro de ancho toldo gris, blancuzco y empolvado con ese tono tan ahincado a la tierra que ya hemos visto al salir de Pamplona y que Sangüesa ha saturado ya de Castilla y de Bajo Aragón. Tres mulas ponen movimiento imperceptible y cansino en la silueta neta del carro. Las ruedas parecen tener inmovilizados los radios, que pueden contarse perfectamente. No se ve figura humana alguna; parece que ésta no es indispensable en la conducción de un vehículo, cuya fuerza motriz es lo suficientemente conocedora de la topografía local para andar sola.

Pero, pasadas aquellas tierras a contracorriente del río Aragón, que nos va diciendo adiós con sus aguas, las arrugas geológicas, juveniles aún, van acentuándose cada vez más profundamente, y ya Burgui nos anuncia la presencia senecita y sombría del Pirineo auténtico, del más serio y contundente, del que puede simbolizar mejor la separación de lo europeo de todo el significado ibérico.

Desde Roncesvalles hasta Higer es compatible, en una mo-

derada gradación, una inteligencia mutua hispano-europea. Por el Pirineo catalán lo mismo. Pero desde las Aezcoas hasta Cataluña, las corrientes europeas pasan a trocarse en hilos leves de trochas pastoriles y contrabandistas. La cacareada fraternidad europea retrocede siglos y los Pirineos se levantan delimitando bravamente los caracteres, y ahí está en lo que valga como ejemplo, la fecha del 13 de julio, en que los vecinos del valle francés de Barétous entregan solemnemente a la altiva representación roncalesa, tres vacas de los mismos dentaje, pelaje y cornaje, en cumplimiento de un pacto ancestral, de origen indudablemente ahito de reciedumbre y seriedad auténticas.

La vetusta crestería pirenaica ensombrece el valle del Roncal, que va penetrando intrépidamente en lo más hondo de la hoz tajada por el río Escá.

Sobre un caballo, un hombre en mangas de camisa, con ancha faja y el sombrerillo de fieltro negro terciado sobre la toca morada, nos mira saludador. Es el primer signo humano que reconocemos como auténticamente roncales a través de la documentación indumental de nuestro archivo.

RONCAL—

Es el pueblo de Gayarre. Sería inútil empezar en otra forma este apartado reseñante. Gayarre el cantor, ha saturado el valle que le vio nacer, y sobre todo su pueblo natal, de un ambiente legendario a pesar de su proximidad. Cada roncales o roncalesa es un oratorio, con su candela inextinguible, que rinde íntimo culto a su paisano predilecto.

Desde el cementerio, el mausoleo del tenor navarro avisa al viajero de la presencia de la tierra natal del artista cantor. En el prado, en las escuelas, en el frontón, en todas las cosas que significan liberación de lo material, puso la mano Gayarre. Los que no alcanzamos el

TARACEAS
RONCALESAS

TEXTO Y DIBUJO DE
ANTEQUERA
AZPIRI

(Para LA NACIÓN)

SAN SEBASTIAN, agosto de 1930

eco de su voz, pero vemos su tierra férvidamente noble, le debemos un recuerdo grato, en nombre de nuestros padres y de nuestros amigos que lo oyeron. Y si no fuera por esto, tendría que ser por respeto a la cordialidad que sus coterráneos ponen en el recuerdo.

En la posada, abierta en el diedro de dos casas, nos preparan algo para sobrellevar gallardamente el cansancio de la sentada. Mientras llega el momento de comer, con esa impertinencia del descubridor de rasgos típicos, nos subimos a una casa con portada de un cierto gustillo neoclásico, e importunamos a una madre que con sus hijuelos rodean el amplio lar, esencialmente pirenaico. Una campana circular de enorme diámetro ocupa el centro de la habitación; el tiro de la chimenea vase estrechando hacia arriba, en cuyo final un trozo de cielo ahumado envía claridad. Unos pies de hierro sostienen el asador, y de una cadena pende el garfio robusto que ha de sostener el gran caldero de cobre. La pobre mujer nos mira comprensiva y tolerante, noble, confiada y quizá irónica, aunque con una ironía limpia, de persona excelente.

EL ESCULTOR ORDUNA—

Unos amigos de Pamplona me habían dicho: «Si vas al Roncal, quien mejor puede guiarte es el escultor Orduna; pregúntale por él».

Al llegar indagué a voces al pie de su balcón, como quien canta una jota en la ronda. Se veían personas comiendo, y el que estaba de espaldas a la luz se volvió rápido y apareció en la barandilla.

Fuerte, de orejas pequeñas, ojos acuciadores y montaces, nariz corta y aguileña, mandíbula recia y un tanto prominente. Artísticamente no puedo decir gran cosa de él, porque no he podido formar juicio. Su estudio lo tiene en Madrid, y ahora está en Roncal pasando una temporada. No conozco su obra todavía, aunque se presente el temperamento realizador. Pero si os puedo hablar de su persona, y os diré que si queréis daros cuenta de cómo es un roncales, preguntéis por él. Si está en Roncal, os dará una orientación precisa, y de paso os formará idea de la firmeza, la cortesía y noble gesto que caracterizan al tipo del valle navarro, cualidades tamizadas en este caso por una clara inteligencia educada y afanosa de cultura.

ISABA—

Entre las brumas, la tarde se precipita en el anochecer, pero da tiempo a ver Isaba, la villa también roncalesa, un poco desvirtuada de carácter por el verano, a pesar de su iglesia maciza, de color acerado, con torrecillas en saledizo matando las aristas en la parte superior de una torre de fortaleza.

Más arriba, el cendal nuboso no deja ver el magnífico paisaje cimero. A un lado y a otro del río los pinabets aguardan en las orillas el momento propicio, en que formando almadías han de seguir el ejemplo de las aguas siempre fugitivas, en una emigración llena de arcanos, hacia Sangüesa y los centros populosos del Ebro.

Un incendio legendario, con que los aborígenes ya no se fijaron su advenimiento a estas montañas, quizá sea causa de esta exuberancia arbórea de

hoy, culminada en los bosques Irati, hacia occidente, incendio que posiblemente dió base filológica al nombre pirenaico de esta cordillera.

PERSPECTIVA RONCALESA—

El pueblo, desde el pie de la iglesia, semeja la pollada de la clueca maternal y protectora. Las casas conservan el carácter conveniente, destacando algunas el abolengo de sus redondas chimeneas, indicadoras de la existencia de hogares todavía con tradición.

La iglesia es enérgica y es graciosa a un tiempo; su atrio alegre y acogedor, tiene un rincón pintoresco y amable, que me pasó dibujando muy de mañana. Una larga escalinata os permite ir descubriendo primero el óvalo fino y valiente de una cara entre las mantillas rojas adornadas con una cenefa azul floreada con que se tocan las roncalesas. Después va completándose la figura gallarda y lujosa, hasta presentarse íntegra y esbelta bajo la bóveda atrial. En el fondo del gran vano de entrada al atrio, un tejado cobija varios balcones floridos como tantos otros del pueblo que se desgrana hacia la carretera.

Roncal es limpio, tanto, que no podría haber reparo en comer sobre el santo suelo. Los guijos de sus pinas callejas están bruñidos por la buena crianza y la pulcritud.

Unas campanas lanzan su sin-lán desde un altozano. Son las diez y hay misa en la ermita de Nuestra Señora, por ser el día de la Virgen. Algún roncales viste todavía con tipismo, conservando su elegante terno tradicional. Algunas roncalesas maduras conservan todavía sus trenzas, de las que penden sus adornadas cintas por debajo de las negras mantillas de terciopelo. Pero la juventud se ha cortado melena, a pesar de lo cual un ramillete de mantillas resurge de color local, prestandose a sugerirnos

(Continúa en la pág. 24)

JEAN JACQUES BERNARD

O EL TEATRO DE LA AUSENCIA

COMO un contraste imprevisible, como una pintoresca ironía, Tristán Bernard, autor ingenioso, chispeante, despreocupado, para el que la vida es una eterna, una interminable sonrisa, tiene un hijo escritor, recatado, suave, pulcro, para el que el teatro no es más que una emoción. Difícil es encontrar entre padre e hijo un espíritu más opuesto y una orientación más diferente y, lo más curioso, en el mismo terreno y habiendo tomado ambos la misma senda. Tristán Bernard se propuso hacer sonreír a todo París, y lo consiguió. Jean Jacques Bernard se propone emocionar a reducidos, íntimos y comprensivos auditorios, y también lo consigue. El padre tuvo y sigue teniendo sus obras en los carteles más cotizados y cosmopolitas del bulevar. El hijo, que comenzó en pequeñas salas de vanguardia, al margen del comercio teatral y al margen del comercio, del ruido, del alboroto hueco de las mil representaciones, que tantas veces conocieron las comedias del padre, sigue su labor, pudorosa y modesta como sus personajes. No puede darse nada más distinto, nada más opuesto en sentido del mundo, del teatro y del arte, que "Le petit café" y "Martine". No puede darse nada más distinto que Tristán Bernard, septuagenario florido, socarrón, "bon buveur", ingenioso con la frase espiritual o cáustica siempre a flor de labios, árbitro en la vida teatral parisienne, dictando sus comedias a una secretaria, escribiendo recomendaciones a todos los directores, viviendo siempre en público, siempre rodeado, inagotablemente juvenil, entre autores inéditos que quieren estrenar con su colaboración y actrices jóvenes que quieren iniciarse con su influencia, y este hijo serio, un poco tímido, con un concepto austero de todo, comenzando por su propio arte, que vive apartado, soñando sus comedias en silencio y escribiéndolas en la soledad, de este hijo que ha hecho un apostolado de lo que para el padre ha sido siempre una diversión. No cabe duda de que hay sólo una desilusión comparable a la del padre austero, que le sale un hijo calavera: la del padre alegre y mundano, que le sale un hijo solemne. Tal vez éste sea, matices más o menos, el caso de los dos Bernard. Dicen que el padre habla apenas con medida ceremonia del teatro de su hijo. Y quizá, por respeto, el hijo no habla del teatro de su padre.

Pero Tristán Bernard, con todo el ruido de sus éxitos, ya pertenece al pasado. En cambio, Jean Jacques, con sus suaves y emotivas comedias, pertenece al presente y, con más exactitud, al porvenir. Como todo autor que inicia una nueva manera, aunque en éste no sea totalmete una nueva técnica, sino más bien un nuevo tono, la primera impresión que produce es siempre de sorpresa; y sólo después que los años van habituando, el público empieza a familiarizarse con su espíritu. Tal vez eso explique lo poco que se ha representado entre nosotros, que no es más que la consecuencia de lo relativamente poco que también se representa en Francia. Una obra suya ha llegado, y casi por casualidad, a nuestros escenarios, a través de una versión española. Ningún conjunto francés de los que últimamente nos han visitado las han traído en su repertorio, y eso que su producción teatral se inicia ya hace alrededor de diez años.

Una sola pieza suya, "L'invitation au voyage", se ha dado aquí y ha sido lo bastante para revelarnos su manera, su modo de sentir y de construir, su espíritu sensible y pudoroso, y su técnica mansa y contenida; su tono, que es tal vez lo más bello y lo más característico, cuyos grandes valores están en los pequeños detalles, en los rasgos sintomáticos, en las sugerencias sutiles, que hacen de su obra un teatro de cámara, de pocos personajes y medio tono, por excelencia un teatro de intimidad.

"L'invitation au voyage" se conoce entre nosotros, pero no así sus otras piezas, como no sea de las pocas personas que leen teatro, única forma de enterarse de los autores nuevos, mientras las compañías extranjeras se aferran a los viejos. Y, sin embargo, hay en su producción, todavía reducida, pero toda muy homogénea y cuidada, piezas que son tan representativas y tan equilibrada y armónicamente hechas, como la única que se ha representado en Buenos Aires, y hasta alguna que tiene una mayor fuerza espiritual y dramática y que revela en el autor una garra, en la suavidad de sus otras piezas, no sospechada. A excepción de "Denise Marette", que ni en su tono, ni sobre todo en su fábula, está dentro de la modalidad de su autor, las restantes guardan todas una misma y purísima línea de fondo y de realización.

"Martine", sentida fábula del amor adolescente, tema que podría ser vulgar en otras manos que no fueran las tan vigilantes de Jean Jacques Bernard, y en otro autor que explotara su sensibilidad fácil en lugar de su dolor contenido, encerrado, que está por brotar a cada momento a la superficie y que sigue sus cinco actos breves, atado a la resignación de sus personajes, es, en su género, una de las piezas de más rara dignidad y más noble emoción que se han producido. Martine es la muchacha de campo que se enamora del mozo que viene de la ciudad; presencia el romance del hombre que quiere con una mujer de su clase y se aviene a casarse con el rústico campesino que hace tiempo la adora con su inevitable brutalidad. Nada más. Piezas como ésta casi no se pueden contar, porque la trama muy poco dice y sólo los aciertos constantes de pequeña, patinada emoción, los toques justos, que perfilan los caracteres, las medias palabras que van modelando los espíritus y, sobre todo, la forma en que el autor construye, rehuyendo siempre los choques bruscos, las réplicas altisonantes, la dramática explosiva, para sustituirla con otra fuerza, que va siempre escondida, hacen de una trama vulgar una fábula de almas. "Le printemps des autres" tiene sin duda un asunto más original, aunque siempre el sello, medido y fino de

Jean Jacques Bernard, está en su realización. Es una mujer, ya entrada en la madurez, pero que se conserva y se siente todavía joven, que cuando se acerca a ella a un muchacho que, no obstante la diferencia de edades, le interesa, comprende que no es de ella, como creyó vislumbrarlo, sino de su hija, de quien se ha enamorado, y se enerva y se desespera de la felicidad de la pareja, de la juventud de primavera que lleva siempre al lado de su otoño, que se rebela. Tratada también esta pieza, como las demás, con las mismas tintas patinadas, en el mismo tono contenido, sin que los personajes se enfrenten en su problema, ni se enroscen su drama, sino con un gran pudor sentimental, con una línea que no permite llegar a la confesión, con una delicadeza espiritual que hacen del silencio y de la resignación las dos dóciles palancas de su teatro. Y "Le

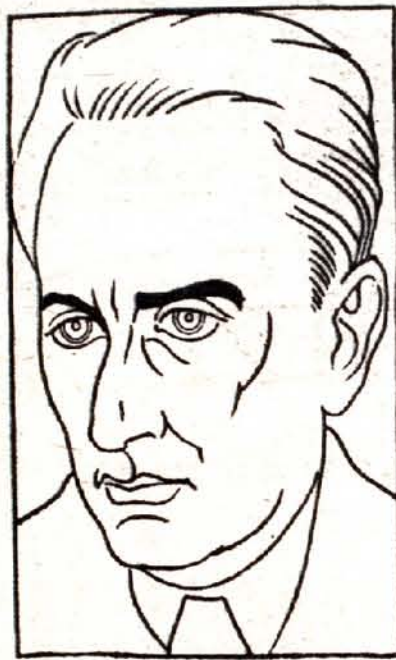
feu qui reprend mal" es casi el mismo asunto de "L'invitation au voyage", pero tratado en un tono más alto, tal vez con tintas más fuertes, con un relieve más acentuado de caracteres y una más poderosa garra dramática. Como en "L'invitation au voyage", es un hombre que la mujer apenas conoció y que, idealizado por el recuerdo y la distancia, llega a convertirse en un gran amor, en "Le feu qui reprend mal", pieza de guerra o, por lo menos, construida alrededor de los problemas que la guerra ha sugerido, es un soldado que ha sido huésped de una casa,

y la mujer, hasta ese momento ejemplar esposa, se enamora de él; pero comienza a darse cuenta de que está enamorada después de que se ha ido, y entonces vive, como la otra, esperando su regreso. Las dos son casi iguales en su desenlace, desde que en ambas las dos mujeres, al borde de irse con el hombre idealizado por la lejanía, se quedan, al fin, con sus maridos, aunque una por simple piedad y la otra más bien por desilusión del amante inmaterial. Sólo que el tono de "Le feu qui reprend mal" se hace más vigoroso que el de "L'invitation au voyage". Todo lo que es en ésta ensueño de palabras y de pensamientos; divagar de la imaginación viajera que agiganta lo que está lejos por contraste con la monótona realidad doméstica, es en aquella más honda lucha de almas, de pasiones y de conciencia, reflejada hasta con cierta potencia dramática, aunque, como siempre, al final, el artista de manso espíritu y medios recatados ponga, sobre el choque de los sentimientos, una velada capa de piedad y de resignación.

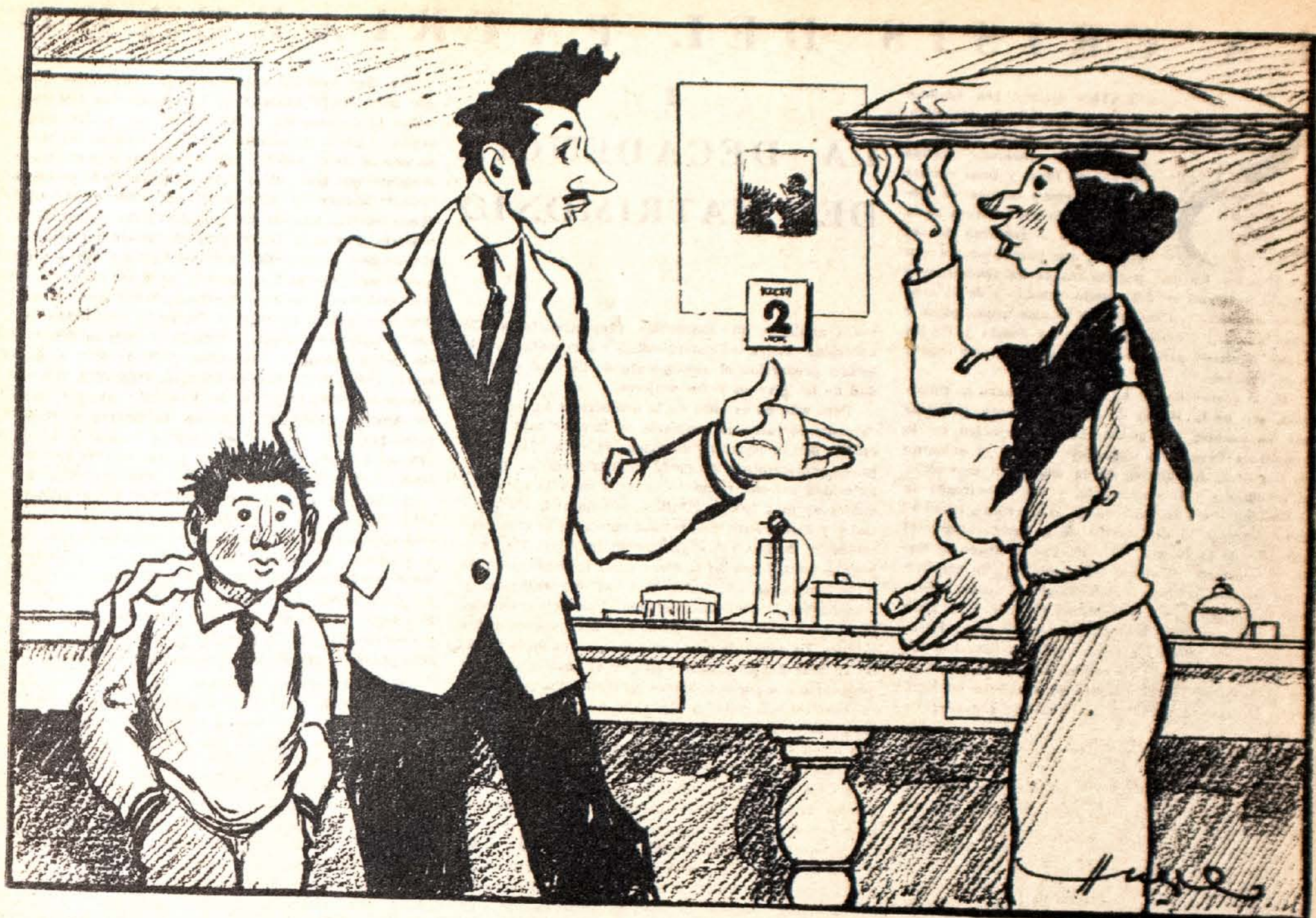
La técnica de Jean Jacques Bernard está gobernada por dos resortes distintos, más aun, opuestos a los que siempre han regido el éxito en el teatro. Siempre ha sido regla escénica hacer

fincar el interés en lo que sucede, siempre ha sido culminación dramática buscarla por las reacciones entre los personajes presentes. Desechando uno y lo otro, en las piezas de Jean Jacques Bernard no sucede nada, y el latente interés sólo radica en la fuerza idealizadora de la ausencia. En sus comedias nada ocurre o, cuando mucho, sólo sucede en la imaginación sensible de sus personajes. Todo está a punto de producirse y luego se detiene en el momento de la caída, de la actitud, de choque, de la confesión o del acto definitivo, que nunca se produce. Las heroínas de "Le feu qui reprend mal" de "L'invitation au voyage" viven a punto de abandonar sus hogares; todo hace creer que van a tener fuerzas para realizarlo; pero, cuando llega el momento, se quedan, avienen, y el desenlace vuelve casi a la misma situación que se diseñaba al iniciarse la pieza. Cuando el hombre de quien ha estado juvenilmente enamorada Martine, vuelve después de casado, y todos esperan que algo suceda entre ellos, que algo se diga, que por lo menos tengan una explicación, él se va, ella se queda, y se llega al desenlace, sin otro broche que un saludo silencioso. La mujer ya madura, enamorada del hombre joven, que después es su yerno, en "Le printemps des autres" nada confiesa, nada se arranca, a pesar de sus arrebatos y de sus pasajeras violencias, nada dice aunque, cuando mucho, lo deje sugerir y lleguen a comprenderlo los dos seres que la rodean, pero que, por pudor, siquiera se atreven a preguntárselo. Nada se dice, nada se confiesa, nada estalla en este teatro hecho de sugerencias.

Y el teatro de Jean Jacques Bernard es el teatro de los ausentes, cuya fuerza y cuyo nudo dramático sólo entrelazan con la presencia inmaterial con los hilos sutiles del pensamiento el recuerdo. En "Martine", donde todavía los personajes están un poco más en contacto, la muchacha casada con el campesino sigue con la vista fija en la vieja casona donde no ha quedado más que el espíritu del hombre que quisiera. En "Le printemps des autres", la felicidad de la pareja, aunque se aleja, aunque quiera desprenderse de ella, sigue persiguiendo a la mujer que no se resigna a no ser dichosa, como los otros jóvenes. En "L'invitation au voyage", el protagonista de la fábula, la ilusión de la heroína y de la obra, es el hombre que apenas pasa un par de veces por la escena; una sombra transitoria en las tablas, que perdura y llena la atmósfera de los tres actos. Y "Le feu qui reprend mal", la observación y también la audacia del comediógrafo llegan a su límite extremo: el personaje alrededor del cual se anuda toda la pieza, no aparece ni un momento en escena, ni figura siquiera en el reparto. Es ya la ausencia total; la ausencia, no sólo en el sentido de que el protagonista, idealizado por la distancia, sino ausencia en sentido teatral de la expresión, en una obra hecha sobre un personaje que no aparece. La ausencia surge así, en un caudal espiritual de ilusión y en una función de resorte técnico, tan frecuente, sobre todo con esta persistencia y llevada a este extremo, hace del teatro de Jean Jacques Bernard una armazón que girará alrededor de un eje inmaterial, que sólo sostuviera por una poderosa y equilibrada fuerza de gravitación.



JEAN JACQUES BERNARD



La planchadora se quería morir

DESPUES de tanto andar de un lado para otro, aquella pobre mujer ya no sabía qué hacer con su hijo enfermo. Más de

dos años llevaba probando medicamentos, y todo lo veía ya agotado en el terreno de las posibilidades humanas, dentro de lo que le permitían sus humildes recursos de planchadora, frecuentemente amplificadas, eso sí, por el apoyo de la Asistencia Pública y también por la indudable generosidad de algunos médicos de excelente corazón que hay en Montevideo. En general, la planchadora no podía quejarse, pues ella era la primera en reconocer que tanto en las policlínicas de barrio como en las clínicas particulares, había encontrado facilidades para que a su hijo se le sometiera a toda clase de observaciones, análisis y tratamientos facultativos; pero al cabo de dos años de verlo acrobático por inyecciones, traspasado por rayos y saturado de productos químicos, la madre tenía motivos para encontrarse decepcionada, ante el hecho incuestionable de que su hijo continuaba en completa postración, cada día más sumergido en aquel estado anémico difuso que los médicos no acababan de entender.

Así las cosas, por aquellos días, una tarde en que la pobre planchadora regresaba de un nuevo dispensario con el hijo cargado sobre un hombro, de pronto se encontró con su vecina la tendera, y charlaron largamente del asunto. La tendera le dijo a la planchadora: —¿Quiere que le dé un consejo, doña Manuela? Váyase a ver a mi cuñado, el peluquero, y pregúntele qué hizo él para curar a su chico. Lo tenía igualito que usted al suyo. Siempre calladito, siempre tirado por los rincones, blanco como la cal de esta pared; no había remedio, que lo levantase, sin ganas de jugar, sin ganas de comer, sin fuerzas para nada...

—¿Se le doblaban las piernas?

—Todos los huesos se le doblaban. Parecía un muñeco de trapo.

—¿Y dice usted que sanó?

—Puede usted verlo en la peluquería. Fuerte y robusto como un trinquete, sacude, barre y lo alborota todo. Es la alegría del barrio.

Doña Manuela no escuchó más. Entró en su casa, tendió a su hijo en la cama y corrió a entrevistarse con el peluquero, que era un hombre franco y bonachón. Lo que menos pudo él imaginarse es que la visita de aquella mujer, también francota y bonachona, pudiera originarle algún trastorno ni plantearle algún problema serio. La recibió afablemente, la escuchó con atención y meneó varias veces la cabeza, diciendo:

—La compadezco, señora; la compadezco.

Luego agregó, a cierta altura:

—No siga usted; no hace falta. Todo lo que me diga lo sé de sobra. ¡Cuatro años recorriendo ese calvario!

—Sin embargo, usted salvó a su hijo.

—Sí, señora; ¡gracias a Dios! Lo salvé del mismo modo que usted va a salvar al suyo.

—¿Será posible?

—Será.

—Dios le oiga tan atento como yo. ¿Qué le dió? ¿Qué le hizo?

El peluquero levantó una mano y se dispuso a hablar sentenciosamente.

—En primer lugar, nada de botica. La botica, para los boticarios. En segundo lugar, estas tres cosas: mucho aire, mucho sol y mucha carne. Pero no carne blanca sino roja. Carne de vaca o de toro.

—¡Oh, usted no sabe! Esa

carne es un veneno para mi hijo.

—El veneno que no mata es el que cura. También a este chico mío le tenían prohibida la carne. Dele usted carne a su hijo.

—¿Y después?

—Después, le da lo que quiera. Pero sobre todo, carne. Carne de vaca o de toro mezclada con aire y sol. En invierno, a pleno campo; en verano, a plena playa. Y nada más.

Nada más, puede repetirse aquí, porque los otros consejos que el peluquero dió a la planchadora fueron tan rudimentarios y de repertorio tan casero como los antecedentes, por lo cual hay que añadir que la planchadora, aunque pagó con las gracias del fondo del corazón, se retiró sin grandes ilusiones con respecto al resultado de la consulta. Fue preciso que venciese grandes escrúpulos, que se sometiese a fuertes violencias y que se encontrase muy decepcionada en cuanto a la eficacia práctica de los procedimientos empleados hasta entonces, para que al fin la mujer se decidiese a probar fortuna siguiendo los consejos del peluquero.

—¿Hay que decir que no se arrepintió? Desde que la tendera surge en este relato, todo parece encauzado a crear en

Boy

(Para LA NACION)

MONTEVIDEO,
septiembre de 1930

Juan Carlos Huergo

abriéndole de palmadas la espalda del peluquero, pues todos habían leído la noticia, que decía:

“Manuela R. de Rodríguez quiere hacer público su sentimiento de eterna gratitud al señor José Martínez, por su generoso comportamiento al salvarle la vida de un hijo para quien los profesionales de la ciencia no encontraban ya remedio”.

Todo lo cual, en resumidas cuentas, no habría pasado de constituir para el peluquero un episodio bullicioso y hasta agradable si no hubiera ocurrido que al día siguiente, y como consecuencia de la expresada publicación, los diarios insertaron esta otra en la sección de sucesos:

“Respondiendo a una denuncia formulada por la secretaria del Sindicato Médico, la policía de Investigaciones procedió anoche a la detención de un sujeto llamado José Martínez y establecido con peluquería en la calle Canelón Chico, por haberse comprobado que practicaba el curanderismo. De acuerdo con las severas disposiciones de represión vigentes, la peluquería será clausurada y el peluquero sometido a la acción de la Justicia, que no debe andar corta ni perezosa para extinguir esta plaga realmente inconfesable”.

Cuando se enteró de esto, la planchadora se quería morir.

CRISIS!

La gran crisis que atravesamos nos obliga a hacer economías. No compre vestidos nuevos: límtese a teñir los viejos con SUNSET que les da un bonito color de moda y la apariencia de nuevos. SUNSET es fácil de usar y de seguros resultados.

LA CRISIS DEL PATRIARCADO

SÓCRATES dialoga con Glaucon en la "República" platónica. Buscando la definición de la justicia, ha concluido creando un Estado ideal y pasa revista a las diversas formas de gobierno. La forma perfecta es la aristocracia o gobierno de los mejores, que para Sócrates son los filósofos los que, por encima de los fenómenos o formas accidentales del mundo sensible y de la conducta humana, contemplan las formas arquetípicas o ideas puras de donde dimanar las demás y de las cuales se sirven para medir y conocer el valor exacto de lo concreto.

De la corrupción de la aristocracia nace la timocracia, que es la forma de los que quieren gobernar por los honores del poder. La degeneración de la timocracia lleva a la oligarquía, que es el gobierno de los ricos; los abusos de la oligarquía engendran la revolución y la democracia, y los desenfrenos de la libertad—"del fuerte vino de la libertad", como él dice—acarrea la destrucción de la democracia y el principio de la tiranía. Al comienzo el tirano se llama "protector", "el amigo del pueblo". (¿No emplean estas mismas palabras, muchos siglos después, Cromwell en Inglaterra y los jacobinos en Francia?). Pero luego, con una plebe detrás, el protector acusa falsamente a los afines los lleva ante el tribunal y los destierra o asesina. (¿No empleó estos mismos métodos Robespierre?). El hombre se convierte en lobo, según la leyenda arcádica. El protector degenera en tirano.

De todos los tipos políticos—cinco en conjunto—que describe Sócrates ningún retrato es tan gráfico y veraz como el del tirano, y ninguno tan malévolos y mordaz como el del demócrata. Sócrates, una de las cabezas mejor organizadas y más maduras que ha producido la especie humana, tenía que impacientarse con aquellas infantiles democracias griegas, más bien demagogías, que él conoció, y no resistió a la tentación de caricaturizarlas. Les atribuye la subversión de todas las jerarquías históricas y naturales. Algunos de los estragos que él ve en la democracia griega se reproducen ahora en la democracia europeo-americana. A los veinticinco siglos, Sócrates es nuestro profeta. Sin embargo, ¿son realmente estragos los que él observa y provienen necesariamente de la democracia? Pero antes de contestar transcribamos las palabras con que los pinta y que parecen dichas para nuestro tiempo:

"Quiero decir que el padre se acostumbra a descender al nivel de sus hijos y a temerlos, y el hijo a estar al nivel de su padre y a no tener vergüenza ni temor de ninguno de sus padres; y esta es su libertad, y el meteco es igual que el ciudadano y el ciudadano que el meteco, y el extranjero está al nivel de ambos... Eso es cierto y, además, ocurren cosas como éstas: el maestro teme y adula a sus discípulos y los discípulos desprecian a sus maestros y tutores; y, en general, jóvenes y viejos se parecen, y el joven se coloca en el mismo nivel que el viejo y está dispuesto a competir con él por la palabra o por la acción; y los viejos condescienden con los jóvenes y están llenos de chanza y jovialidad; no quieren que se les crea morosos y autoritarios y, por tanto, imitan a los jóvenes... El último extremo de la libertad popular es cuando el esclavo comprado por dinero, varón o hembra, es cabalmente tan libre como su comprador: ni debe olvidarse de hacer referencia a la libertad e igualdad de los dos sexos en la relación del uno con el otro." ("La República", libro VIII, de la traducción inglesa de B. Jowett).

Este cuadro tan realista, que más parece tomado del natural que inventado por Sócrates para desacreditar una democracia imaginaria, podría llevar este epígrafe: rebelión contra el principio de autoridad privada; rebelión de los hijos contra los padres, de los discípulos contra los maestros, de los jóvenes contra los viejos, de los esclavos contra los señores, de las mujeres contra los hombres. ¿Y no es ésta también la característica de nuestro tiempo? Tanto por lo menos como la exaltación del proletariado al rango de las clases dominadoras. Sólo que la clase obrera se mueve preferentemente en la órbita del Estado y en las luchas que podríamos llamar públicas de la sociedad. Mientras que la mujer y los jóvenes de nuestra época, antes de ser un factor político y social considerable en muchos países del Occidente europeo y de América, antes de incorporarse a la democracia moderna y de influir poderosamente en su destino, han pasado o están pasando por una crisis previa: la de la familia patriarcal de tipo romano, que al transformarse, con tendencia creciente a restringirse y en algunos lugares

I LA DECADENCIA DEL MATRIMONIO

res a anularse, ha disminuido proporcionalmente la autoridad clásica del paterfamilias y acrecentado en la misma proporción el sentimiento de libertad e igualdad de los jóvenes y las mujeres.

Pero esto no es obra de la democracia tal como lo entendía Sócrates; al contrario, en la clase más democrática por su espíritu y su extensión, en la clase obrera, es precisamente donde la familia tradicional y la autoridad paterna respecto de los hijos y la mujer se conservan más firmes. ¿Curiosa paradoja: la clase social y políticamente más revolucionaria es la más conservadora de la vieja organización familiar! Hay que buscar, pues, fuera de la democracia la explicación de estos fenómenos, que antes bien son independientes y transforman la democracia misma al participar en ella, legalmente o al margen de la ley, las mujeres y los jóvenes. La causa de esta crisis progresiva de la familia es más honda y más vasta, y si tuviéramos que designarla con pocas palabras, diríamos que es el típico sentido hedonista de la vida que caracteriza a las grandes civilizaciones urbanas. Es la civilización a que había llegado Grecia en tiempos de Platón y es la civilización europeo-americana de nuestros días.

En las primitivas civilizaciones monogámicas ni el hombre ni la mujer pueden prescindir del matrimonio; lo mismo ocurre todavía hoy en la población rural de los países más civilizados. El hombre y la mujer se necesitan biológica y económicamente. El matrimonio es un expediente sexual y también un pacto mercantil. El hombre pastorea o labra la tierra mientras la mujer procrea y cuida del hogar y de los hijos. En muchas tribus salvajes, al hombre que no se casa se le menosprecia y difama. El matrimonio, no sólo obedece a una necesidad imperiosa del individuo, sino que es también una exigencia de la comunidad rústica en que se agrupan varias familias, porque de ellas salen los soldados y porque los impuestos locales y nacionales suelen computarse por cabezas de familia. Todo fomenta el matrimonio, el interés individual como el colectivo, en las poblaciones campesinas.

En las grandes civilizaciones urbanas como la nuestra, al hombre y a la mujer les es más fácil suplir la familia. La prostitución y una mayor libertad de costumbres no hacen el matrimonio sexualmente indispensable, como en el campo y en las pequeñas ciudades. Los grandes establecimientos públicos, los clubs, los hoteles, los restaurantes, las sociedades culturales, los mismos partidos políticos y las asociaciones deportivas reemplazan al hogar y la familia, sobre todo para el hombre, aunque también ocurra ya con frecuencia que la mujer acomodada o independiente por su trabajo prefiera posponer o renunciar en definitiva al matrimonio, a casarse en condiciones económicas inferiores o equivalentes a las de su soltería.

La mujer y el hombre modernos, señaladamente en las clases medias, tienen también cada día más necesidades materiales y espirituales, que forzosamente habrían de sacrificar, por lo menos en parte, si estuvieran obligados a sostener una familia. Se han acostumbrado a los placeres de viajar con frecuencia y comodidad, a los placeres de la buena mesa, de la cultura cara, de los juegos dispendiosos, de las compañías amables y costosas, de la ostentación social, de la ambición política, del albur bursátil o financiero y de mil ocupaciones y pasatiempos más, que con rentas o emolumentos limitados no siempre podría permitirse una persona con responsabilidades familiares. Por otra paradoja de la civilización, cuanto más alta es ésta y mayor el bienestar del individuo, hombre o mujer, más se vacila ante el matrimonio y más se le aplaza o, a la postre, se le evita.

LUIS
ARAQUISTAIN

(Para LA NACION).
MADRID, agosto de 1930.

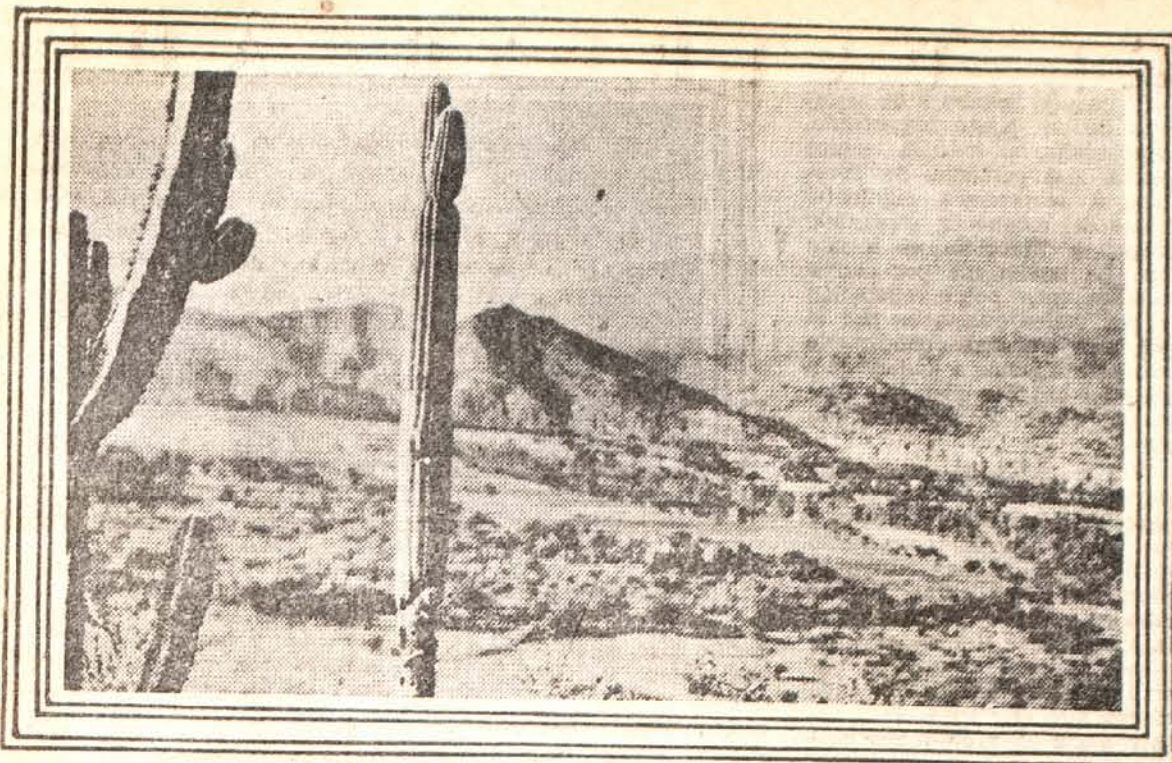
No digo esto por capricho de la imaginación, sino por inducciones basadas en la experiencia histórica. Sobre la disminución creciente de los matrimonios, según el grado de civilización y en el curso del tiempo dentro de un mismo país, hay datos abundantes y decisivos que tomo de la última edición de la preciosa "Short history of marriage" del profesor Edward Westermarck, una de las grandes autoridades en la materia. Por cada 10.000 personas casaderas—es decir, de diez y ocho años para arriba los varones y de quince para arriba las hembras, sean solteros, viudos o divorciados—, he aquí el número anual de matrimonios contraídos: En Servia (entre el año 1896 y el 1905), 1336; en Bulgaria (1910-11), 1223; en Rusia—sin incluir Polonia y Finlandia—(1896-7), 921; en Rumania (1896-1908), 873; en Hungría (1906-15), 778; en Alemania (1907-14), 569; en Francia (1910-11), 530; en Austria (1908-13), 536; en Inglaterra y Gales (1907-14), 507; en Noruega (por el mismo período), 418; en Escocia (por el mismo período), 411; en Finlandia (1906-15), 398; en Suecia (1908-13), 367. La baja cifra de Islandia (1906-15), 335, y de Irlanda (1909-12), 254, se debe, claro está, no a su civilización superior, sino al gran contingente emigratorio de la población masculina. Otro tanto ocurre probablemente en las regiones del Norte y Noroeste de España. Pero obsérvese el descenso de la curva matrimonial según se avanza de Oriente a Occidente y del Sur y Centro al Norte de Europa; es decir, de los países más pobres y atrasados a los más ricos y cultos.

Al propio tiempo, siguiendo esas mismas direcciones, se eleva la edad matrimonial. En distintos períodos que, como los anteriores, oscilan entre el año 1896 y 1914, la edad media en que se casan en Servia los varones fué a los 21,8 y 19,7 las hembras; en Italia, a los 27,2 y 23,6, respectivamente; en Alemania, a los 27,4 y 24,7; en Inglaterra, a los 27,4 y 25,7; en Escocia, a los 27,8 y 25,8; en Francia, a los 28 y 23,7; en Suecia, a los 28,8 y 26,4. Y no sólo disminuyen los matrimonios al pasar de países menos a otros más civilizados, sino también dentro de un mismo país, según se desenvuelve su tipo de civilización. Tomemos como ejemplo a Inglaterra y Gales. En el período 1876-85, se casaron anualmente 568 por 10.000 personas casaderas; 529 en 1886-95; 531 en 1896-1905; 507 en 1907-14. La edad media matrimonial también ha aumentado, de 25,9 para los varones y 24,4 para las hembras en 1876-85, a 27,2 y 25,6 en 1906-10.

La guerra europea ha debido reducir aún más la proporción de los matrimonios, no sólo por los millones de hombres que murieron o quedaron inválidos, sino también por la gran cantidad de mujeres que en aquellos años de pobreza y de falta de brazos para las labores civiles se vieron obligadas a entregarse a una vida independiente de trabajo. Es probable que el encarecimiento general de la vida en el mundo entero, por efecto de los impuestos y los desequilibrios monetarios, sin que el alza de los jornales les haya dado la capacidad adquisitiva de antes de la guerra, restrinja también los matrimonios entre la clase obrera, que asimismo ve aumentar sus necesidades materiales y espirituales y, por consiguiente, el deseo de satisfacerlas mediante la supresión de la familia.

La cifra de mujeres que no se casan—las menos porque no quieren, contagiadas también del egoísmo masculino, del gusto a la independencia individual, pero la mayoría porque no pueden a causa del retraimiento de los hombres—debe ser enorme en Europa y en América y sobre todo en los Estados Unidos. Téngase en cuenta, además, que en Europa hay un tres o cuatro por ciento más de mujeres que de hombres. ¿Qué hacen estas solteras forzosas? Estas solteras forzosas o por lo menos problemáticas, han irrumpido en la civilización occidental y la están revolucionando, lo mismo en el Estado que en la sociedad y en la propia familia, en alianza unas veces tácita y otras expresa con la fuerza invasora, con los jóvenes. Así suplen el hogar deshecho o imposible. Es su desquite. Sus ansias de libertad no provienen de la revolución democrática, como pensaba Sócrates, sino que, al contrario, están revolucionando la misma apacible democracia tradicional masculina.

De esta revolución incruenta se habla poco, y cuando se habla, es, por parte de los hombres, para echarlo a broma en tono de sainete. ¿Si las mujeres mandasen! Pero el caso es que ya están mandando y lo que es más grave—porque más o menos han mandado siempre—: disolviendo la misma base de la civilización greco-romana, la familia patriarcal, ya que el hombre moderno se resiste, cada vez más, a constituirse. Son las nuevas Amazonas. Pero de su organización y formidable influjo en la vida contemporánea nos ocuparemos en una próxima correspondencia.



Al cabo de un par de horas de marcha por una huella mala y quebrada, nos hallamos entre las sierras. Las lluvias recientes, tan temidas por los soldados, habían hecho crecer las aguas turbulentas de un río bastante ancho, y cuando llegamos allí no nos animamos a cruzarlo, a menos que un "pasador" nos señalara el lugar más apropiado para ello. Dos soldados partieron en busca de tal "pasador", y ya que no había población alguna en las cercanías, la espera resultó larga. Finalmente, volvieron los dos hombres con el baqueano y pronto quedó fija-

Iglesia típica en el estado de Oaxaca

Panorama en la Sierra Madre do el lugar más apropiado para cruzar.

La misma circunstancia de que los soldados habían ido todos a la iglesia en Tequisistlán, cuando la última lluvia, me había hecho desconfiar de su pericia para cruzar ríos, y ahora mis temores se vieron confirmados al notar cómo varios hombres, antes de ganar las aguas, por cierto nada apacibles, besaban sus amuletos de la Virgen de Guadalupe.

Sin ánimo de ofender sentimientos respetables, quiero decir y pareceme que mejor hubieren rogado a Dios que le diese fuerzas bastantes al viejo Mancha, pues su cola estuvo en gran demanda, prendiéndose de ella varios soldados, formando cadena, a punto que esa dichosa cola se me figuraba un remolcador que lleva tras

NOTAS DE UN "RAID" POR LAS DOS AMERICAS

POR TIERRAS MEJICANAS

EN LA SIERRA MADRE

Por AIME F. TSCHIFFELY

si una teoría de lanchas por el puerto. Mancha siempre fué un tigre en el agua, y cuando le tocaba vadear contra corriente fuerte, tenía su modo particular de avanzar, medio al sesgo, ofreciendo un mínimo de resistencia a las aguas que se arremolinaban burbujeantes, formando espuma alrededor de su cuerpo. Muchos caballos se marean en tales circunstancias; luego tropiezan y caen, pero yo recuerdo un solo caso en que esto le sucedió también a Mancha.

Al cabo de varios minutos, todos habíamos ganado la orilla opuesta y seguimos adelante, viboreando sobre lomas y entre valladares pintorescos, hasta que alcanzamos una tapera perdida entre las serranías. Se llama "Las Vacas". Antes de la era revolucionaria había sido la morada de gente próspera y feliz, pero ahora todo trasuntaba miseria y desolación. Los techos medio derruidos, ventanales negros y varios como ojos de calavera; las paredes de adobe desconchadas y en parte derrumbadas.



Como notáramos que a Mancha le faltaba una herradura, tuvimos que desandar un largo trecho de camino, hasta que hallamos el tesoro perdido. Llevaba varios clavos en las alforjas, y así me improvisé le herrador, haciendo una piedra las veces de martillo. Lista la obra, quedé muy orgulloso, y por más que a cualquier herrador habríale parecido trabajo de chambón, lo cierto es que la herradura quedó bien fija.

Hicimos fuego para preparar café y sopa, y en eso llegaron varios indios cargados de frutas, camino a Tehuantepec. La situación pintoresca de "Las Vacas" los había inducido a pasar allí la noche. Como siempre, cuando llevaba cigarrillos, convidé a todos, y trayendo esta vez, para mejor, dos botellas de

Un descanso

buen tequila, los recién venidos no se hicieron rogar mucho y pronto formóse un alegre corro en derredor de la fogata. Un indio tenía una pequeña armónica y fué de admirar la destreza con que la tocaba, figurando entre su largo repertorio hasta algunos tangos y pasos dobles, que ejecutaba con notable acierto.

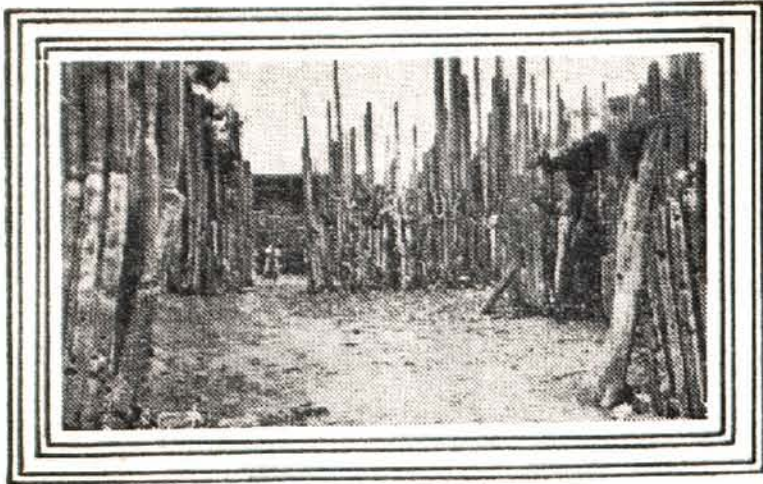
Caía la noche cuando estuve lista la comida, a tiempo que llegó otro grupo de indios, acompañados de tres mujeres. Iba refrescando y todo el mundo se arrimó al fuego, contando historias y aventuras, éste y aquél, matizadas con una que otra pieza apropiada de nuestro músico.

RUMBO A OAXACA

Si bien indios y arrieros de a pie viajan de continuo por la

Mancha con la escolta





Sierra Madre, las huellas y los senderos son muy abruptos y no existen puentes, salvo en la vecindad de los pueblos, mas aun entonces muchos de estos puentes son todo menos bien contruidos y seguros. Por lo común, consisten en varios troncos puestos juntos, de lado a lado, cubiertos de ramas y tierra. Andando los años, se forman grandes agujeros y los animales tienen que buscar su camino con sumo cuidado. En esto me gustaba Mancha, porque tenía un modo particular de avanzar, despacito, gacha la cabeza y husmeando por el suelo. Cuando faltaba poco para llegar a tierra firme, de repente apuraba la marcha, largando finalmente unos bufidos, como si se hubiera asustado.

El día que partimos de la tapera de "Las Vacas" no probamos un solo bocado, hasta el atardecer, en que llegamos a un villorrio de nombre San Carlos. El alcalde y todas esas buenas gentes que viven allí hicieron lo que pudieron para quitarnos el hambre atrasada. Si bien los platos no eran suntuosos, fueron lo mejor que conocían en los dominios de Brilat-Savarin, y lo daban todo con generosidad manifiesta, haciendo así más grata y sabrosa la comida.

Vivaqueamos en la recova del municipio, cuyo edificio, junto con la iglesia, eran las únicas construcciones que merecían el nombre de tal. La iglesia, por supuesto, no tenía cura, pero antes del advenimiento del presidente Calles había sido el lugar de negocios felices de más de un sacerdote español. Ahora todavía, cada mañana y a cada oración, brazos forzudos y bronceados de indios echan a vuelo las campanas y entonces la gente toda se recoge por un momento y hace el signo de la cruz. Varios hombres con quienes hablé dijeron que no deseaban la vuelta de un cura porque los habían tenido muy angustiosos y caros; en algunos casos hasta despóticos.

No sabían cómo agasajarme los de San Carlos, y a la noche se llegaron con la banda municipal a ofrecer una serenata. Miserablemente cansado como estaba, tuve que atender la música casi hasta medianoche.

La próxima jornada sería larga, de unas once leguas, por sobre las sierras, hasta un lugar llamado Totolapa, y la perspectiva de partir a las 4 de la madrugada no me gustaba mucho. Sin embargo, cuando creí que recién me había dormido, el pequeño reloj despertador que me acompañó durante todo el viaje, sonó y tuve que levantar mis huesos cansados y doloridos. Era noche cerrada, hacía frío, y el trabajo de ensillar no fue nada divertido ni fácil, que digamos. Partimos en fila indiana, entrando pronto a la huella abrupta y pedregosa. Despacio y con cuidado adelantamos. En cierto lugar un soldado se desbarrancó, y por más que esto pudo ser un accidente fatal, el hombre volvió con un buen susto, varias magulladuras y rasguños superficiales.

La luz del día fue un gran alivio, y una vez que pudimos ver el camino adelantamos me-

Un corral de "órganos"

jor y más rápido. Nos cruzamos con varios arrieros con sus tropas de mulas petisas y burritos. Los hombres vestían sacos de gamuza adornados de tientos sueltos y bordados muy bonitos. También los aparejos llevaban adornos y en los pretales y las retrancas podían leerse inscripciones como éstas, bordadas en lana de varios colores: "Adiós, muchachos", "Adiós, amigos", "Fuerte andamos".

Abundan los venados en aquellos parajes, pero como no había tiempo que perder, no nos fué posible dedicarnos a la caza. Pasamos por las ruinas de varias haciendas, destrozadas con el vaivén de las revoluciones.

Algunos soldados comenzaron a debilitarse y sus pies se hincharon, mas ninguno se quejó y todos se esforzaron por seguir en la columna. Cerca de un río, un paisano nos indicó una cortada. Poco me gustó seguir ese camino porque íbamos por la misma orilla de unas rocas perpendiculares y el menor traspie hubiera significado la caída a pique al río que teníamos a nuestros pies. Para llegar a Totolapa era preciso cruzar a nado ese mismo río, y por más que el guía indicó el cruce menos arriesgado, el asunto resultó trabajoso. Todos los soldados no podían prenderse de la cola de Mancha, de manera que el guía tuvo que hacer varios viajes, llevando a remolque a aquellos que no sabían nadar. Para eso se servía de un cuero de cabra inflado a aire, del cual se aferraban los soldados. A esa especie de balsa iba atada una sogá que el baqueano sujetaba con la boca mientras nadaba. Fué suerte que habíamos llegado al rancho de ese hombre para preguntarle por las condiciones del río, pues de lo contrario nos hubiera sido imposible pasarlo y habríamos tenido que volver a San Carlos.

En Totolapa dormimos nuevamente en el municipio. El alcalde llevó su gentileza al extremo de traerme una almohada para poder dormir mejor, y lo que más me extrañó, fué de dónde procedería ese artículo, desconocido en absoluto entre esas gentes pobres y sufridas.

Nos acercábamos a la ciudad de Oaxaca y, como siempre, cuando llegaba a la vecindad de un punto importante, apresuraba la marcha cuanto podía. Así partimos de Totolapa a la mañana siguiente, antes del amanecer, esperando llegar a Tlacolula el mismo día. La huella iba por cerros pelados, entre pobre vegetación y por valles quemados por el sol, mas era fácil conocer que nos acercábamos a una ciudad, pues los ranchos de indios aparecían cada vez más numerosos.

Varios soldados no podían ya caminar, y para salir del paso, simplemente ordenaban a los indios que les proveyeran de burros. Ni ánimos mostraron para protestar estos pobres diablos, y si bien yo lamentaba la suerte de los soldados y no menos la de los infelices burros y de sus dueños, no pude menos que reír ante el espectáculo que ofrecían varios soldados fortachos y grandotes, sentados sobre animalitos tan chiquitos, que parecía que los aplastarian con su peso, partiéndose en dos, mientras atrás seguían como en procesión funeraria, de a pie, los indios propietarios, sólo esperanzados en recuperar sus cuadrúpedas riquezas al llegar a la ciudad. Y como esos burritos no llevaban ni recados ni monturas, pronto los pobres soldados tuvieron, a más de pies paspados e hinchados, muy otros motivos de sufrimiento. Y era cosa de ver cómo trataban de adaptarse a las circunstancias, tomando las posiciones más raras y caprichosas sobre los lomos y espaldas inexorablemente duros de las cabalgaduras, con gran regocijo de los indios que seguían de a pie.

Yo acostumbraba adelantarme un trecho para esperar la llegada de la tropa, mas pronto algunos hombres fueron quedando muy rezagados, así que continué solo la marcha, llegando primero a Tlacolula, donde me dirigí directamente a los cuarteles militares a desensillar. Tres horas largas me tocó esperar, hasta que apareció el último hombre, montado en un burrito cansado y maltrecho.

Había una gran fiesta y las calles estaban alestadas de indios y paisanos, venidos de cerca y de lejos, cobrando la plaza y sus alrededores mucha animación y colorido con tantos sombreros grandotes, ponchos y trajes multicolores. Como no deseaba permanecer en Tlacolula, me hice ver lo menos posible y sólo dejé el cuartel para ir a comprarle una porción de alfalfa fresca a Mancha.

Estábamos ya en el altiplano, donde el clima es fresco y saludable. Llevé conmigo a los soldados de la escolta, haciéndoles dar en un puesto de la plaza una buena comida, con mucho "chile" (picante), que es la gloria del mejicano, y finalmente...

... parecía que lo aplastarian con su peso, partiéndolo en dos...



Carnicería popular

mente hice servir cerveza con liberalidad.

Pese al incógnito, no tardaron en reconocermé y se iniciaron las visitas de autoridades y gente de copete que querían que fuese a parar al hotel, mas a eso me rehusé porque prefería dormir al lado de Mancha, para asegurar que comiese toda su porción de alfalfa, pues de otra suerte, probablemente, hubiera ido a parar a la panza de otros animales.

De Tlacolula a Oaxaca hay seis leguas escasas, por buen camino. Me levanté temprano, tomé un pocillo de café en la plaza y empecé lo que pensé sería una jornada fácil, corta y alegre. Aunque la escolta había recibido instrucciones de acompañarme hasta Oaxaca, la dejé atrás porque estaban cansados y con los pies llagados.

A ambos costados de la carretera ancha y bien cuidada había puestos con indios, donde vendían tamales, frutas y bebidas. Crujiendo y chirriando iban carretas en filas interminables. Eran de dos ruedas grandotas, con techo de lona. Dentro iban hombres y mujeres con sus ricos trajes dominicanos, alegría en los semblantes, cantando aires regionales al son melodioso de guitarras, mientras las yuntas de bueyes, graves y silenciosas, caminaban al yugo. Marchaban camino a un pueblito cercano a Oaxaca, donde se celebraría "La fiesta del Tule". Ese tule es un ciprés gigante, cuya edad se estima entre cinco y seis mil años. Su tronco rugoso y deformado por los años, tiene un diámetro de, aproximadamente, nueve metros en su base.

En mi marcha por tierras mejicanas he visto varios tules, pero éste fué, de lejos, el más grande. En Popotla, cerca de Méjico, D. F., existe otro tule que tiene el raro nombre de "Noche Triste", siendo fama que a su sombra Hernán Cortés pasó revista a sus soldados, después de la batalla desastrosa de Tenochtitlán.

La fiesta del Tule se realiza anualmente y atrae millares de forasteros; todo el mundo baila y se divierte y muchos acampan ahí por dos o tres días.

Cuando llegué a Tule, que

así se llama el pueblito, fui a ver a ese patriarca de la vegetación, y por más que muchachos insistieron en que participara de los festejos, continué rumbo a Oaxaca, de donde venía llegando un alud de gente y carruajes.

Temprano alcanzamos los suburbios, sin que yo me imaginara, por cierto, cuán cordial y generoso recibimiento nos esperaba. Las autoridades militares fueron las primeras en presentar sus saludos, ofreciendo hacerse cargo de Mancha. No había terminado de desensillar cuando ya llegaron los periodistas, entre ellos enviado especiales de "El Universo", "Excelsior", los dos diarios más importantes de Méjico. Tarea improba fué capear el torrente de preguntas; empero, es práctica que resultó de provecho más tarde, especialmente en los Estados Unidos, donde hay periodistas que son verdaderos demonios, con una capacidad para penetrar hasta donde debería creerse que ni un ratón pudiera llegar.

No satisfechos con las preguntas y contestaciones, me hicieron ensillar, para sacarme unas fotos especiales a Mancha. Claro, él fué el héroe de ese país impregnado de sentimentalismo e hidalguía. También, había que verlo.

Pese a las jornadas terribles que pasáramos, estaba fresco como una flor, y por más que el forraje no había sido de lo mejor, y muchas veces falló el todo, se hallaba bien a carnes, musculoso y templado como acero.

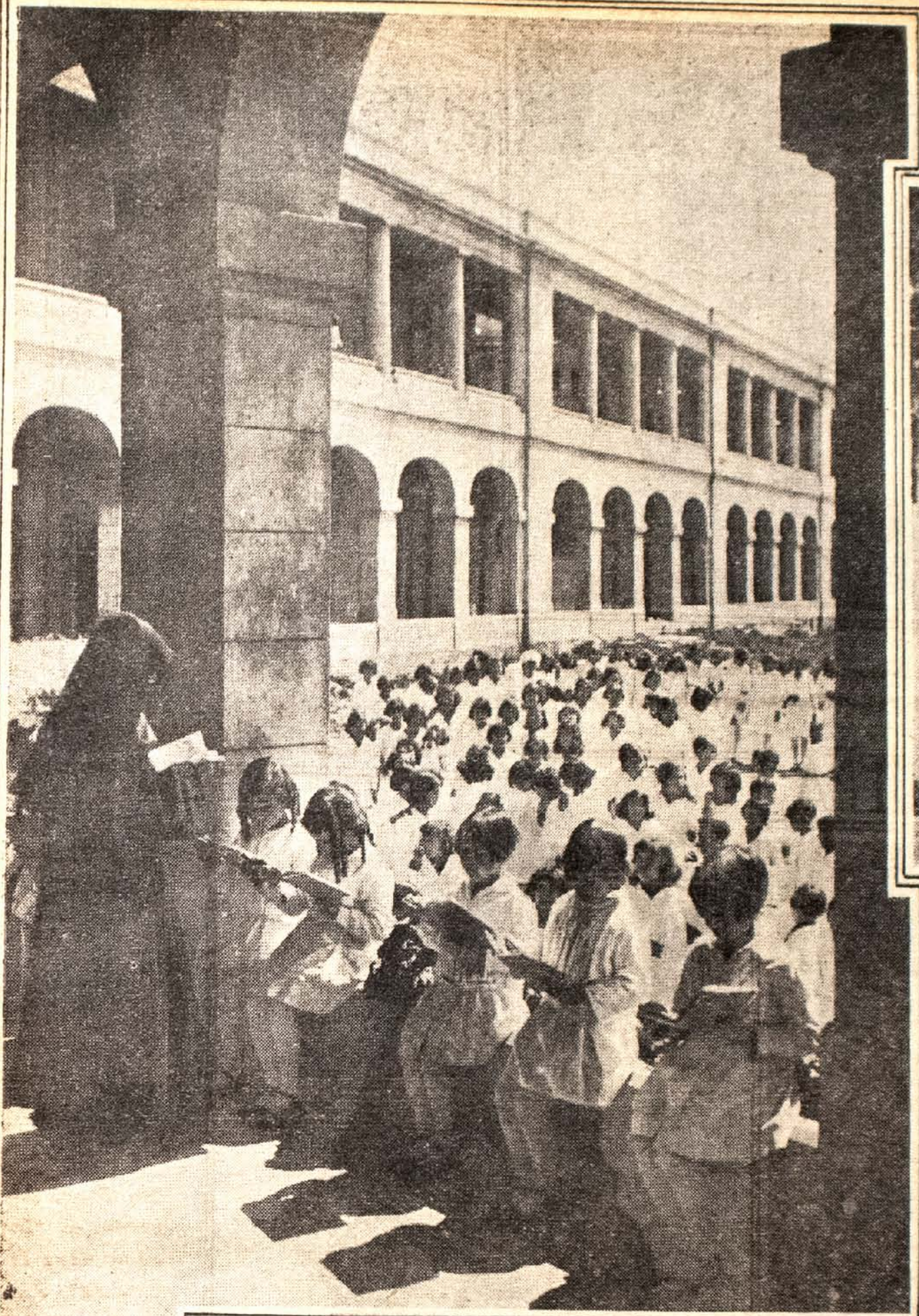
Desgraciadamente, no podía decirse tanto de mí, pues le vaba la cara hinchada y paspadada y los ojos inyectados de sangre, a consecuencia de un reciente ataque de malaria.

Sí, estaba muy orgulloso de Mancha, digno representante de la raza criolla, y me alegraba saber que el cable llevaría la noticia de nuestra llegada a Buenos Aires, para conocimiento de buenos amigos y de tantos que nos habían acompañado con sus simpatías, lo mismo que a aquellos teorizantes y malos patriotas que pretendían hacer pasar al criollo como animal poco menos que inútil y degenerado; esos señores que creyendo nadar en aguas profundas no hacen más que levantar barro en el charco en el que, en realidad, se van debatiendo con sus teorías, si el nombre merece su huerio palabrero.

Sentado cómodamente en un sillón giratorio o al calor de un copetín, cualquiera elabora sus teorías, mas el probarlas es tarea harto superior y Mancha había probado con exceso de lo que es capaz un criollo. En teoría y entre copas, muchos charlatanes lo vencieron. Dempsey en su apogeo, montañas han sido desplazadas, ríos desviados, pero las hazañas de Mancha y Gato no hicieron sobre el papel, sino que sus cascos cruzaron barridos y vencieron desiertos, y sus músculos y tendones templados a través de generaciones permitieron escalar y vencer muchas montañas abruptas, guías muy por encima de 5000 metros sobre el nivel del mar.



Instantáneas



PELLETIER Y CUCHINELLI, RUMBO
A LA CANCHA



EL ULTIMO REPASO



La
tarea
del
cuidador
de
automóviles
exige
alguna
seriedad...





S- Scartaccini, Tita Merello, Francisco Charniello, Pierina Dealessi, Gerardo Rodríguez y Teresa Puértolas, en el sainete porteño de Vicente G. Rella, "En la ruella de Rocha", que se representa en el Nacional



DE LA VIDA TEATRAL PORTEÑA



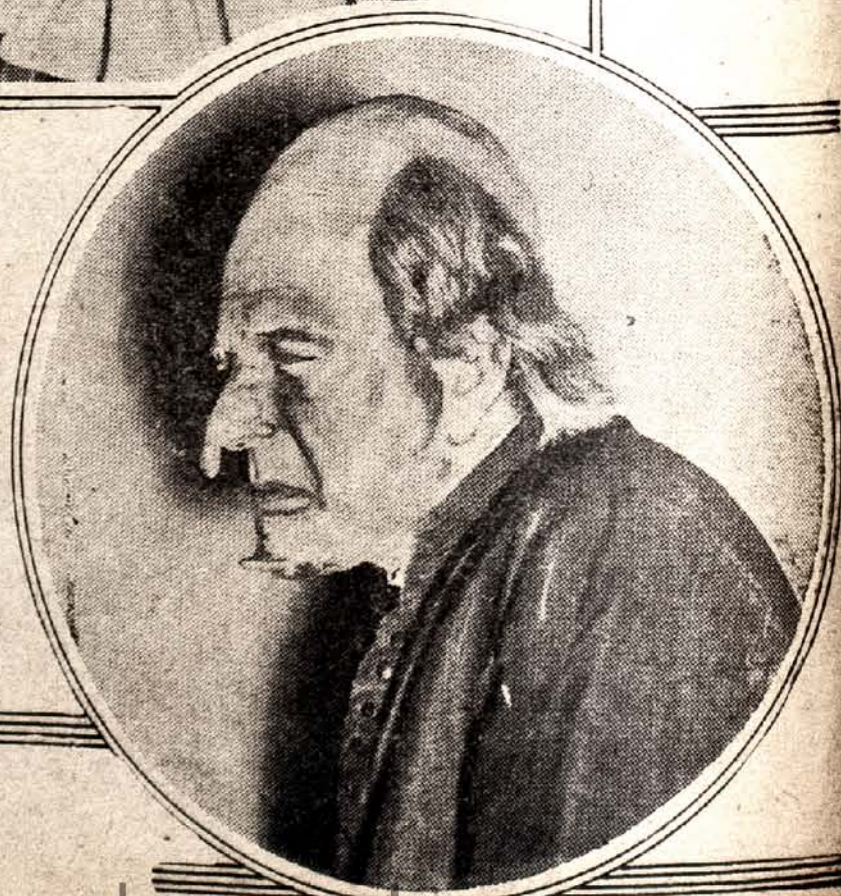
Ema Martínez y Juan Mangiante, en "La pulpera de Santa Lúcia", obra de Héctor Pedro Blomberg y Viale Paz, estrenada en el Apolo



TITA
MERELLO

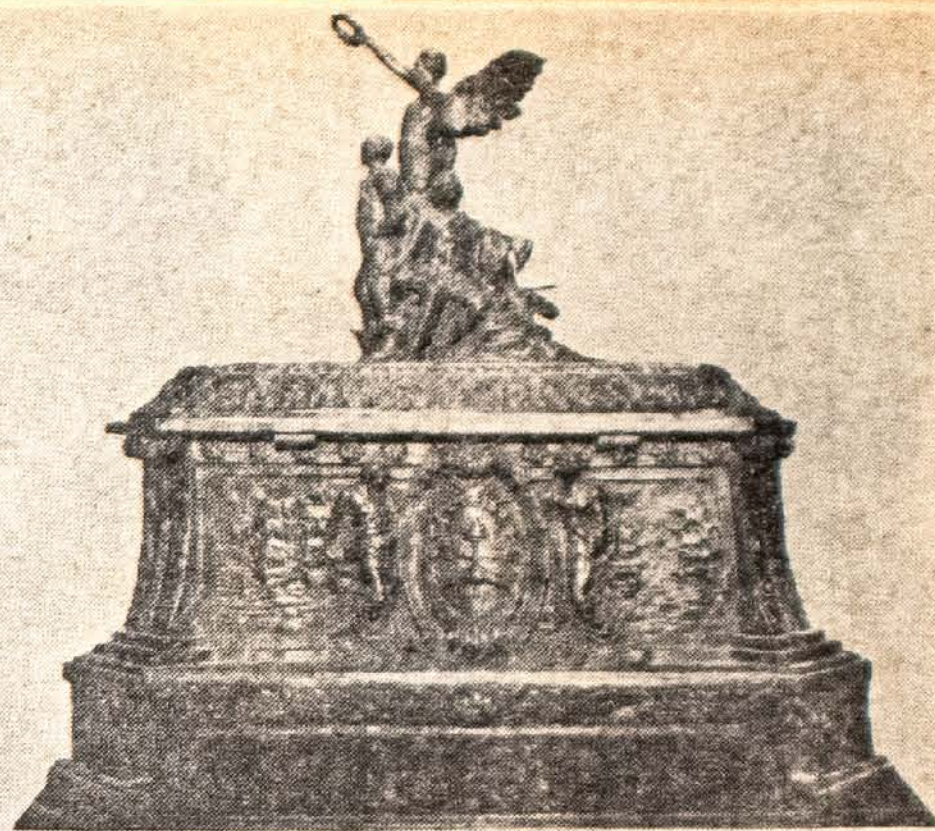


Iris Marga, de
Cómico, en "La
mazorquera de
Montserrat", obra
de Héctor, Pedro
Blomberg y Car-
los Schaefer Gall

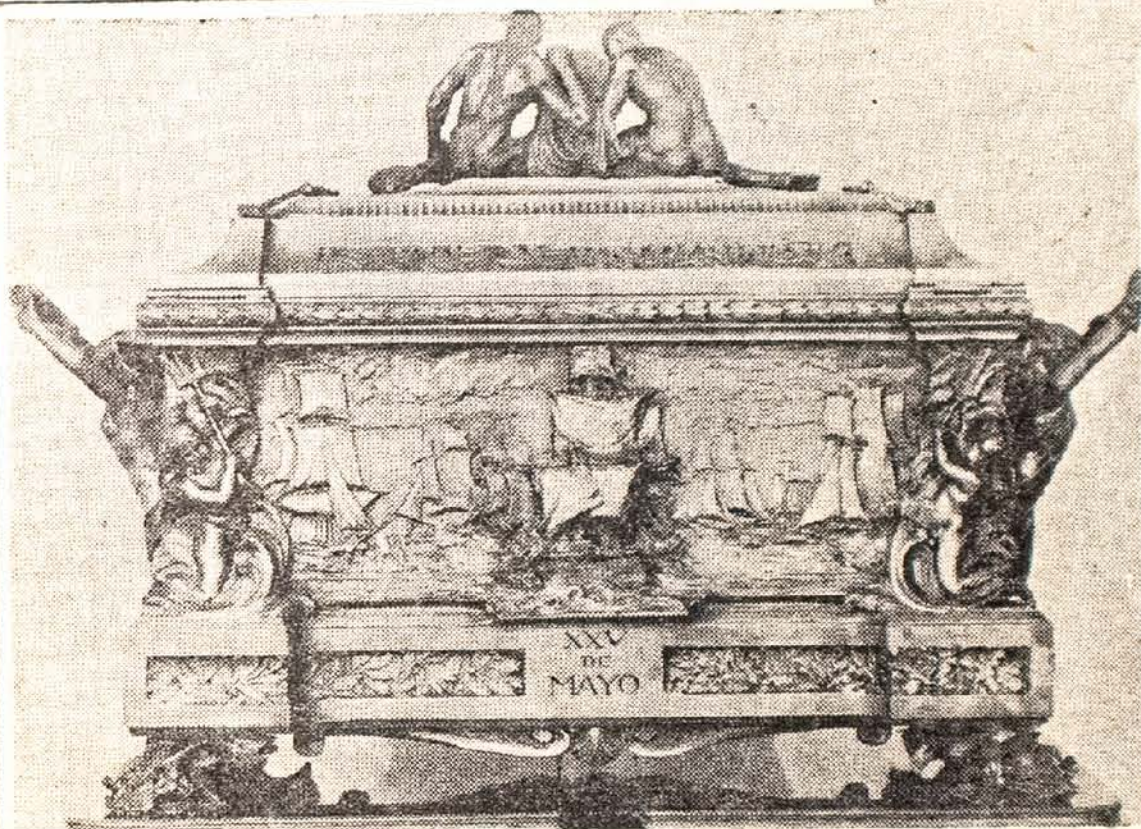


Carlos Perelli, en "La mazorquera de Montserrat"

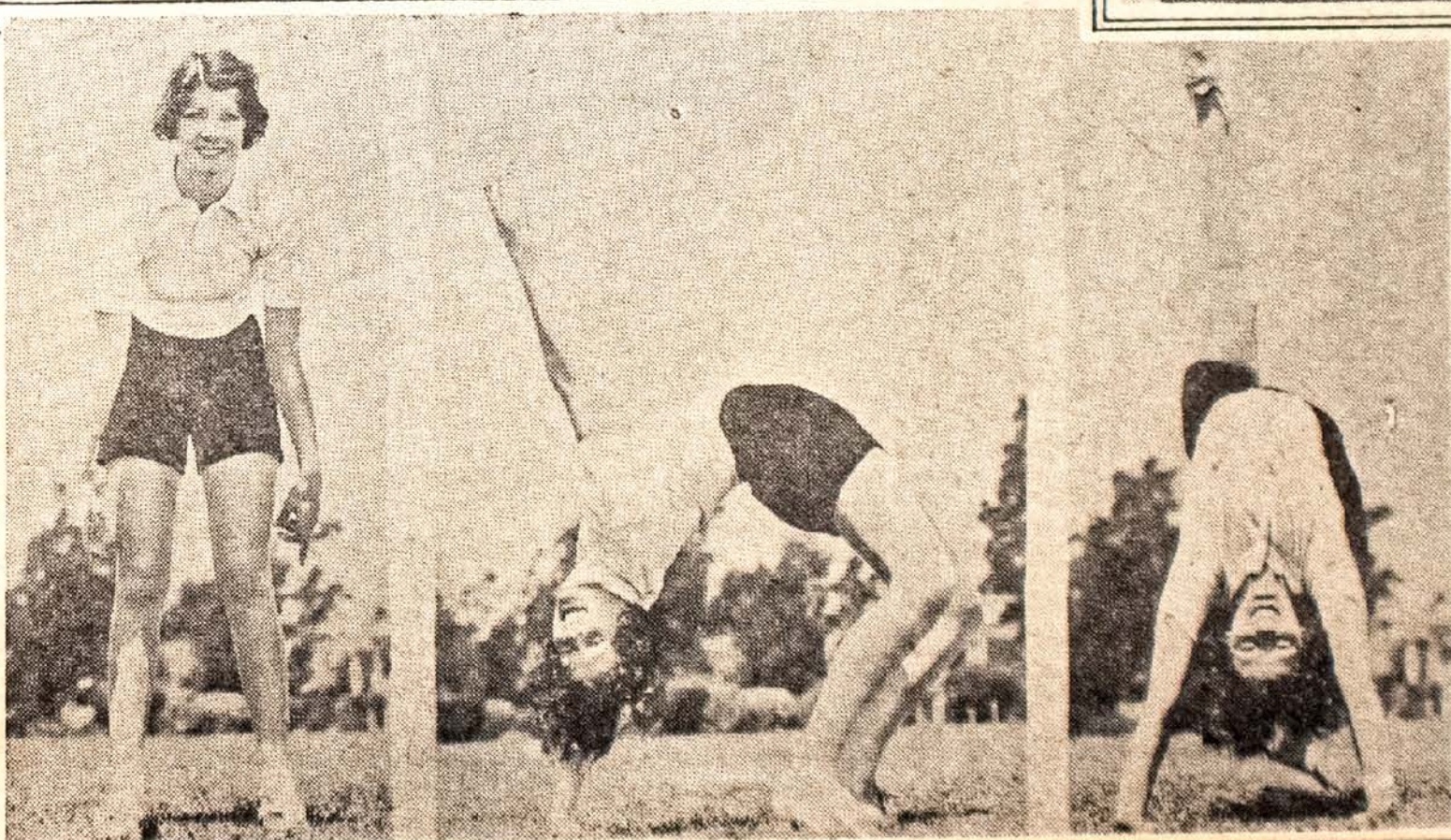




Cofre que será donado al crucero Almirante Brown por la comisión especial que preside el Car. Benvenuto, juntamente con una bandera, ofrecida por otra comisión presidida por la señorita Giulietta Lavarello



Fotografías frontal y lateral del cofre que donarán, con una bandera, las antedichas comisiones, al crucero 25 de Mayo



Un "salto gimnástico hacia atrás" ejecutado por Dorothy McNulty, de la Metro-Goldwin-Mayer, en sus tres aspectos principales

LAS CANAS

hay que hacerlas desaparecer, pero en forma inteligente, y ello sólo se consigue usando el **COLORANTE ALSINA**, pues su preparación científicamente perfecta hace que sus tonalidades sean perfectas y siempre iguales, dando así al cabello la sensación del color natural.

CAJA \$ 7.- Interior \$ 3.50

Para evitar falsificaciones exige la caja cerrada.

Aplicaciones y venta:

MAIPU 843 - U. T. 31 Ret. 6374

Cuatro preguntas a Mlle PINELLY

¿FALDA CORTA O FALDA LARGA?
¿QUE MÚSICA PREFIERE?
¿CUAL ES SU SPORT PREDILECTO?
¿COMO ESTUDIA SUS PAPELES?



PARA las grandes reuniones, para la noche, la falda larga es el traje femenino de rigor. La mujer se encuentra así "en situación" como decimos en el teatro, o en otros términos, a la altura de las circunstancias. Es indiscutible, también, que la falda corta conviene también para otras horas del día: la mañana y la tarde. Y es encarnando uno de los personajes cómicos de mi repertorio que yo presento el contraste, un poco acentuado, entre uno y otro traje...

"La 'jazz' me seduce; pero entiéndase bien: la 'jazz' dulce, suave, armoniosa, sin ruidos extemporáneos y desagradables que desnaturalizan la música y le quitan todo encanto y belleza.

"Me agrada enormemente la natación y para que el reportaje gráfico tenga el complemento indispensable de la fotografía en este tema, uso un traje de natación excéntrico, si se quiere, el traje que precisamente luzco en Deauville, donde se realizan todas las temporadas certámenes de este carácter, en materia de indumentaria de playa.

"Yo no estudio, propiamente, mis papeles. Los creo. De la lectura de la parte correspondiente de la obra, deduzco el espíritu, la psicología, "el alma del personaje". Poco a poco lo voy modelando y en sucesivas representaciones dándole forma, agregando tal o cual detalle que contribuya a su más humana y acertada aproximación a la realidad."

LA VOZ DEL VACIO

POR
PIERRE
QUIROULE

I
EL EXTRAÑO S. O. S.

ILUSTRACIONES DE
PEDRO DELUCCHI

LOS directores de Banco son siempre hombres eminentemente respetables, y Mr. Joshua Reddie no era una excepción a esta regla. Cuando se custodia el dinero del prójimo es necesario infundir una atmósfera de severa confianza, de integridad indudable.

Mr. Joshua Reddie reinaba durante siete horas al día, sentado en una habitación harto sombría, cubierta de mullida alfombra y amueblada sucinta pero suntuosamente, a semejanza de tantas otras habitaciones de naturaleza similar situadas en el propio corazón de Londres.

Pero ahora Mr. Joshua Reddie está sentado en la sala de su pequeña "villa" de Surrey. Ha cambiado su saco, que denunciaba un buen sastre, por una vieja chaqueta de fumar de terciopelo, sus zapatos relucientes por un par de pantuflas de fieltro ya deformadas por el uso y, aunque conserva el bien planchado pantalón del traje de calle, se ha despojado también de la galera, del paraguas y el impermeable.

Echado hacia atrás en un cómodo sillón, con los ojos cerrados y respirando estentóreamente, tiene un par de teléfonos en los oídos, pero parece no escuchar.

En el cuarto hay otras dos personas: Mrs. Joshua Reddie, dama de majestuosas proporciones, vestida con un kimono floreado, y Master Willie Reddie, el hijo travieso y precoz del director de Banco.

También ellos están escuchando, y Mrs. Reddie aprieta contra las orejas los auriculares como si temiera perder el más leve de los sonidos que le llegan a través del éter invisible, mientras Willie Reddie se inclina sobre el receptor de tres válvulas, su último juguete, que arde en deseos de destrozarse para investigar lo que contiene en su interior.

Mrs. Reddie se quitó de pronto los auriculares y dijo:

—Ha terminado. Dos minutos de espera. ¿No te parece que pasó muy bien?

—No permitiré que se exceda en su cuenta corriente—gruñó Mr. Reddie entre bostezo y bostezo.

Mrs. Reddie frunció el ceño y zamarreó a su cara mitad por las espaldas.

—Estás durmiendo—exclamó con cierto dejo de resentimiento.

—A lo cual despertó Mr. Reddie sobresaltado.

—¿A dónde diablos estoy?—murmuró—. ¿Qué pasa?

—Silencio—chistó Mrs. Reddie—. Alguien empieza a hablar.

Estaba en lo cierto. Se oía una voz de hombre, cuya clara articulación permitía escuchar claramente todas las palabras.

—Buenas noches, oyentes—comenzó—. Sir Henry Rooton, presidente de la London and District Banking Company Limited, nos ruega tengamos a bien transmitir por radio lo siguiente: "Si Mr. Joshua Reddie, de Laburnum Villa, Roxstead, o Mr. James Talbot, de 12 Merton Road, Surbiton, escuchan por casualidad este mensaje, es necesario que vengán a la sucursal de Lothbury del London and District Bank, por un asunto de urgencia. Si alguno de los radioescuchas conoce a cualquiera de estos caballeros, se agradecerá les informen del llamado de Sir Henry Rooton". Ahora transmitiremos la rapsodia número 2 de Liszt, que será ejecutada por la banda de "Las Fuerzas Aéreas de Su Majestad".

Siguió un silencio sugestivo. Mr. Joshua Reddie se irguió de la silla con un movimiento violento, que casi dió en tierra con el aparato de radio.

¿Qué significa esto?—gritó. La sucursal se ha incendiado o pasa algo por el estilo. Debo irme en seguida. Sir Hen-

ry Rooton debe estar esperándome allí. Debe haber ocurrido algo terrible.

Mr. Reddie respiró, desesperado, y miró al reloj.

—Las once menos veinte. Y hay un tren para la ciudad a las menos cinco. Justo el tiempo para alcanzarlo.

Y diciéndolo empujó la puerta y se hubiera escapado por ella si las amplias proporciones de Mrs. Reddie no le hubieran obstruido el paso.

—¡No puedes irte de ese modo, Joshua!—clamó—. ¿Qué va a pensar Sir Henry de ti?

Joshua se miró y asintió energicamente.

—Tienes razón, querida; me olvidaba. Willie: mis botines, pronto. Y mi abrigo y mi paraguas. ¡Por amor de Dios, más ligero o perderé el último tren!

Siguió una escena de terrible agitación en el bello saloncito.

la puerta, que hizo temblar la casa. Saltó los escalones, se precipitó en la calle oscura y desierta y empezó a correr frenéticamente, como nunca hasta entonces había corrido.

Tardó ocho minutos en llegar a la estación, y lo hizo a las once menos nueve, es decir,



Dos pares de manos se afanaban en transformar a Mr. Joshua Reddie, el sencillo hombre de hogar, en Mr. Joshua Reddie, el respetable y discreto director de banco. En medio de estos febriles esfuerzos Mr. Reddie perdió la paciencia y se abalanzó a la puerta de calle.

—¡Voy a perder el tren! ¡Voy a perderlo!—gritó.

—¡Espera!—urgió Mr. Reddie—. Llevas el saco al revés. No puedes encontrarte así con Sir Henry.

—Papá, sólo llevas un botín—prorrumpió Willie, atorado por la risa.

—¡Maldito sea!—exclamó Mr. Reddie, mordiéndose el labio, pues nunca se permitía excesos de lenguajes semejantes.

—Muévase, no se queden como estatuas. ¿Dónde está el otro botín? Encuéntralo al momento.

Encontró el otro botín, se lo calzó nerviosamente; se arregló el saco, se caló la galera y sin besar a su esposa, ceremonias que jamás había omitido, desapareció rápido y dramático. Dió un golpe tan violento a

Echado hacia atrás en un cómodo sillón, con los ojos cerrados y respirando estentóreamente

cuatro minutos antes que el tren. Su primer acto fue recobrar aliento y secarse la frente sudorosa, después de lo cual hundió una mano en el bolsillo, como si quisiera extraer un revólver.

Pero no había nada de siniestro en la decisión, pues Mr. Reddie nunca llevaba armas. La única que poseía era un manojito de llaves, que jamás abandonaba, ni aun para dormir. Eran como el emblema de su profesión, y antes hubiera salido a la calle sin pantalones que sin ellas.

Durante los cuatro minutos que siguieron, su mente fue un torbellino de confusión. Hasta que llegó el tren y se encontró cómodamente sentado en un vagón de primera clase no consiguió coordinar sus pensamientos: luego púsose a cavilar sobre el dramático acontecimiento de que acababa de informarse de manera tan sugestiva. Habrán violentado la caja

fuerte? pensaba. ¿Se habría enfermado Jenkins, el guardián que vivía en el piso alto? ¿Había estallado una bomba? ¿O acaso acaba de ser descubierto y sólo pensarlo le afiebraba, algún fraude asombroso que lo haría pasar por un empleado incompetente, incapaz de ocupar su alto cargo?

Mientras el tren se dirigía a Surbiton esta suposición sumía a Mr. Reddie en inquietud mortal. Pero al llegar a Surbiton recordó de pronto que el extraño mensaje radiotelefónico también se refería a su contador Mr. James Talbot. ¿Se había éste enterado? Si tal hubiera ocurrido, seguramente subiría al tren aquel.

Pensarlo y asomarse a la ventanilla para ver si Mr. Talbot estaba en la plataforma fue todo una misma cosa.

Sí, allí estaba Mr. Talbot, su-

—Estaba muy cansado, señor—alegó un poco avergonzado el contador—. No acostumbro a acostarme tan temprano, pero al fin y al cabo, ¿qué podía haber ocurrido? ¡Es extraordinario!

—Debe pasar algo desagradable, Talbot. El sentido común lo dice, pero no tengo la menor idea de lo que pueda ser.

Los dos hombres continuaron hablando de esta manera hasta que el tren llegó a la estación de Waterloo. Mr. Reddie mantenía su admirable sangre fría, pero al apearse le fue imposible dominar su nerviosidad, y empezó a correr por el andén con tanta velocidad que su compañero trataba en vano de ponerse a la par.

La estación estaba casi desierta y poco trabajo les costó encontrar un taxímetro. Lo tomaron accediendo al cumplido "¿coche, señor?" del conductor.

—Al London and District City Bank, en Lothbury, pronto—ordenó Mr. Talbot, y metióse de un salto, con Mr. Reddie a la zaga, en el vehículo. Pasaron el puente de Waterloo, doblaron en el Strand, tomaron por Fleet Street en dirección a Ludgate Hill, y de allí hasta el Banco de Inglaterra.

Sonaba la media noche y caía una fina llovizna. En la City todo era silencio y soledad. Grandes bloques de edificios velados por la niebla se alzaban severos y callados, como grises centinelas de piedra que guardaban celosamente los tesoros que escondía su sólida arquitectura.

Tales reflexiones debían ocupar la mente de Mr. Reddie y su compañero, pues nada se dijo durante un buen rato, hasta que Mr. Talbot se aventuró a murmurar:

—¿Qué diferentes son las cosas de noche!

—Cierro—admitió Mr. Reddie—. ¿Dónde estamos, sabe usted? ¿Y por qué se detiene el automóvil?

No había terminado de formular estas palabras cuando se abrieron las dos portezuelas y dos hombres se abalanzaron dentro del coche. Mr. Reddie trató de erguirse y recibió un cachiporrazo en la frente. Vió una inmensa variedad de constelaciones que no aparecen en el firmamento normal y no recordó nada más. Y lo curioso del caso es que Mr. James Talbot sufrió una experiencia idéntica.

★ ★ ★

John Dane, el escritor famoso, estaba sentado en su departamento de St. Johns Wood con los pies sobre la repisa de la chimenea, ansioso de inspiración, cuando la idea que se había mostrado tan esquiva le acudió de pronto. Su único compañero, Peter Quirk, su amanuense y factotum, escribía a máquina en ese momento con singular entusiasmo.

El monótono cliqueteo de la máquina excitaba los nervios del autor y desataba su furia. De súbito dejó de dictar y gritó a su servil compañero:

—¡Por amor de Dios, abandona ese instrumento infernal! ¿Cómo es posible que piense, que me inspire, con ese repiqueteo que me aturde?

Peter Quirk hizo como si no oyera y continuó escribiendo. Ya estaba acostumbrado a estos arrebatos de su patrón, que con gritos y gestos de desesperado clamaba piedad. Al fin, dejó de escribir un instante para decir:

—Ya sabe usted que esta entrega de la "Chaqueta azul" debe estar lista para hoy. Además, usted nunca se ha sentido inspirado antes de las doce de la noche y ahora son las once de la mañana.

—Ya lo sé, pero tengo que inspirarme a toda costa, por culpa de esa maldita serie de historias sobre radiotelefonía que me exige "Thrills".

—No sé cómo va por no saber nada sobre radio. Es tan

fácil escribir sobre un tema que se ignora por completo... En realidad, Peter, estas complicaciones me sacarán canas verdes.

—Es imposible; usted es calvo—contradijo Peter.

Dane se pasó instintivamente la mano por la cabeza.

—Hablabas en sentido figurado, Peter. Y, además, su observación personal está fuera de lugar.

Peter Quirk se contentó con alzarse de hombros y continuó martillando en la máquina. De pronto se detuvo, asombrado. Por la ventana acababa de ver un suntuoso Rolls Royce, del cual descendió un caballero de porte distinguido que se dirigía hacia la puerta de entrada.

—¡Viene aquí!—exclamó Peter Quirk.

—¿Quién es?—preguntó John Dane.

—Escuche; está llamando—dijo Peter.

—Dile a quien sea que se vaya, que se vaya en seguida.

Peter asintió silenciosamente y salió del cuarto. Pronto se pudo oír el eco de una discusión en la puerta de calle. Luego se escucharon los pasos de dos hombres que subían las escaleras y Peter apareció de nuevo.

—Le he dicho que se vaya, pero insiste en verlo—murmuró.

—¡Claro que insisto!—prorrumpió una voz airada, y dando un empujón a Peter, surgió en la habitación un digno caballero.

—¿Adónde está?—preguntó, mientras echaba una mirada a su alrededor—. ¿Adónde está Mr. John Dane?

Esté, al escuchar su nombre, se levantó del sillón en el que se encontraba tumbado y adoptó una postura un poco más ceremoniosa.

—Yo soy Mr. John Dane—contestó.

—¿Usted?—exclamó el digno caballero, mirándolo con no disimulada desilusión—. ¡Cielo santo! ¡Nunca lo hubiera creído! Bien, bien. Usted es un hombre inteligente y celebre conocerlo. Soy Sir Henry Rotton, presidente y director de la London and District Banking Company.

—¿Qué barbaridad! ¡Nunca lo hubiera creído!—respondió John Dane—. Le pido perdones, Sir Henry. Hágame el favor de sentarse.

Pero Sir Henry no se dio por entendido y alzando las manos con impaciencia, gritó en tono inusitado:

—... ¡Veinte mil libras, Mr. Dane! ¡Veinte mil libras!

John Dane pretendió horrorizarse, aunque no pudo apagar cierta picardía de los ojos.

—¡Nunca!—murmuró como aturrido—. No ignora que me he excedido un poco, Sir Henry. Privilegio de autor, pero no

hasta tal punto. Seguramente está usted equivocado.

—No; no me refería a su cuenta corriente, Mr. Dane. En realidad, ignoraba que usted fuera cliente de mi banco.

John Dane no pudo contener un suspiro de alivio.

—Bien, Sir Henry—agregó regocijado—. ¿Debo entender que ha venido usted aquí con el objeto de obsequiarme con veinte mil libras?

—No, no—exclamó el banquero, algo fastidiado—. Me escuchará usted un momento. Haga el favor de dejarme hablar.

—Por supuesto, señor. Peter, para ese ruido del infierno.

—Pero "La chaqueta azul"—dijo Peter.

—¡Ahórcala si quieres!—gritó Dane desesperado—. Haz cualquier cosa con tal de dejarme tranquilo. Sir Henry, estoy a su disposición. ¿Qué quería usted decirme acerca de esas veinte mil libras?

—¿Que han robado veinte mil libras al banco!—comenzó Sir Henry en tono excitado—. Nuestra sucursal de Lothbury ha sido asaltada en la madrugada. Un asalto de lo más audaz. Algo monstruoso e increíble.

John Dane levantó suavemente la vista.

—En realidad, Sir Henry, parece que usted está confundiendo mi departamento con el de policía, con Scotland Yard.

—Nada de eso. ¿Quién escribió esas historias sobre radiotelefonía en "Thrills"? ¿Fue acaso Scotland Yard o fué usted? ¿Respóndame, caballero!

—Debo arrepentirme de ese peccadillo?—preguntó el escritor, mirando a Peter Quirk de reojo.

—Entonces, permítame continuar sin interrumpirme—replicó Sir Henry.

Y empezó a relatar con apasionada expresión lo ocurrido a Mr. Reddie y su compañero.

John Dane lo escuchaba con interés febril que crecía por momentos.

—Después del asalto al automóvil—concluyó Sir Henry—, Mr. Reddie y Mr. Talbot se encontraron, a las seis de la mañana, en los alrededores de Streatham Common, sin saber cómo habían llegado hasta allí. Horas más tarde se enteraron del robo.

El banquero se detuvo para cobrar aliento.

—Ahora le explicaré por qué he venido a verle, Mr. Dane. Como le acabo de decir, he leído sus novelas sobre radiotelefonía y han despertado mi mayor interés. Entiendo que usted es la persona más indicada para descubrir el misterio, ayudado por su imaginación. ¿Estoy en lo cierto?

—Probablemente, admitió Dane modestamente.

—Bueno; le ofrezco la oportunidad de ganarse mil libras. El Banco está resuelto a pagar

esa suma a quien aporte algún dato que facilite la pesquisa. Por supuesto que Scotland Yard interviene ya en el asunto, pero le diré confidencialmente que tengo pocas esperanzas de que obtenga buen éxito. Andan en busca del "chauffeur" del taxímetro, indudablemente comprometido. Trabajo les va a costar encontrarlo. Tienen que vérselas con una banda de bribones, audaces e inteligentes, que han concebido un nuevo sistema de realizar sus planes criminales, y sólo un hombre de imaginación como usted, interiorizado de la técnica de la radio, puede descubrirlos. Esa es mi firme convicción. Ahora, ¿está usted dispuesto a ocuparse del asunto?

—Haga el favor de decirme: ¿el dinero robado estaba en billetes o cómo?

—Quince mil libras en bonos



Yo soy Mr. John Dane — contestó

al portador que pueden cambiarse fácilmente en el continente y cinco mil en letras de tesorería. Todo estaba guardado en la caja fuerte del Banco.

—¿Violentarón la puerta?

—No, no. Escuche. Hay dos juegos de llaves que abren a la vez la puerta del cuarto y la caja. Mr. Reddie lleva un juego y Mr. Talbot el otro, y ninguno de los dos puede entrar por separado. Es esa la razón por la cual los ladrones procuraron atraer a ambos caballeros a la ciudad. Mr. Reddie guarda también la llave de la puerta del Banco. Teniendo las tres llaves pudieron abrir el Banco, el cuarto del tesoro y la caja fuerte.

—¿Y qué ha sido de las llaves?

—Mr. Reddie y Mr. Talbot las encontraron en sus bolsillos apenas despertaron en Streatham Common. Fueron colocadas allí, indudablemente, mientras ellos estaban sin sentido.

—¿Y el guardián que duerme en el piso alto, no se dio cuenta de lo que ocurría?

—¿Baines? El guardián declaró que no había escuchado nada. A las once hizo su acostumbrada inspección por el edificio y luego se acostó. Claro que, disponiendo de las llaves, los ladrones pudieron entrar al Banco, cometer el robo y partir de nuevo pocos minutos después y sin hacer el menor ruido.

—Por supuesto. Fueron sumamente previsores al apoderarse de las llaves.

—¿Oh, sí! ¡Fueron diabólicamente inteligentes! Pero la clave de todo el misterio está en la comunicación por radio. Puedo asegurar que mi supuesto mensaje no fué transmitido por la British Broadcasting Corporation, que afirma ignorar por completo el asunto.

—¿Y a qué hora se transmitió el mensaje?

—A las once menos veinte. La estación de radio había anunciado dos minutos de silencio al terminar una pieza de música. Un momento después se oyó una voz que parecía proceder de la estación de radio de la British Broadcasting.

—¿La escucharon ambos, Mr. Reddie y Mr. Talbot?

—No; Mr. Talbot estaba ya acostado a esa hora, pero su ama de llaves, Mrs. Pallister, y su hijo la escucharon e informaron a Mr. Talbot al momento. En cuanto a Mr. Reddie, la escuchó, y no sólo él, sino también su mujer y su chico.

—¿Qué dicen en la compañía de radio?

—Se muestran incrédulos y dan la siguiente razón: Aunque Mrs. Pallister escuchó el mensaje en Surbiton y Mr. Reddie en Roxted, ningún otro aficionado de Londres ni de los suburbios la recogió, a pesar de que evidentemente fué transmitido con la misma longitud de onda que todo el programa de la estación B. B. C. Eso es lo más intrigante de la cuestión.

El banquero vaciló un segundo y luego preguntó:

—¿No puede transmitirse el sonido en una sola dirección, Mr. Dane?

—Sí, conozco algo de eso.

—¿No cree usted entonces que esa clase de transmisión podía explicar por qué el misterioso mensaje no fué recibido más que por Mr. Reddie y Mrs. Pallister?

—¡Imposible! ¡Imposible!—exclamó Dane enfáticamente—. Créame, Sir Henry, que esa explicación es tan ilógica que no me atrevería a emplearla siquiera en mis novelas.

—Entonces, ¿no se le ocurre a usted algo?

John Dane no contestó. Una expresión sugestiva iluminaba su rostro. Miraba fijamente al banquero, pero parecía pensar en otra cosa. De pronto su faz tornóse roja de excitación nerviosa y, acariciándose la calva con la palma de la mano, llamó a Peter Quirk.

—¡Ya la atrapé! Empiezo a escribir lo que te dicto. ¡Pronto! Toma; aquí tienes lápiz.

—Ya tengo uno—contestó Peter.

John Dane tosió un poco, y en seguida comenzó a dictar, caminando de una esquina a otra del cuarto.

—Capítulo primero. Los directores de banco son siempre hombres eminentemente respetables, y Mr. Joshua...

Sir Henry lo interrumpió desconcertado:

—¿Cómo? ¿Ya ha resuelto el problema?

John Dane lo miró disgustado y respondió rudamente:

—¡No me interrumpa! Ahora, Peter, sigamos nuestra historia. ¿Por dónde íbamos?

—Y Mr. Joshua...

Pero Sir Henry no era hombre fácil de arredrar.

—¿Qué es eso? ¿Una historia sobre radio? Es de esperar que no se ponga usted a escribir sobre el robo de anoche. ¿O es que tiene acaso la solución del problema?

—Tengo una idea para una historia.

—Entonces, señor, si es mi visita lo que lo ha inspirado, parece justo que obtenga yo algún provecho de mis servicios. Le ruego, por lo tanto, que me participe la teoría que, según usted, explicaría lo ocurrido o que me asegure que se empeñará usted resueltamente en la solución del enigma. Recuerde que puede usted ganar una recompensa de mil libras.

—Lo había olvidado—dijo John Dane—, a pesar de que esa suma excede lo que la revista "Thrills" me paga por mi colaboración. Puede usted confiar en mí, Sir Henry; le prometo tratar de ganar las mil libras.

—Bueno; sellemos la promesa con un apretón de manos.

Dane le tendió la diestra sin inmutarse.

—Ahora, déme la dirección de Mr. Reddie y Mr. Talbot—solicitó.

Sir Henry sacó del bolsillo una libreta de apuntes, escribió ambas direcciones y arrancó la página.

—¿No desea nada más?

—Nada, muchas gracias. ¡Ah, sí! Dígame a Mr. Reddie que irá a hacerle unas preguntas.

No bien Sir Henry había partido, Dane gritó a Peter:

—¿Anda a llamarme tres taxímetros, pronto!

—¿Tres taxímetros?—preguntó Peter asombrado.

—Sí, tres taxímetros. El primero para que me lleve al distrito Bank, el segundo para ir a Surbiton y el tercero para ir a Roxted.

—Pero no va usted a ir a los tres sitios al mismo tiempo...

—Cierto; tienes razón. Llámame entonces uno solo. Bastará con uno.

Peter Quirk salió corriendo a cumplir las órdenes de su patrón.

TARACEAS

RONCALESAS

(Continuación de la pág. 13)

a José Ortiz de Echagüe y a mí un completo cuadro vivo roncales.

PIROPEO—

Hemos ido examinando prendas en la mano, con ese gesto perito de anticuario que se adopta involuntariamente en contacto con las ropas de uso pretérito. La mantilla negra, la mantilla roja festoneada de distinto color, el jubón negro brocado en oro o en plata; el justillo igualmente bordado con hojas y flores en disposición sabiamente decorativa. La camisa de frunces graciosos y finos en los hombros, de golilla en el cuello y rizados puños de encaje. Las faldas azules bañadas y las sobrehaldas igualmente azules, con zócalo encarnado en la vuelta, para que aparezca a la vista levantada y recogida la falda atrás, has-

ta que la novia ha celebrado su boda en que se deja caer. Y las gargantillas de oro y de plata. Y el "bichi", esta joya que sin saber cómo conserva, como algunos nombres toponímicos roncaleses, su denominación vasca (1), indudable indicio del imperio lingüístico euskaldun en estos lugares y en otros tiempos.

Pero todo esto vive, refulge y juega con la luz cuando Presen, María Luisa, Concha, Fermina y Rosario embrujan las prendas con sus cuerpos lozanos y llenos de gracia y mueven sus ojos amplios, recogedores de todo el ambiente del valle, bajo el vuelo de las mantillas.

El alcalde, con su sombrerillo de Sástago ladeado encima de la toca, su gran valona de oriundez flamenca y el capote de mangas degolladas, negro con un ribete bermellón por todos los bordes, constituye la nota solemne y grave del conjunto con su formidable arquitectura de arquetipo roncales.

El novio es la transición en

tre la hermética austeridad regidora del valle y el animado effluvio femenino del Roncal.

Yo he tomado mis notas. José Ortiz de Echagüe, ajeno al mundo externo de su máquina, sigue tirando placas inexorablemente, sin darse cuenta de que a Rosario, a Fermina, a Concha, a María Luisa y a Presen se les marchan los pies en dirección al baile, desde donde suben las notas inquietantes y torturadoras.

Al fin las muchachas, liberadas ya por el objetivo, se van en bandada gaya hacia abajo, mientras nosotros nos quedamos solos en el pórtico de bóvedas encaladas y aristas amarillentas, lamentando un poco que esta reviviscencia del traje típico roncales, estimulada por nuestra presencia y promovida por nuestro amigo el escultor, sea tan fugaz.

Las muchachas tienen sus razones higiénicas y modernas para ir ataviadas al día, pero habrían de ver el modo de hacer compatible la actualidad de cada momento futuro con el

carácter local, con el arte peculiar de las mujeres roncalesas manifestado en el gusto de sus labores y con la conservación de una personalidad, si quiera todo ello quedase reducido a unas fiestas anuales, incluso con el acicate de premios para los mejores, aunque sin subvenciones de Patronato de Turismo; organizado todo por el valle o por el pueblo de Roncal, que puede y debe honrar los valores que merecen ser destacados de su acervo tradicional y típico. Todo esto realizado con naturalidad y esquivando la mascarada, podría dotar a la naturaleza brava del Roncal del complemento humano esencial y externo a la vez, si quiera en una fecha cada año, haciendo compatible las comodidades modernas con lo que no es despreciable de lo antiguo, dejando a esto, por lo menos, un resquicio anual por el cual pueda manifestarse, rompiendo la monotonía de los días iguales entre las montañas.

(1) Bixi; Adorno, joya.

CURIOSIDADES MATEMATICAS

Comúnmente se cree que las únicas cifras que dan el mismo resultado sumadas que multiplicadas son el 2 con el 2. En efecto, 2 más 2 es igual a 4, del mismo modo que 2 por 2 es igual también a 4.

Pero hay, muchas cifras que se hallan en igual condición. Para obtenerlas existe la siguiente fórmula general:

$$\frac{A}{X} = \text{Igual a } A - 1$$

en que A es un número conocido cualquiera y X el que hay que hallar para completar el par de cifras que reunan tal condición. Por ejemplo, tomemos un número cualquiera: 5, y tendremos:

$$\frac{5}{X} = \text{Igual a } 5 - 1$$

Lo que nos da X igual a 1,25. En efecto, 5 más 1,25 es igual que 5 por 1,25, o sea, en ambos casos, 6,25. Y como esta fórmula es general, hay millones de casos iguales al susodicho problema de 2 más 2 igual a 4, y 2 por 2 igual también a 4.

EL JOVEN WOODLEY



Madeleine Carroll, bella y expresiva actriz cinematográfica que tiene destacada actuación en "El joven Woodley"

POR
LESLIE
WALKER
LEIGH

(Para LA NACION)



El interesante argumento de la película "Young Woodley" es como sigue:

David Woodley, estudiante de carácter tranquilo y reservado, es un romántico soñador de 18 años, quien regresa al colegio para cumplir su último curso antes de pasar a la universidad.

En su discurso inaugural para el año, el director, Mr. Simmons, como de costumbre, exhorta a los jóvenes que, entre otras cosas, sean puros en el espíritu, las palabras y los hechos. Rato más tarde, en una reunión de los muchachos en la sala de los prefectos, Vining, un joven precoz y de tendencias algo avanzadas, dice abiertamente que está muy bien que

Simmons hable de la castidad, pues está confortablemente casado con esa buena moza, Laura, su mujer.

Woodley no toma parte en la discusión, y sus compañeros le embroman, diciéndole que es demasiado puro y bueno para este mundo. Es evidente que David tiene una naturaleza delicada y que le desconciertan las conversaciones que giran sobre temas sexuales.

Mr. Simmons, el director del colegio, es un hombre que, absorbido por las preocupaciones de su profesión, ha perdido de vista un contacto necesario con valores más humanos.

Laura, su mujer, es mucho más joven que él y tiene un carácter amable y generoso. Se casó con el maestro sin darse cuenta de la mezquina peque-

ñez del hombre y está sufriendo una amarga desilusión.

Un día, Laura visita la sala de los prefectos y descubre que Woodley se dedica a escribir versos. Le pide que se los lea y el muchacho accede tímidamente.

Antes de despedirse ella llega Simmons y al expresar su sorpresa viendo a Laura allí, agrega un gesto de desprecio, refiriéndose a los románticos ideales de Woodley. Para salvar al muchacho de la humillación, Laura hace creer a su marido que el papel que tiene en la mano es una receta que acaba de entregarle el ama de llaves.

Laura invita a Woodley y a un compañero a tomar el té en su casa unos días después. A última hora el amigo tiene que jugar en un partido de cricket y Woodley se presenta solo. Ella encuentra muy provocante la presencia del simpático joven y él, fatalmente, se enamora. Mareado por su repentina pasión, la besa en el mismo instante en que se abre la puerta del salón para admitir al marido. Enfurecido por lo que ve, ordena a Woodley de abandonar la casa inmediatamente. Luego se desarrolla una escena violenta entre Simmons y su mujer. Le dice que expulsará a David del colegio y, por consiguiente, le será imposible entrar en la universidad. Laura arguye que obrando así, todo el mundo se enterará de lo que ha pasado y que de ningún modo le conviene tal escándalo. Dándose cuenta de que su mujer tiene razón, Simmons se enfurece aún más, al ver que por el momento no podrá cumplir con su propósito de castigo y venganza.

Laura está muy afligida a causa de la situación en que ella ha colocado a Woodley y resuelve que debe hacerle pensar que ambos se han equivocado en sus sentimientos y que su amistad amorosa debe darse por terminada de hecho.

Woodley, cuya imaginación está afiebrada, sueña en escaparse con la bella y gozar de una felicidad algo vaga, sufre una desilusión atroz al recibir la comunicación de Laura diciéndole que no tiene la menor intención de abandonar a su esposo.

En un ataque de desesperación e incitado por las risas y alusiones de sus compañeros de colegio, reacciona violentamente David, yendo a caer en los brazos de una chica del pueblo, conocida por su falta de escrúpulos morales. El estudiante está aún bajo la impresión de repugnancia y disgusto que esta acción le causa, cuando una frase insultante para Laura de un compañero suyo obra como una chispa que lo inflama. Presa de una crisis nerviosa, toma un cuchillo que está sobre la mesa y amenaza matar a su atormentador. En la lucha que sigue, sus amigos, asustados, lo desarmen, pero el desorden ha llegado a oídos del director, quien se presenta en la sala. La situación es por sí bastante grave, pero además ve en ella la oportunidad buscada para expulsar a Woodley del colegio.

Inmediatamente el director hace llamar al padre del joven, a quien dice que su hijo no puede quedar allí debido a su genio ingobernable y vicioso. El Sr. Woodley queda muy sorprendido por las manifestaciones que se le hacen y duda algo

de su veracidad. Al mismo tiempo David no dice una sola palabra en defensa propia, pero su padre es buscado por Laura, quien le dice la verdad de lo ocurrido. Ella admite, con toda franqueza, que tiene la culpa y que está enamorada de David, pero se da cuenta que solo la tragedia puede resultar de la continuación de amistad tan peligrosa.

Laura habla con David por última vez antes de su partida del colegio. "Quiero que sepas, David — le dice —, que te he amado realmente, y quiero que siempre lo recuerdes. La vida recién empieza para ti, pero el amor que hemos sentido no debe dañarte ni desilusionarte".

Termina la película con una escena emocionante entre David y su padre. El muchacho, ya adulto, no sufrirá mayormente por lo que le ha pasado, y él y su padre llegan a comprenderse como jamás lo hicieron antes.

Los principales papeles del "Joven Woodley" están a cargo de: Madeleine Carroll, Laura; Frank Lawton, Young Woodley; Sam Livesay, Mr. Simmons; Aubrey Mather, Mr. Woodley; Billy Milton, Vining; Gerald Rawlinson; amigos, Milner, John Teed, Ainger, Tony Halfpenny, Cope.

La filmación de esta pieza, cuyos diálogos fueron escritos por el mismo autor, John van Druten, es excepcionalmente buena. Fué dirigida por Thomas Bentley y el interés del argumento no decae por un solo momento. La fotografía es de primer orden y se refleja fielmente el ambiente típicamente inglés de "public school" en que tiene lugar el drama.

El papel de Laura está a cargo de Madeleine Carroll y su interpretación ofrece dificultades evidentes para un trabajo de sinceridad y de arte. Se empeña muy bien esta bonita artista de la pantalla inglesa quien, casualmente, empezó a ganar su vida ella misma como maestra de escuela. Su belleza poco común llamó la atención de algún cazador de estrellas cinematográficas y su carrera ha sido tan rápida como brillante.

Los tres estudiantes, compañeros de Woodley, Vining, Milner y Ainger, son presentados con una naturalidad y gracia vivaz que divierte tanto como encanta. La película es totalmente parlante y se sigue el diálogo sin dificultad, pues todas las voces registran a la perfección.

A propósito de esta película, que ha sido distribuida por la British International Pictures para el mercado sudamericano y se estrenará dentro de poco, tuve una discusión de cierto interés con el perito para el extranjero de esa compañía, Mr. Weart, quien recién regresa de una gira mundial. Este caballero expresó la opinión de que "Young Woodley" no tendría la misma recepción en los países latinos como ha tenido en los de raza anglo-sajona. Las normas de conducta son tan diferentes, dijo, y se consideraría a David como un pobre zonzito nada más, sin perder de vista que al mismo tiempo el alto valor artístico de la cinta podría asegurarle un éxito.

Será interesante, pues, ver qué recepción tendrá "Young Woodley" cuando llegue a Buenos Aires.



Su pure prejuicio mirar al hombre de acción como más importante que otro cualquiera, pues ¿qué sería de él sin aquel que lo observa y lo describe?

Los dioses mismos sufrirían de hastío si no pudieran ver su belleza representada en estatuas hechas por los hombres. Parece, en realidad, cierto que todos los grandes hombres fueron más pequeños que las figuras que de ellos trazó la ambiciosa imaginación de sus biógrafos. Si se publicaran los planes de batalla del estado mayor general de Aquiles, el mundo entero descubriría que fue genio menor que Homero, y si se editase la correspondencia privada de Homero, el cantor de Aquiles, quedaría empequeñecido por su fama.

Cuanto más humano se presenta el hombre de genio, tanto más hondamente nos conmueve su brega—su brega formidable consigo mismo y la menor con su mundo circundante—, y sólo cuando nos damos cuenta de todos los obstáculos grandes y pequeños que la materia y el espíritu pusieron en el camino del luchador, sólo entonces podemos admirarlo sin reservas, porque hizo tanto a despecho de todo. Cada cual, por humilde que sea, debe hallar en tal hombre algo de sí mismo para amarlo. Retratar a los hombres significa únicamente algo cuando se pinta los retratos para que sirvan de modelos a los hombres, ya que sólo podemos aceptar de modelos a nuestros semejantes. Si vemos a un gran hombre ir y venir, proyectar y trabajar, retroceder y acometer de nuevo; si vemos los resortes centrales de sus hazañas, entonces y sólo entonces podemos tomarlo de espejo, y la creación de tales espejos es el principal motivo de todo arte. Nada más que la vida puede iluminar la obra, pero esa vida está formada por miles de emociones, y sólo quien sea capaz de rastrearlas logrará poner ante nuestros ojos a un hombre cabal. Cualquier otro método produce nada más que retratos de héroes, y ya los héroes no son sino estatuas de piedra.

Por lo tanto, si yo voy a retratar a un hombre, lo mejor será que siga mi propio método, que hable de mí como de un extraño cuya obra y cuya vida he estudiado concienzudamente; así el problema a demostrar se reduce a esto: ¿por qué Ludwig llegó a ser lo que es y no más?

Cuando contemplo el retrato de mi madre y la carrera de mi padre, los hallo tan llenos de promesas que, en realidad, advierto que debí haber ido mucho más lejos de lo que fui. Ni la belleza de mi madre ni el chispeante espíritu de mi padre recibí en herencia en su integridad; de ambos apenas recibí una parte legal, por decirlo así, y si, no obstante, me he granjeado algunos lectores, parece-me que ello se debe más a la suerte que al mérito.

El nombre de mi padre era conocido mucho más allá de las fronteras de Alemania. La oftalmología contemporánea veía en él a uno de sus representantes más destacados, pero él era mucho más que un gran médico. Ponia lo mejor de sus facultades de luchador en un esfuerzo para cimentar la educación sobre principios útiles y racionales. Procuraba conservar los ojos de los jóvenes mediante condiciones y requisitos higiénicos. Fué el primer médico alemán que penetró en una escuela para llenarla de aire y de luz. Durante largas décadas pugné con la ciudad y el Estado a fin de obligar a una burocracia fosilizada a reformar los métodos de educación escolar, de instrucción, de alumbrado, de aseo personal; de modo que llegó a ser para los jóvenes un verdadero padre, y los niños y estudiantes de Breslau le querían tan sinceramente como los torvos funcionarios oficiales de barba gris, consejeros de ciudad y directores de escuelas mandaban al diablo al perturbador de su rutina. Años después de implantarse sus proyectos sobre higiene ocular en los Estados Unidos y en Francia, el Gobierno de Prusia seguía declarando que eran imposibles de aplicar. Hoy se aplica ya en el mundo entero.

Por las charlas de ese hom-

EMIL LUDWIG



EMIL LUDWIG

bre, que irradiaba vitalidad, y que a la hora de comer contaba cuanto se le venía a las mientes, acaso a veces un poco en demasía, llegué a conocer el aspecto y el temperamento de un luchador que fué desembarazándose cada vez más del estudio teórico de los caprichos de la vida para entregarse a prácticas humanitarias y al fomento de la salud de los jóvenes; pero no sospeché jamás que una sorpresa semejante me esperaba. Veía ante mí a un hombre lleno de valentía, que osaba combatir a los poderosos en pro de la verdad, que barría con todas las formalidades, que facilitaba las cosas más difíciles con su buen humor y que llegaba al extremo de malograr con su incesante lucha su carrera de profesor de la universidad. Poseía más el arte de vivir en pro de sus niños que de sí mismo. Sabedor de que en Alemania el Estado pone obstáculos en el camino de todo judío, y sin adivinar que su hijo no necesitaría nunca del Estado, valióse del favor de un alto funcionario de gobierno, a quien había curado, para obtener en beneficio de sus hijos el cambio por ministerio de la ley de su propio nombre, Hermann Cohn, por más que éste pertenece a una de las más rancias noblezas del mundo. Legalmente, he llevado siempre el nombre de Ludwig, a pesar de los esfuerzos de mis enemigos políticos para discutirme ese derecho. Cuando los extranjeros se duelen de ver a una gran nación como Alemania incapaz de desembarazarse de la deplorable miseria del antisemitismo, no advierten la base real de ese odio, que es el vínculo estrecho que une a alemanes y judíos, y que Goethe advirtió.

Ya por entonces era Breslau uno de los puestos avanzados contra los polacos, que aun sufrían la dominación rusa; pero el Estado los trataba tan mal que no anhelaban ser transferidos del zar ruso al rey prusiano, y a pesar de que el Estado y la provincia reportaban grandes provechos de esa especie de vecindad, las llamadas clases superiores despreciaban a los polacos como a seres humanos inferiores. Yo observaba la lucha inútil de mi padre y sus amigos contra ese prejuicio; y así fué cómo, desde niño, me di cuenta por vez primera de que el Estado omnipotente puede no ser siempre justo y de que es capaz de mostrarse más arrogante que el individuo.

Antaño Breslau había sido una fortaleza; mas de aquel pasado bélico nada nos interesaba a nosotros los niños, sino el viejo foso fronterizo a nuestra casa, donde podíamos patinar en invierno. Por lo tanto, yo patinaba, ofendía a mis maestros y hacía gala en la escuela de una holgazanería innata que no facilitaba allí mi progreso.

Inquietudes y hogar

A los trece años me hallé por vez primera en franco antagonismo con mis padres. Natu-

ralmente, yo no leía casi nada (y aun hoy escojo los libros, principalmente por el número de páginas, a fin de librarme de ellos lo antes posible); sin embargo, en un espíritu joven se agitan muchas tendencias y especialmente la de contradicción. Cuando mi padre me enseñaba a reverenciar y estudiar la naturaleza y a desear todo misticismo como absurdo, bastaba esto para despertarme interés por todo lo místico; pues, como podía mi padre, por más que tuviese cabeza de profeta antiguo, conocer en realidad la vida en todo su alcance? Como yo no tenía la menor vocación filosófica, pero estaba dotado de imaginación e instinto creador, me bati en retirada hacia el reino del arte, en donde mis inclinaciones y mi educación parecieron en un principio predisponerme a la música.

Pero lo que aprendí de mi padre y conservé toda la vida (pues la mente infantil sólo el ejemplo la modela y no instrucción de ninguna suerte) fué el trabajo y la reverencia. Ese hombre, tan pleno de vitalidad infatigable, que al mismo tiempo daba clases como profesor, practicaba como médico e investigaba y agitaba el ambiente como higienista, me enseñó cuánto es capaz de hacer un hombre. Cuando más tarde hube aprendido a trabajar según su ejemplo, y cuando mis colegas literatos demostraban cierto desdén por mí a causa de mi demasiado voluminosa producción, me decía yo que jamás habrían visto verdadero trabajo en sus hogares. Sus padres trabajarían durante todo el día como espíritus invisibles en misteriosas oficinas y volverían sólo de noche a sus hogares, cargados de dinero y malhumor.

Asombrábame, sobre todo, ver a mi padre, el tan temido tirano del hogar, inclinar reverentemente la cabeza al recibir en su casa a hombres de ciencia más viejos y renombrados que él. Así aprendí desde temprana edad a rendir homenaje a la obra de los hombres importantes. Mucho se hablaba de fama en casa, pues era grande la rivalidad entre los sabios. Cuando vi sentados a nuestra mesa a Haeckel y Virchow, Schliemann y Helmholtz, naturalmente hube de tener la boca muy cerrada. Con todo, pude observar la conducta de esos grandes hombres y ver que eran hombres como todos los demás. Y cuando nos visitó el Dr. Schweniger, médico particular del príncipe Bismarck, y empezó a hablar del Viejo de la selva sajona, vislumbré detrás de sus discusiones al verdadero Bismarck y me interesé

EL BIOGRAFO DE NAPOLEON, DE BISMARCK, DE GOETHE, RELATA AQUI UNA VIDA QUE NO CARECE POR CIERTO DE INTERES NOVELESCO Y QUE, DESDE LUEGO, CONOCE MEJOR QUE NINGUNA OTRA: LA SUYA PROPIA

mucho más en los menores detalles de su persona que en su obra de la fundación del imperio alemán.

Criado, como lo fui, en un hogar lleno de tirantez dramática y notorio en la ciudad por su atmósfera volátil, me atrajo principalmente lo dramático en todas las formas de la vida: los conflictos violentos de mi padre con sus enemigos, los rostros de las gentes que se atropellaban en la calle, y cuando daba en los diarios con la crónica de un debate parlamentario buscaba instintivamente los parentesis, en los que se describía la "gran agitación", "la nerviosidad" o las "risas".

Naturalmente, crecí en mí un apasionado interés por el teatro. Las veces en que, asistiendo a hurtadillas a una representación, me ocurría divisar desde la galería a mi padre en un sillón de platea, me escapé antes de terminar la función, reintegrándome a casa para simular que no había salido ni un minuto. Entonces el problema consistía en hacer que mi conversador padre relatase el argumento de la pieza para enterarme del ávidamente esperado desenlace. Por tanto, no es maravilla que a los quince años empezase a escribir dramas, y, en primer lugar, uno pacifista en verso, titulado "Paz". Viviendo como vivía en medio del clamor alzado por el militarismo prusiano, tuve la suficiente discreción para escoger como teatro de la acción a Babilonia, y me aseguré doblemente, fijando la fecha de aquella en el año 600 a. de J. C. A tanta distancia debía situar sus pensamientos acerca de la paz universal un novel dramaturgo prusiano para no ser silbado por el público desde la primera escena. A pesar de sus buenas intenciones, el drama del incluyente dramaturgo no era bueno, y no lo fueron más los dos o tres posteriores, en los que traté de escenificar los conflictos de mi ambiente inmediato.

Algún aliento recibí de mi amistad con los hijos de Gerhardt Hauptmann, ya famoso a la sazón. Me impresionaron hondamente su emancipación de toda tarea visible, su casa de campo, la atmósfera elevada que caracterizaba su hogar, libre de reglamentación de la vida por horas; y aunque por entonces no conocía nada de sus obras, hice el voto en secreto de que yo también conseguiría esa libertad, esa atmósfera elevada, y, desde luego, tendría una casa de campo; en otras palabras: que llegaría a ser escritor.

Los primeros anticipos literarios

Esta decisión robustecía mucho mi padre con su oposición apasionada. Tuvo, no obstante, fuerza suficiente para obligarme a estudiar leyes; pero el plan paterno fué estorbado, a su vez, por dos dificultades. Ante todo, el hijo no quería estudiar derecho ni cosa alguna, sino escribir dramas; y, en segundo lugar, este deseo del hijo

quedó en nada por causa de reiterados llos amorosos, en todos los cuales se enredó con honorables intenciones de contraer matrimonio.

Debido a que durante mis días de estudiante en Berlín y Heidelberg aquellas respetables inclinaciones románticas acompañáronse con ciertas aventuras sexuales de carácter más serio, la tendencia poética que se manifestó en mí desde mi quince años, y que aun me dura, hubo de traducirse en dos clases de poesía: lirismo tierno y rapsodias de sombría fogsidad. De la primera me deshece; de la segunda queda un drama, "Edipo", con el cual, en 1902, agoté anticipadamente el tema que veinte años después iba a estar tan de moda que todo joven poeta debía ensayarlo, según una receta precripta con todo esmero. Esto ocurría mucho antes de vulgarizarse las teorías de Freud. Cuando aquel drama se leyó públicamente en un círculo literario, me agazapé en un rincón de la sala, poseído de tan honda confusión como si mi padre estuviera leyendo en voz alta, de sobremesa, una de mis cartas de amor que me hubiera sorprendido. El presidente del círculo, que, cual toda la gente de letras, confundía la publicidad con la fama, me dijo que a la mañana siguiente sería famoso. Al despertarme esa mañana, no acerté, sin embargo, a divisar la fama en mi camino.

Lo que escribí apenas se refería a asunto de mi experiencia; antes bien, caracterizábase por anticipaciones de mis propósitos. Así, la primera de mis obras dramáticas impresas, "Un descastado", drama de sólo tres personajes, describía como en un sueño el paisaje lacustre en el que iba a pasar posteriormente la mayor parte de mi vida. El hombre no puede aprender lo que ya no lleva en sí; no podrá hallar ni seres a quienes amar ni pensamientos nobles ni preciosos panoramas, a menos que su alma los haya buscado largo tiempo en secreto.

Asimismo, no me preocupé sino del elemento dramático en los estudios que se me impusieron, como los problemas de psicología criminal, que estudié en el seminario del famoso a la sazón profesor von Liszt; y como dramaturgo innato, escribí finalmente mi tesis doctoral acerca de "El homicidio emocional". Era tan paradójica, tan agresiva, tan ajena a todos los dogmas académicos, y en ella defendía yo al asesino de una esposa infiel con tal pasión, convirtiéndolo en una especie de santo, que mi bondadoso profesor me aconsejó que no la presentase a la Facultad. En su lugar, redacté en breve tiempo un trabajo nada meditado de recopilación que inmediatamente me valió el grado de doctor, con notable distinción.

Durante mis tres o cuatro años de estudio, no sólo me substraí a toda ciencia natural, lo cual deploro hoy muy seriamente, sino que también me escabullí de la historia. En dos o tres ocasiones procuré asistir a una hora de clase acerca de esa materia, con el único resultado de huírle para siempre. Apartábame de ella el sentimiento claro de que aquél no era el método verdadero de enseñarla, y que, en todo caso, no era mi manera de aprenderla. Ni un solo instante se me ocurrió que yo podría llegar a cultivar ese terreno. En vez de esto, empecé a trocar la historia en drama.

A ello me movió todo el sentimiento que tuve de una deficiencia mía: me di cuenta de que la invención era mi punto flaco. Naturalmente, busqué consuelo en Shakespeare, que no inventó nada, y, en consecuencia, busqué en la historia la fuente de mis argumentos. Los conflictos me interesaban nada más que como medios para el desenvolvimiento del personaje. Atiborrado de historia del arte por mi querido maestro Richard Muther, llegué a dar con Lorenzo de Médici. A cuevas de este indefenso florentino eché mis preocupaciones, que se referían principalmente a la decadencia y resurgimiento de la acción y el pensamiento. Mediante un drama cuyo personaje central era ese príncipe, describí la decadencia de una época puramente estética, a la que ha de seguir una de acción vigorosa. Así, a los veintitrés años, me hice a mí mismo la

LAS VENTAS DE LOS SANGRE PURA DE CARRERA

advertencia de qué cosa debería hacer y qué cosa dejar, pues la idea de ese drama, como el paisaje que luego iba a ser mi hogar, representaba una suerte de anticipación de la circunstancia de que apenas una década después estaría en aptitud de imitar la vida de mi héroe.

Napoleón, la industria minera y una fuga amorosa

A los veinticinco años me zambullí en Napoleón. A esta figura puede llamarse la barra en la que todo dramaturgo del siglo había de ejercitar sus músculos en formación. Pinté los dos aspectos del alma de Napoleón, que hicieron de él a la vez un organizador y un soñador, un hombre de acción y un visionario. Según recuerdo, el drama, mayormente en verso, no era tan malo, pero jamás he podido volver a leer aquél ni ningún otro de mis primeros trabajos. No es grato mirar la comida cuando se ha empezado a digerir.

Este primer choque con Napoleón dió también notable empuje a mi propio destino. Yo no ansiaba participar de batalla alguna, y, no obstante, tenía hambre de lucha contra una serie de enemigos invisibles. Por falta de más sólido material, aquella vuelta a la actividad tomó la forma de un nuevo lío amoroso, el cual me infundió el deseo de ganar dinero para conquistar a la chica. De consiguiente, me lancé de cabeza al trabajo en la oficina de una empresa minera que mi abuelo fundara, y me convertí en secretario de mi patrón y tío. Todas las noches hacía un voto a mi genio de que no habría de sufrir por falta de dinero, y a guisa de dirección cablegráfica encabezaba las cartas con este rótulo: "Departamento de Carbón Dramaludwig". Mi buena madre, que también descendía del carbón, sentíase muy dichosa porque todo parecía indicar que su hijo llegaría a ser digno heredero de su padre; pero, una vez más, Eros se interpuso en mi camino y me lanzó en pos de una nueva pasión.

Al cabo de un año mi gran amor se desvaneció, y con él desaparecieron automáticamente mis deseos de conquistarme una situación. El artista empezó a hastiarse de jugar al negociante y sintió la nostalgia de un amor juvenil, que había traicionado y perdido. Para olvidar la última pasión, asistió a un concierto donde esperaba encontrar al objeto de la más temprana. Recorriendo el público con sus anteojos de teatro, sus ojos tropezaron con un extraño rostro femenino, y bastó un instante para encender una nueva llama. Aquél fué el momento más inspirado de mi vida, y mis mejores amigos insisten en que fué el único que tuve.

No bien descubrí la identidad de mi adorada, fui hombre definitivamente perdido para el carbón y la riqueza, porque en vez de alentar al joven favorablemente situado en los negocios a continuar en éstos, ella descubrió en su adorador a un artista cuya producción sería lástima perder, lo volvió a encarrilar en su verdadera vocación, desafiando a su familia y a la de él, acerbamente enemigas de un matrimonio sin carbón, las cuales, finalmente, obligaron a la joven a casarse secretamente. Lo cierto es que un buen día de febrero desaparecieron los desposados, y diez años antes de las películas dramáticas, viéronse perseguidos por pesquisas a través de la Europa Central.

A la sazón Ascona era una aldehuela de pescadores a orillas del Lago Mayor, localidad la más meridional de Suiza, situada justamente en la frontera italiana y conocida sólo por unos cuantos vegetarianos y otros fanáticos religiosos. Aun hoy, por la gracia de los dioses, Mosca es un lugar casi imperceptible, de sólo cinco o seis casas. En un punto de la falda de la montaña, a espaldas de aquél, había una choza de piedras, en otros tiempos un establo, en mitad de un bosquecillo de nobles nogales, lejos de todo contacto humano, rodeada por laureles y mimosas. Sólo recientemente y al cabo de veinte años he recogido un ramo de lindos versos de aquel cuadro romántico, y no sé, pues, la utilidad que pueda tener el describir en seca prosa lo que así he creado en animada poesía.



Rico, por Picacero y Realeza, del haras Argentino



N la semana entrante continuarán las ventas de los potrillos sangre pura de carrera que habiendo nacido en el año 1928, deberán participar en la temporada próxima; como hasta la fecha, la subasta se efectuará en el "tattersall" del Hipódromo de Palermo, dando comienzo con los productos que forman el primer lote del Haras Argentino.

Este haras, en su afán de mejoramiento, además de adquirir un buen lote de yeguas de las mejores corrientes de sangre y probadas tanto en nuestro hipódromo como en los de Inglaterra y Francia, es el primero que ha conseguido un grupo de reproductores tan selecto, al punto que los cuatro que componen su plana mayor son otros tantos ganadores del Gran Premio Nacional, el que, como es sabido, además de ser el mejor dotado en nuestro principal hipódromo, constituye el anhelo de todo turfman.

Nos hemos referido a Rico, Gaulois, el invicto Macón y Tiny, aun cuando está de más decir que el último de los nombrados fué descalificado del primer puesto, el que le fué adjudicado a Buen Ojo (hoy en Inglaterra), que logró rematar

Movedizo, por Saint Wolf y Movediza, del haras Las Ortigas



la carrera en pos del representante del Haras La Lula.

Los productos de Macón lo forman un lote de catorce machos y nueve hembras; los de Rico, de cinco potrillos y siete potrancas; de seis y cuatro los de Gaulois, y tres de cada sexo hijos de Tiny. Vienen en el lote hermanos y medio hermanos de Vivillo, Retahilla, Six Guineas, La Cuarta, Duraznero, Astuto, Crisálida, Poblana, Sierra Leona, Ricachona, Duradera, Rica Rica y muchos otros buenos ganadores.

Después del reducido lote que forman los cinco potrillos del Haras Walter Scot, hijos cada uno de Kalfukir, Riesco, Zig Zag, Luisillo y Zarpazo II, saldrán a la venta los hijos de Sangre Azul y Leteo, ambos padrillos del Haras El Martillo, de propiedad de don Nicolás A. Celesia.

Treinta y cinco son los productos de este haras, entre los que se cuentan quince hijos de Leteo y otros tantos de Sangre Azul; los de este último lo componen diez machos y cinco hembras, y viceversa los del primero. Entre los hijos de Leteo vienen hermanos y medio hermanos de Guardia Civil, Pueblera, Azúcar, La Bandera, Cantinera y otros ganadores.

Sangre Azul, por Your Majesty y Bewitched, lleva sangre de Persimón, Saint Simon, Melton, Galopin, Hampton, Orme, Ormonde, Isonomy y algunos más pertenecientes a las familias de mejores reproductores de Europa. Entre los hermanos y medio hermanos



Herman Goos, por Your Majesty y Enérgica, del haras La Vanguardia

de los hijos de Sangre Azul II pueden contarse, entre otros, Zurdazo, Estimada, Mimi, Kurda, Oremus y Orquídea.

El Haras La Vanguardia, que le sigue en el orden de ventas, trae siete productos hijos de Hermann Goos, por Your Majesty y Enérgica, la valiente pupila del Stud Don González, hija a su vez de Cyllene y Partícula; también ésta fué pensionista de la nombrada caballeriza, para la que conquistó sonados triunfos en los premios de mayor importancia, a pesar de haber actuado en 1902, año éste que se distinguió por la bondad de su producción, en la cual Pippermint, el célebre tordillo del Stud Escocés, obtuvo el título de "crack" de su generación.

El semental de La Vanguardia desciende por vía materna de Ante Diem, yegua cuyos descendientes, desde el guapo Gonnin, del Stud Pichiman, hasta la fecha, ha producido el mayor número de ganadores de clásicos en la Argentina.

En números anteriores tuvimos oportunidad de referirnos a Grandpré, el semental importado para el Haras Longuimay, de los señores Vilacoba y Cia., por lo que nos limitaremos a recordar que como hijo de Glacier y Phalaris, es hermano de vientre de Silurian, el gran padrillo de El Pelado, que en la actual temporada encabeza la lista de padrillos ganadores de mayor suma de dinero en premios por sus descendientes; lo sensible es que de sus diez hijos, solamente dos sean ma-

chos. Su compañero de haras, Camacho, hijo de Saint Wolf, tiene bien impresa la sangre de Orbit, transmitida nada menos que por Cuba, la famosa yegua del Stud Belgrano y, por lo tanto, de Bend Or, Doncaster, Cambuscan, Nougat y Dollar.

Finalizará la semana con el primer lote de la producción del Haras Las Ortigas, el que presentará 51 productos, hijos de Movedizo, The Panther y Lord Basil; de los 21 productos hijos del primero, hay ocho machos y trece hembras; de The Panther, nueve potrillos y tres potrancas, y ocho y cuatro por Lord Basil.

Entre los hijos de Movedizo vienen hermanos y hermanos de vientre de Mendigo, Mi Sueño, Menestrello, Prinalde, Picos Pardos y Savonarola.

Entre los de The Panther, padrillo que actualmente se encuentra de retorno en Inglaterra, pueden contarse hermanos de Rosillar, Rentería, Capablanca, Schiava y Fatalista.

Lord Basil, hijo de Bayardo y Popinjay, ya se distinguió como semental del Haras La Elisa, y entre sus crías hay hermanos y medio hermanos de Lamadrid, El Noy, Rosina, Ma Poupée, Tartagal, Evidente, Espolín y Fierazo.

Leteo, por Fulme y La Ley, del haras El Martillo



JOSE LUIS DOMINGUEZ

La ELEGANCIA FEMININA

DIBUJOS DE CARLOS DUNCAN

allí repetido en negro y azul marino. Este traje tiene un bolero que apenas llega al talle adelante, y atrás baja formando ondas. Las mangas son tres cuartos, con puños blancos. La blusa blanca, bordada con mostacilla, y la falda graciosamente acampanada.

En el "Concours d'Elegance Automobile", en el Bois de Boulogne, tuve ocasión de ver lujosos coches y la elegancia de quienes los manejaban. En una Renault decorada con líneas rojas y negras sobre fondo marrón oscuro, tomaban asiento dos elegantes, una en negro y blanco y la otra en rojo y beige.

Los grandes costureros envían sus "mannequins" con las últimas creaciones al Polo Bagatelle. Este elegante club tiene una espaciosa terraza donde se toma el té y es un fondo apropiado para lucir las últimas novedades en trajes y sombreros.

Worth mandó tres de sus modelos más chic. Una joven rusa,

Modelo de Worth en lana gruesa, color blanco "ostra" con saquito sin mangas. — Traje de sastre de Worth en crêpe de Chine negra con blusa, en organdie rosa pálido



Modelo de Philippe et Gaston, en crêpe de Chine azul con flores blancas Berta y puños en crêpe de Chine blancos. — Traje en chiffon escocés blanco y negro. En el cinturón "cintre" negro, dos grandes flores rojas y blancas

LA COLECCION DE WORTH

Por EVA TINGEY

YA han pasado aquellos días en que el traje femenino era un uniforme y el clásico "tres piezas" (traje sport, compuesto de falda, pumper y saco largo o corto) se veía mañana, tarde y noche, en todo tipo y figura. Hoy vemos una extensa variedad en los trajes; y nuestras elegantes pueden elegir partiendo de dos puntos de vista. El primero: el que toda mujer inteligente debe considerar... ¿Este traje realza mi personalidad? y el segundo: ¿Dónde y cuándo usará este traje?

En Auteuil, durante la "Grande Course des Haies", la numerosa concurrencia femenina se distinguía por la elegancia individual en cada traje de chiffon floreado y aun el blanco y negro que continúa siendo la "elección" favorita de las elegantes parisienses. Muchas de las cuales, para alegrar el sombrío traje negro, llevaban un turbante blanco o guantes de este color.

El modelo de Worth llamado "Stamboul", ha tenido mucho éxito. Es en crêpe de Chine negro con dibujos blancos geométricos. La falda tiene siete bias que rodean el cuerpo. Un toque blanco aparece en el cuello y puños y el saquito ajustado sin mangas termina con una franja en bias que llega hasta la primer franja de la falda, realzando así este conjunto chic.

Otro modelo de éxito es el llamado "En passant", que se veía



Modelo de Cheruit en chiffon amarillo con cinta plateada que pasa por las caderas y el escote, anudándose a la espalda. — Traje de Cheruit en mousseline de soie lila

alta y rubia, llevaba un traje en chiffon floreado en negro con flores rosas. La blusa en esa misma tela, tenía las flores más espaciadas que en la falda, bien amplia y larga. Un cinturón angosto marcaba el talle. Los guantes, zapatos y el ancho sombrero de paja, eran negros y una sombrilla en chiffon imprimé daban el toque final a este elegante atavío.

Otra modelo, rubia también, llevaba un traje verde pálido, todo bordado con un diseño de pequeñas flores en el mismo color. El cuerpo del traje era sencillo, con mangas largas y ceñidas, y en la falda tenía cuatro volados superpuestos que interpretaban el acampanado de la silueta moderna; zapatos verdes de Chez Madame Julienne, guantes en piel de Suecia marrones y un gran sombrero en terciopelo marrón, terminaban este "ensemble".

El tercer "mannequin" llevaba un conjunto en plumetis blanco con un cinturón en piel de Suecia verde y los guantes, zapatos y el sombrero de Panamá en este mismo color.

La falda formaba también cuatro amplios volados. El primero de éstos sube por el cuerpo del traje hasta perderse en el hombro. Terminan este conjunto mangas cortas con puños en forma de franja blanca; esta misma franja bordea el ruedo de cada volado.

Lemondier ha creado sombreros especiales para cada uno de estos modelos.

UNA NUEVA OPERA DE WOLF FERRARI



L aplaudido compositor veneciano Ermanno Wolf Ferrari ha terminado ya su nueva ópera "La viuda as-tuta" que será

representada por primera vez en el Teatro Real de la Ópera de Roma, en la próxima temporada lírica y, sucesivamente, en el Scala de Milán y en el Teatro del Estado de Munich, en idioma alemán. Wolf Ferrari es hijo del conocido pintor Wolf, un alemán italianizado, y de una italiana. Desde niño demostró una prodigiosa memoria musical y tuvo un oído sensible en sumo grado. Se dedicó a los primeros elementos de la música bajo la dirección de un modesto fotógrafo, pero sólo fué en Alemania donde sintió el primer impulso poderoso que lo incitaba a dedicarse a la música. Esta revelación se produjo cuando un tío le procuró la alegría de asistir a algunas representaciones wagnerianas en Bayreuth. Estas lo conmovieron hasta el punto de enfermarse realmente, y ello impresionó a su padre y lo decidió a alejar resueltamente a su hijo de la música y a hacerle seguir su propia carrera, motivo por el cual lo envió a Roma a seguir clases de dibujo. En verdad, el joven tenía disposiciones para la pintura también, pero su pasión por la música lo invadía cada día con creciente fuerza. Cuando se radicó en Milán, un melómano insigne, el conde Lurani, le hizo comprender y amar a Bach y con su ayuda y sus consejos, lo decidió a dedicarse definitivamente a la música.

En Alemania, en el conservatorio de Munich, con el profesor Rheinberger, Ermanno Wolf hizo sus estudios musicales, y allí también fueron representadas sus primeras obras, como "Le donne curiose" (1903), "I quattro rusteghi" (1906), "Il segreto di Susanna" (1909) y "Veste di Cielo" (1925), mientras en Berlín se estrenaba "I gioielli della Madonna" (1911) y en Dresden "L'Amor medico" (1913). También fué ejecutada en el Teatro Real de Munich (1903) su cantata "La Vita Nuova di Dante", así como otras composiciones instrumentales y de cámara.

Pero si la mayor parte de sus óperas más significativas fueron bautizadas con el éxito en Alemania, los temas de las mismas son casi todos italianos, o más concretamente, venecianos, y derivados particularmente de las comedias más célebres de Goldoni.

♦ ♦ ♦
"La vedova scaltra", representada por primera vez en Milán en 1748, fué uno de los mayores éxitos del veneciano Carlo Goldoni y se consideró como una revelación, por cuanto Goldoni dió el golpe mortal a la "Commedia dell'Arte", presentando al juicio del público tres actos enteramente escritos. Sin embargo, como en todas las obras de transición, "La vedova scaltra" conserva el perfume del pasado y de la tradición; y en esto reside precisamente el sabor particular de esa comedia que, si bien marca la orientación del futuro Goldoni, mantiene vivo aun el fresco gusto del teatro de títeres, la genialidad de la improvisación, la seguridad llena de viveza y la inspiración que constituyen las mejores características del "teatro dell'arte".

Al escribir el "libretto", basado en esa comedia, Mario Ghisalbetti ha tenido en cuenta dichas características y les

ha prestado preferente atención con el objeto de dar a la comedia lírica, aprovechándolas, una agilidad y una vivacidad despreocupada, un tono de "espectáculo teatral" que rara vez ofrece el Goldoni más maduro. Así, por ejemplo, todos los cambios de escenario "a la vista" que aligeran la comedia y transportan la acción de un lugar a otro con la evidente ventaja de la variedad, han sido conservados en el libro de la obra lírica, con el cuidado de que puedan ser puestos en escena con la máxima sencillez y economía, principalmente mediante cortinas de diversos colores, como las que se usan en los espectáculos modernos en boga. Ghisalbetti ha introducido además en el tercer acto, una acción coreográfica que está indicada en la obra de Goldoni, y que permitió crear un final lleno de movimiento, de color y de fastuosidad.

Por estos caracteres escénicos particulares y por la orientación singular de la comedia, distinta de los temas gol-



ERMANNOWOLF FERRARI

donianos acostumbrados, que se fundan generalmente en el estudio de un "carácter", mientras que esta obra es más bien de acción y de caricatura, de intriga y de estratagemas, "La vedova scaltra" se distingue netamente de las demás obras goldonianas del maestro Wolf Ferrari; de modo que se puede afirmar legítimamente que la nueva ópera sólo tiene de común con sus otras producciones inspiradas en la misma fuente, la gracia sutil y el triunfante humorismo.

Todas las partes de la comedia están en italiano, excepto la de Arlequín, quien habla en veneciano.

♦ ♦ ♦
La acción gira en torno de la asidua corte que hacen cuatro pretendientes a la bella Rosaura, viuda de Stefanello dei Bisognosi. Son ellos el conde de Bosco Nero, italiano; Millord Runebif, inglés; Don Alvaro de Castilla, español, y Monsieur Le Bleau, francés. Esta diferencia

de nacionalidades tiene una importancia muy grande en la economía de la obra, porque de ella surge la variedad de las actitudes de los enamorados con respecto a Rosaura, que dan lugar a que juegue y chatee buenamente el humorismo goldoniano. En efecto, cada pretendiente corteja a la hermosa viuda según su propio temperamento, que es, en el fondo, el de su propia raza. El italiano es celoso y apasionado; el inglés, comedido, práctico, flemático, y va siempre directamente a sus fines. El español es grave, melodramático, fanfarrón. El francés es ligero, vanidoso y chauvinista.

Al lado de Rosaura está Marionette, graciosa "macchietta" de camarera francesa, pizpireta y llena de sal, que inclina a su ama a favorecer ora a uno, ora a otro de los pretendientes; pero, con mayor calor, como es natural, apoya a su compatriota.

Después de una primera visita de tanteo de los cuatro pretendientes, en la que se traza ya su caricatura, y que da lugar al conde a hacer su primera y tempestuosa escena de celos, nace la intriga por obra de Arlequín, camarero de la posada en que están alojados los enamorados. Monsieur Le Bleau y Don Alvaro, uno a espaldas del otro, mandan a Arlequín a llevar obsequios a Rosaura, disfrazándolo, respectivamente, de criado francés y español. El mordaz veneciano aprovecha la oportunidad para hacer la caricatura de sus amos y luego sale bien del paso, con burda y ridícula habilidad, cuando, de regreso de su misión, cambia, por error, las cartas que Rosaura le ha dado como respuesta y entrega al francés la misiva dirigida al español, y viceversa.

Esto suscita complicaciones, desafíos, duelos, celos, una serie de episodios ridículos y graciosos, hasta que Rosaura sale de su reserva y, obligada a decidirse por uno de los cuatro pretendientes, utiliza una sutil estratagemas para saber cuál de ellos la ama realmente... Disfrazada sucesivamente de inglesa, francesa, española e italiana, se presenta separadamente a los enamorados, pretendiéndose una dama desconocida, venida a Venecia atraída por su amor hacia ellos. El inglés, el español y el francés caen en la red y se dejan seducir por esta dama enmascarada y misteriosa que creen ser compatriota de ellos. Y le confiesan cándidamente que están dispuestos a olvidar a Rosaura por ella. Sólo el conde se resiste y con malas palabras rechaza a la seductora, proclamando su amor y su fidelidad a la hermosa viuda.

Entonces, Rosaura no duda más: el único que la ama realmente es el conde. Y en una alegre fiesta que ofrece en su palacio, convocando a un grupo de invitados y a los cuatro pretendientes, revela con gracia su ardor y elige como esposo al conde de Bosco Nero. Los otros tres quedan confusos y humillados, pero Rosaura los conforma a todos y dice, aludiendo al conde:

No xe
no xe
Cha gnanca lu no'l gabia i st
(dife)
(¡Oh, celoso, celoso!);
ma el xe compatriota,
la xe una cosa granda...
E po
e po
al cuor no se comanda!

Así, pues, todos satisfechos y contentos, saludan al público por boca de Arlequín y bailan y cantan, mientras cae el telón en el último acto.

LOS MARINOS DE LA FLOTA BRITANICA



LOS hombres que tripulan los buques de la Marina Real han sido siempre grandes favoritos del público

británico. La tradición popular los considera aún a todos ellos como "marineros", mozos alegres que usan un lenguaje propio de ellos, de un sabor mordaz peculiar; amigos de broma y de travesuras propias de muchachos; jóvenes sencillos pero fascinadores que llevan una vida romántica y aventurera, siempre dispuestos a hacer frente a cualquier contingencia. Esta tradición ha sido mantenida con canciones e historietas, y aunque algo antigua ya, tiene todavía elementos de verdad para mantenerla viva y ser aceptada en general. Lo que se ha pasado constantemente por alto al conservar vivo este concepto es que, en la marina, como en otras cosas, las condiciones han cambiado enormemente.

El hecho sencillo es que el antiguo marino, impregnado de sal y de alquitrán, que fué origen del tipo en los días de los barcos de guerra de madera y de las primeras clases de los recubiertos de hierro, apenas serviría para algo en la marina de hoy día. En el gran buque de guerra moderno, cuya construcción cuesta más de siete millones de libras esterlinas, es una obra de maquinaria intrincada y, en ciertas partes, delicada, que requiere ser manipulada por especialistas. Solamente una pequeña proporción de los tripulantes de la marina moderna son marinos en el verdadero sentido de la palabra. Y aparte de esto, están cambiando constantemente otros aspectos del funcionamiento de un buque de guerra. No hace muchos años la cubierta baja se componía principalmente de marinos, fogoneros y soldados de marina. Esta cubierta tiene que dividirse ahora en multiplicidad de clasificaciones, debido a la implantación de toda clase de equipo científico de batalla. La tripulación de un buque de guerra consta ahora de un número de especialistas, cada uno de los cuales hace su propio trabajo particular y nada más.

Puede uno formarse una idea de la sorprendente variedad de especialistas por el hecho de que hay unos cuarenta distintivos diferentes de clasificación que indican los diversos grados y ocupaciones, para los tripulantes de la cubierta inferior. Como ejemplos pueden mencionarse: artilleros de marina, monta-cañones, determinadores de alcance, telegrafistas, encar-

gados de señales, dispara-terpedos, armeros y otros artesanos, artifices del cuarto de máquinas, buzos y fogoneros, que en estos días deben saber cómo alimentar calderas con combustible de petróleo. Todos estos hombres están perfectamente entrenados y muy bien instruidos. Física y mentalmente, los marinos de la flota constituyen uno de los más hermosos cuerpos de hombres del Imperio británico. Hay entre ellos excelentes lingüistas, y en cualquier ocasión en que un buque de guerra extranjero visite puertos navales británicos, siempre hay en cubierta intérpretes para la ocasión.

Con el gran desarrollo de los tipos modernos de buques y del equipo científico, ha habido una mejora constante en la paga y en las condiciones de vida para los hombres de a bordo. El antiguo estado de cosas tosco y superficial, no existe ya. Al mismo tiempo, las oportunidades de ascenso son mejores de lo que eran. El hombre listo y eficiente no sólo tiene ocasión de ascender en su propia esfera; tiene también oportunidad de ascender a oficial. Los jóvenes despejados de bajo estatura pueden llegar a alcanzar el grado de comandante, y los muchachos que se alistan en la marina en calidad de artifices pueden abrirse paso llegando a ser maquinistas con el grado de teniente.

Todavía habrá de pasar mucho tiempo antes de que pueda decirse que el muchacho de la marina de guerra tiene oportunidad de llegar al rango de almirante; pero hay tendencia general a aumentar sus oportunidades constantemente. Tal como están las cosas, el joven con ambición en la marina tiene la seguridad de hacer progresos sólidos en la armada, y puede contar seguramente con la cordial ayuda de sus superiores. Hay, en realidad, un sentimiento general de amistad entre marineros y oficiales, y esto en sí contribuye a atraer hombres de mejor clase y carácter que antiguamente.

Estos cambios son tanto más notables cuando se recuerda que la marina es muy conservadora en sus miras. No hace mucho tiempo se consideraba que el ejército tenía ideas mucho más progresivas que el Servicio decano (como se llama a la marina); pero con toda su deferencia a la tradición, la marina asimila rápidamente las ideas modernas y, aunque tarde más tiempo en moverse, al fin se mueve por el camino progresivo una vez convencida de que los cambios propuestos serán beneficiosos para todo el servicio.

JOAN GILLESPIE

ALBERTO DE ANGELIS

(Para La Nación)

ROMA, septiembre de 1930.

BRIDGE

COMENTARIOS SOBRE LA MARCA DE CONTRATO AMERICANO

HEMOS visto que Americano, son necesarios cien puntos en vez de para ganar un "game", jugando Contrato treinta que exige el Auction, y esa modificación, como es lógico, ha traído la alteración de los valores de las bazas (sin triunfo, 35, pique y corazón, 30, y diamante y trébol, 20). La finalidad de esta variación es evitar la des-



♠ 10-6 2	♥ K-J 7-4 3	♦ 5-5 2	♣ 10-4
-------------	-------------------	------------	--------

finalidad de la compensación del premio. En cambio, tenemos la innovación de los setecientos puntos por el partido ganado con dos "games" seguidos y de quinientos solamente con "games" alternados. Resulta de ello en la práctica que los beneficios a obtener con la ganancia del partido no llegan nunca a compensar las fuertes pérdidas que se hayan soportado por razones de "aviación" o imprudencia.

En los otros métodos de ano-

♠ 9-8
♥ 9-6-3 2
♦ 8-7-6 4
♣ J-3-2

NORTE			
Sur ha dado las cartas y declara un sin triunfo. Oeste pasa. Norte declara dos corazones. Este pasa. Sur termina el remate con dos sin triunfos. Oeste tiene la mano y abre el juego con el nueve de pique. Sur y Norte deben hacer doce bazas.			
(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)			
SUR			

♠ K-Q-4 3
♥ Q-10-8
♦ J-9
♣ 9-7-6 3

proporción que existe en los otros Bridges de remate, entre las anotaciones de sobre y bajo la raya. Con el nuevo sistema resulta fácil advertir la importancia que adquieren en la suma final las bazas anotadas con los nuevos valores.

Para simplificar la anotación se ha dado el mismo valor a pique y a corazón, y lo mismo ocurre con diamante y trébol, guardándose, sin embargo, el rango antiguo a los fines del remate. Resulta de ello que las exigencias para ganar un "game" son, en general, las mismas. Hay, sin embargo, una excepción. Dos bazas en Sin Triunfo y una a pique o corazón suman los puntos suficientes para conseguir el "game", en tanto que en los otros Bridges, para complementar los puntos necesarios en el mismo caso — es decir, teniendo dos Sin Triunfos anotados, o sean veinte puntos —, son necesarias dos bazas a corazón o a pique.

La supresión del premio por el contrato cumplido es una medida justificada. Entiendo que el simple hecho de cumplir un compromiso contralido voluntariamente, y con el aliciente del "game" o del partido, no merece un premio especial.

En cambio, es justo que se premie el contrato cumplido en los juegos doblados y redoblados (50 y 100 puntos, respectivamente, durante el primer "game"; 100 y 200, respectivamente, en la zona vulnerable).

Ello debe constituir un buen freno para los dobladores sistemáticos, que ahora arriesgan en proporción al beneficio. El redoble, aun en el caso de cumplirse sólo el contrato, resulta valioso si tenemos en cuenta que la suma de los puntos por el valor de las bazas cumplidas se multiplica fructíferamente.

La anotación para las bazas suplementarias constituye también una innovación interesante (en el primer "game", 50

♠ A-J 7-3	♥ A	♦ A-K Q-10	♣ A-K Q-8
--------------	-----	---------------	--------------



puntos por cada una; doblada, 100; redoblada, 200; en zona vulnerable también, 50 por cada una; doblada, 200, y redoblada, 400). El declarante que cumple ampliamente su contrato sin doblar no tiene los premios injustificados del "plafond", pero ello varía en caso de doble o redoble: habiendo oposición, debe haber castigo o premio, y los dobladores profesionales y los "aviadores" habituales deben tener esto bien en cuenta durante una partida de Contrato Americano.

Las multas también representan castigo en una proporción tal que, aun simples, importan pérdidas muy difíciles de recuperar después. Imagínese, pues, a lo que se llega en los casos de doble y redoble. Ello impide, sin duda alguna, hacer del Bridge un completo juego de azar, siendo un gran freno para los defensores de partidas a todo costo. En general, el nuevo método restringe los impetus de los jugadores que nunca dejan actuar a los adversarios.

El premio al "game" ha quedado suprimido y con ello la "caza" del "game", con la sola

LEON CASABAL



MI MAYOR EMOCION ANTE LA CAMARA

POR

BETTY COMPSON



IS emociones han sido numerosas. Cada vez que aparezco frente a la cámara me embarga una gran emoción.

He experimentado toda especie de sentimientos humanos: alegría, tristeza, amor, vanidad y peligro.

Pero al evocar mis recuerdos una de mis emociones se destaca entre todas las demás, con tanta intensidad, que tiemblo de nuevo cada vez que pienso en ella. Cuando la experimenté no esperaba sobrevivir para contar la historia.

Fué aquello la realidad llevada a la pantalla, en el sentido más lato de la palabra. Un realismo que me obligó luego a suspender el trabajo durante varios días.

Con ocasión de ser filmada una de las películas en series que hace pocos años conquistaron el interés del público aficionado al cine, recibí la emoción más fuerte, que trataré de describir en este artículo.

Yo desempeñaba el papel de una cantante de cabaret y actuaba subida a una mesa. Al mismo tiempo, el héroe de la película estaba trenzado con el traidor, en una "lucha a muerte", de la cual era yo la cau-

sa. En otra escena corta, mi hermana aparecía en un balcón y disparaba un tiro de pistola contra el traidor y la bala debía rebotar y herirme a mí. Inmediatamente después yo me desplomaba en brazos del héroe, quien se desembarazaba a tiempo de su rival para sostenerme.

Empezó el acto. Se desarrollaba todo a las mil maravillas. Llegó el momento en que debía hacerse el disparo con la pistola, y... ¡pum! algo me hirió, y sentí un dolor agudo en un hombro.

—¡Esa bala era de verdad! — pensé, mientras caía sin sentido, casi en brazos del héroe. La cámara registró la escena perfectamente bien, pues, segura yo de que había sucedido lo más grave imaginable, hice la interpretación exacta de una mujer mortalmente herida.

Más tarde supe que se habían olvidado de extraer el taco del cartucho, desprovisto ya del plomo, y que fué eso lo que me hirió con terrible fuerza. Estaba realmente herida, pero no de tanta gravedad como pude estarlo si la bala hubiera sido verdadera.

UN HOMBRE COMO TODOS

(Continuación de la pág. 9) reconoció, como yo le había reconocido a él, y vino hacia mí. Se disponía a subir a un automóvil que esperaba al borde de la acera.

—¡Ah, señor Ferrare! — me dijo. — Tengo sumo gusto en encontrarla. ¿Viene usted por casualidad de allí?

Y señalaba a la iglesia.

Naturalmente respondí: — Acabo de estracharle a usted

la mano. Pero entre la multitud y la penumbra...

—Sí — replicó. — No veía nada. Usted me perdonará. Además, todo ese aparato fúnebre... era bastante emocionante. Mi padre y yo vivíamos a cien leguas de distancia, pero, de todos modos... En realidad, usted conoce mi historia. Recuerdo habérsela referido en Tolón...

—Espero — dije un poco al azar — que sus previsiones de entonces no se hayan realizado. Usted se forjaba pocas ilusio-

nes sobre su herencia futura... Sonrió él.

—Hereditariamente, pero heredo. Es más de lo que esperaba, recordará usted... Y no me tachará usted de codicia si le confieso que experimento cierto placer en ello...

Se interrumpió, miró hacia el auto que aguardaba y, sonriendo nuevamente, añadió:

—No tanto por mí como por ella...

Había dentro del coche una señora. Me lo había figurado.

Adopté la expresión más confusa que pude.

—De nada, por Dios... — dijo el señor de V... — Venga usted que le presente, hágame el favor...

—Ya tuve el honor hace tres años...

—¿Hace tres años? No puede ser...

Y al acercarme entonces vi que la dama del automóvil era morena, menuda y rolliza.

—¿Que qué fué de mi amiga

de entonces? No he vuelto a saber de ella, la verdad... — me explicó más tarde negligentemente el señor de V... — Me abandonó... o fui yo quien la dejé... No recuerdo exactamente

—¿Después de haber hecho tanto por ella, de haberlo sacrificado todo?

—Sí. Pero ¿cómo le diría a usted?... ¿Qué importa, por otra parte? Ya ha visto usted a la mujer que amo actualmente. Porque la amo, caballero...

A PROPOSITO LIBRO SOBRE



DE UN NUEVO ELEONORA DUSE



STABA escrito. El libro más importante publicado sobre Eleonora Duse ha aparecido en Berlín. Lo conozco hace varios meses y ahora acaba de salir su traducción francesa efectuada por Mme. de Bancais, en las ediciones Perrin.

Eleonora Duse ha suscitado la leyenda duseana y en ningún país del mundo, como en los de la Europa central, ha podido esparcirse y prosperar tanto aquella. Los berlineses adoran esas galopadas frenéticas de la imaginación con los seres que su fantasía ha modelado. Y toda la historia de la Duse gime, grita, llora... y muere en Alemania. Estamos seguros de que el consejo de su última jira por Estados Unidos proceda de Berlín.

¿Qué se escribirá sobre la Duse dentro de veinte o treinta años? Esa mujer maravillosa supo crear en su vida una serie de leyendas que se encadenan y que, siendo muy teatrales, parecen serlo poco.

¿Cómo ha podido comparárla con Sarah Bernhard? No hay entre ellas ninguna relación, ningún paralelo que pueda establecerse desde el punto de vista de la existencia y del arte de ambas.

No olvidemos que Eleonora Duse era veneciana. Era una perezosa innata que sólo trabajaba bajo el dictado de la necesidad y el verbo "trabajar" adquiere en mi pluma la significación acordada a este término en los idiomas latinos.

M. Reinhardt, el autor del último libro sobre Eleonora Duse, ha consultado toda una serie de documentos. Ha recogido algunas de esas historietas que florecían sobre la gran actriz y nos ofrece un grueso volumen que no contiene ningún hecho preciso verdaderamente comprobado, ninguna relación seria sobre la comediante, ni aun sobre la gran etapa que se extiende desde 1908 hasta sus últimos años, cuando Eleonora Duse llenaba con su radiante personalidad Viena, París, Londres, Buenos Aires. No es ni siquiera una vida novelizada, sino la leyenda mística y ya lejana.

Precisemos algunos detalles argentinos. ¿Hay algún lector que recuerde hoy, leyendo La Nación, el desembarco de la Duse en Buenos Aires en 1908? Era su segundo viaje a las riberas rioplatenses. Este viaje evocaba para ella tales recuerdos, que estuvo de un humor horrible durante toda su permanencia allí. Y, precisamente, lo interesante es que viajase "obligada a trabajar", a representar, obligada por su contrato y por el tiempo estricto que debía pasar en Buenos Aires dentro de los plazos fijados; también estaban determinados sus honorarios y la fecha de su regreso. Tenía que inclinarse ante el rigor de los compromisos firmados y de las sumas percibidas anticipadamente. La Duse poseía habitualmente una facilidad extraordinaria para maniobrar con las fechas que le venían en gana, aficionada

como era a perderse un poco en la vida social.

A este respecto tenemos sobre ella un diario de viaje, escrito por una mujer sumamente modesta: su acompañante y doncella, Mme. Tony Lamberg Mertzli. Este relato, publicado en Viena, rebosa verdad. Nunca inventa la narradora. Mme. Lamberg es una mujer sencilla, sin imaginación y que transcribe todo lo que oye. De todos los escritos sobre la Duse, el relato de viaje de Tony Lamberg, empleada del modista Laufer, en Viena, y a la que Eleonora Duse sacó de su puesto para hacerla su acompañante, es, ciertamente, el mejor que pueda encontrarse.

La Duse desembarcó de un humor atroz. Su empresario, Faustino Da Rosa, fué a bordo a saludarla. Ella apenas le hizo caso. El empresario, ya en antecedentes, por todo lo que le habían dicho, del carácter y la adustez de la artista, la cedió su automóvil y fué. Únicamente el autor de este artículo tuvo a su cargo la tarea de suavizar las jornadas siguientes, bastante difíciles.

Eleonora Duse se alojó en el Palace, en el antiguo Palace, y se preparó para las representaciones.

Buenos Aires recuerda a la Duse su juventud adversa. Permanece siempre encerrada y enigmática, parece desear que todo el mundo haya olvidado los días pretéritos; quisiera no haber venido nunca.

Una vez que Da Rosa le instaba a representar "Fedora", pieza inscripta en su repertorio, y que ella se negaba absolutamente a poner en escena, me dijo: "Parece que quiere forzarme a representar 'Fedora'. No la he 'hecho' desde hace veinte años. Usted, que conoce a toda la sociedad, debiera preguntarle a algunas de las señoras que han exigido esa tontería, lo que puedo hacer yo con ese personaje y qué puedo inventar, sobre todo en las escenas finales..." ¡Y era con Ando con quien había representado antaño esa pieza! Cuando yo le transmití lo que me habían dicho la víspera del espectáculo y le propuse releer la pieza, ella me dijo: "¡Basta, basta! Ya es bastante hacérmela representar; no querrá usted que la vuelva a leer".

Refugiada voluntariamente en un piso alto del Palace, tuvo, sin embargo, dos sonrisas.

Una de ellas le fué suscitada por un holandés, al que descubrimos escondido en el barco, en Santos, donde se había embarcado procedente de San Paulo. Le identificamos disimulado bajo un falso nombre, huido de su país por consecuencia de no sé qué historia. Un hado providencial hizo que nos encontrásemos. Hasta entonces había sido sospechoso a todo el mundo en el barco; viajaba

provisto de papeles falsos y con un traje de verano en pleno invierno. ¿Le hubiera dejado desembarcar, en su calidad de emigrante, la policía de Buenos Aires? Pero tuvo la suerte de ser descubierto por nosotros en el barco. Eleonora Duse y yo le habíamos conocido anteriormente, cuando era un rico comerciante de Amsterdam. Era, además, un crítico eminente en los diarios holandeses y no había salido en su vida de su país, salvo aquella vez, y por consecuencia de una serie de desgracias financieras.

Eleonora Duse fué su buena estrella. Desde el día siguiente, en el barco, le ayudó por todos los medios a recobrar su aplomo; y recuerdo que, en la primera conversación, le dió su Shakespeare, donde ella había escrito, como hacía frecuentemente: "Aquí dentro está todo". En Buenos Aires, y una vez que hubo visto cómo gracias a los amigos se le abría una vida nueva al inmigrante, la Duse sintióse feliz y sonriente, tuvo horas de confianza; aquel episodio fué para ella un goce y un reposo.

Otra sonrisa le fué procurada por el arribo de su hija Henriette, que nos acompañó durante el tiempo de nuestra permanencia en Buenos Aires, estaba terriblemente movida y que merecía por sí sola un número entero del diario. ¡Y tales hechos. Reinhardt los ignora completamente!

¿Quién se acuerda ahora de aquella extraña enfermedad que fué curada por el doctor Escalier, ex presidente de Bolivia? ¿Quién se acuerda de las representaciones en el Coliseo y del viaje a Rosario? Entre ella y Faustino Da Rosa, quien no procedía siempre de buena fe, hubo escenas extraordinarias de violencia y, a veces, de comicidad.

Desde la Argentina fué desde donde expidió, por cuenta de Eleonora Duse, sumas muy importantes a Mendelssohn, el banquero berlinés, capital que no se vió muy protegido en las horas difíciles; porque, lo diré de una vez, sin perjuicio de hablar más extensamente de ello en otra ocasión, si Eleonora Duse no hubiera colocado sus economías en Berlín, no habría "trabajado" tanto para el Rey de Prusia. No le gustaba "trabajar", como ella decía, y era, por encima de todo, una especie de mujer-poeta. Reinhardt en su libro no hace más que desflorar esa cuestión del "trabajo" en la vida de la gran actriz. Ahora bien; por haber acompañado mucho a Eleonora Duse y muy cerca, tanto fuera de bastidores como en la escena, estoy en condiciones de demostrar que M. Reinhardt ha escrito una biografía de Eleonora Duse basándose, por una parte, en murmuraciones de ese infeliz Traversi y por otra, en los cuentos místico-literarios de Schneider.

Eleonora Duse resultó víctima, principalmente, de su trabajo en Alemania; creyó en las seguridades que le ofrecían allí y fué arruinada de todas las maneras en Berlín, donde ha brotado muy rápidamente la leyenda duseana.

LA COMPRA Y VENTA DE JOYAS ROBADAS :: LO QUE OCURRIÓ CON LAS ALHAJAS DE LA CORONA DE RUSIA :: HISTORIA DE ALGUNOS DIAMANTES FAMOSOS



DURANTE el año pasado fueron robadas joyas por valor de muchas decenas de miles de libras esterlinas en Londres y en provincias, pero se detuvo a muy pocas personas. Estas epidemias de robos de alhajas han adquirido un carácter muy serio, y el comercio legítimo se ha visto afectado en razón de la aparente imposibilidad en que se encuentra la policía de arrestar a los ladrones y recuperar los efectos desaparecidos.

Detrás de estos robos, realizados en forma sumamente hábil, se encuentra el tráfico oculto en joyas valiosas sustraídas. La policía está al tanto de este gremio siniestro y poderoso, pero como sucede con todos los recibidores de efectos robados, es muy difícil obtener pruebas definitivas contra el comprador, puesto que el ladrón, invariablemente, guarda muy bien el secreto. Por otra parte, los robos de joyas y la adquisición de las mismas constituyen actividades criminales completamente distintas a todas las demás. La ley atribuye al recibidor o reduciador una culpabilidad mayor que la del ladrón mismo, y si no fuese por los intermediarios, los robos de alhajas serían mucho menores. Los intermediarios constituyen, en realidad, la base de todas estas actividades criminales, puesto que figuran aparentemente al frente de comercios perfectamente lícitos. Se rodean de una verdadera camarilla de profesionales del delito, suministran los fondos necesarios para planear y llevar a efecto los grandes robos, y proporcionan a los autores materiales de estos hechos criminales el equipo necesario, por ejemplo: oxígeno y sopletes oxidícos, como los empleados en el asalto a la caja de los señores Hirschfeld y Cia., en Kirby Street, Hatton Garden. Los ladrones se llevaron en esta ocasión brillantes por valor de 7000 libras esterlinas. Además, los intermediarios proveen automóviles y obtienen informes sobre personas y lugares que consideran propicios para el desarrollo de sus tenebrosos planes.

El ladrón de alhajas, especializado en la violación de cajas fuertes, no es muy confiado que digamos, y cuando se trata de enajenar objetos de mucho valor, prefiere conservar los hasta que tiene el precio en dinero a la vista.

Cuando uno estudia con alguna detención la forma en que se realiza este comercio en joyas robadas, puede ver la forma completa de su organización. El reduciador, que es en cierto modo un intermediario de una especie de casa de liquidaciones, transforma y cambia todo lo posible el aspecto exterior de los efectos robados. Hace desaparecer las marcas de comercio de los objetos de oro, plata o platino, cambia las piedras o los engarces, extrae la maquinaria de los relojes, reemplaza un diamante por un rubí, o un rubí por una esmeralda, y así sucesivamente.

Hay hombres de alguna fortuna en Inglaterra que en vian a sus establecimientos de liquidación en el Continente joyas robadas aquí. Muchos de estos ciudadanos aparentemente respetables, la mayoría de origen y de nacimiento dudosos, residen en los distritos del Este o del noroeste de Londres; llevan, ostensiblemente, una vida eminentemente respetable; pero son, en realidad, recibidores y factores importantes del ilícito comercio.

La compra y venta de piedras preciosas constituye un verdadero monopolio de la comunidad hebrea. Hatton Gar-

den es el mercado principal donde se realizan los negocios legítimos, y allí pueden verse diariamente muchos hombres, que por lo común hablan en "yiddish", cerrar negocios por valor de decenas de miles de libras. También he visto en Dukes Place, Houndsditch, otro centro del comercio de joyas, un millar de hombres, aproximadamente, de todas las nacionalidades, reunido un domingo por la mañana. Es probable que entre todos ellos hubiera algunos centenares de compradores legítimos, pero es muy probable asimismo que tampoco faltaran los profesionales del delito.

Los negocios se cierran en todas partes: en las cantinas, en los portales y hasta en la misma calle. Los comerciantes colocan su mercadería en el suelo, sobre paños, y en pequeños mostradores, para que todo el mundo pueda examinarla.

Fué en este mismo lugar donde se vendieron, según se asegura, algunas de las joyas de la corona de Rusia, y también algunas piedras preciosas robadas a un millonario neoyorquino en París hace unos diez y ocho meses. El alcance de nuestras leyes en materia de difamación me impide citar los nombres de algunas personas que tuvieron que rendir cuentas a la justicia por haber actuado de intermediarios de ladrones de joyas. En los últimos diez años y debido a las dificultades que presenta la comprobación de esta clase de delitos, no se han dictado más de una media docena de sentencias condenatorias en asuntos de tal índole. Sin embargo, cuando se logra dar con el culpable, la sentencia que se le aplica es de una severidad extrema. Conozco el caso de una de estas personas, a quien se le condenó a un período muy largo de prisión; se demostró en el curso del proceso que durante muchos años había sido intermediario de ladrones de alhajas sumamente audaces.

Los ladrones de alhajas han burlado a la policía durante siglos. Recordemos el caso del famoso diamante "Regente" de la República Francesa, que actualmente se encuentra en la galería Apolo del Louvre, y que tiene un valor de unas 35.000 libras esterlinas. Esta piedra cambió de dueño varias veces, hasta que Napoleón I la compró a un hebreo holandés en 1810.

Luego tenemos el gran diamante amarillo de los portugueses, que se guarda en la caja fuerte de la Tesorería de Lisboa. Es conocido como el "Braganza", y su valor estimado en 50 millones.

Esta joya, que no ha sido tallada, pesa 1880 quilates. Otra joya histórica es el diamante llamado "Esperanza Azul", que vale 600.000 libras esterlinas. Fué robado en 1863 al Duque de Brunswick por su valet, detenido posteriormente en París.

La llamada "Regalia Británica", conocida también como "Las joyas de la corona de Dublín", y que vale miles de libras esterlinas, fué robada durante el reinado de Eduardo VII y perdida para siempre. El Koh-i-Noor, actualmente en el castillo de Windsor, se vió también robado y desapareció durante años, hasta que fué a dar a manos de la East India Company, que la ofreció a la Corona cuando el Punjab quedó anexionado definitivamente, en tiempos de la reina Victoria.

Las joyas de la corona de Rusia fueron vendidas en Houndsditch. Entre ellas figuraban dos enormes diamantes, ambos robados en diversas oportunidades: el llamado "Luna de la Montaña" y el "Orloff", que valen juntos más de 250.000 libras esterlinas.

EDWIN T. WOODHALL

EX FUNCIONARIO DE SCOTLAND YARD Y DETECTIVE DEL PRINCIPAL DE GALEN

LUGNE
P O E

(Para La Nación)
2 de mayo de 1910

LOS VIKINGS



A época de los vikings nórdicos entró probablemente en su período activo cuando Roma, acosada por los ataques de los bárbaros, retiró sus legiones de Gran Bretaña en el siglo V de nuestra era. El efecto inmediato de esta medida fue el de dejar abierta la provincia a las incursiones de los vecinos. En esta forma se iniciaron las luchas interminables por la posesión de Gran Bretaña y otras porciones del Imperio Romano situadas en el continente europeo.

Los hombres del Norte, que al entrar en lucha con la civilización romana ya cristianizada lo hicieron como fieros paganos persiguiendo los siervos de la iglesia y destruyendo sus obras, se transformaron luego en fervientes y celosos cristianos gracias a un largo proceso de evolución espiritual. Defensores de la religión, fueron abnegados cruzados que

llevaron el emblema de la fe al Santo Sepulcro de Palestina, rescatándolo de los infieles.

La constitución física de los países escandinavos es un obstáculo para el aumento de la población después que se ha pasado sobre cierto límite. En el siglo pasado, por ejemplo, la presión económica fue la causa de un extraordinario movimiento emigratorio hacia los Estados Unidos de Norte América desde los tres reinos septentrionales. Probablemente la misma causa y el amor innato a los combates y a las aventuras dieron origen a los famosos cruceros de los vikings. La práctica de estas excursiones llegó a ser una costumbre tan legítima como las modernas expediciones noruegas de pesca de ballena que anualmente parten para los mares antárticos.

Los jefes de los corsarios y los capitanes de los buques eran elegidos entre los guerreros más afamados y sagaces. Las tripulaciones de los barcos estaban compuestas únicamente

por hombres libres, escogidos, y tenían derecho a parte del botín según su aporte para equipar la expedición.

El valor personal de los componentes era proverbial y se elevaba sobre las supersticiones de la época. Durante las batallas era muy frecuente que los combatientes alcanzaran una especie de sobreexcitación, conocida por el nombre de "Berserksgang", durante la cual el guerrero se desprendía de su cota de malla y poseionado por un furor terrible se lanzaba al combate para morir o vencer.

El código de honor de los vikings era tan elevado como el de los caballeros andantes. He aquí un dicho de ellos: "El hombre muere, pero su fama vive", y otro: "Es preferible morir con honor que vivir sin él".

Con el correr de los años se hicieron más ambiciosos los planes de los vikings. En lugar de invernar en su propia tierra—lo que importaba dos largos viajes por año, tal vez uno de ida y otro de vuelta entre la costa occidental de Noruega y el Sur de Francia—, los jefes de más visión se asociaban y juntos se posesionaron de puntos estratégicos situados en las costas de las Islas Británicas y el continente.

Desde estos puntos dirigieron sus ataques a fondo contra los distintos países. En esta forma se iniciaron las conquistas de extensos territorios.

Los noruegos tomaron Irlanda y extensas comarcas de Escocia, la isla Man y la región septentrional de Inglaterra; al mismo tiempo colonizaron las

islas Feroe, Islandia y Groenlandia. En Francia se hicieron dueños de la Normandía y más tarde los normandos establecieron el reino de Sicilia, amenazando hasta el poder del emperador de Constantinopla. Entre sus descubrimientos se encuentran los de Islandia, Groenlandia y Norte América. Este último descubrimiento, efectuado por el famoso Leif Erikson, hijo del descubridor y colonizador de Islandia Erik el Rojo, no tuvo la repercusión que alcanzó el de Cristóbal Colón 492 años más tarde y no puede restar méritos a la hazaña del gran almirante.

Los suecos se dirigieron a Rusia, en donde establecieron un reino bajo Rurik. Este fue el comienzo del Imperio Ruso. Los daneses conquistaron Inglaterra y los pueblos del Báltico.

París fue sitiado varias veces y tomado por los vikings, que dominaban todo el territorio adonde pudieran llegar con sus barcos.

Los cruceros no se limitaron a los Estados bálticos: Rusia, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Flandes y Francia, sino que se extendieron hasta España, Portugal y los Estados situados en el Mediterráneo.

Las conquistas citadas no se debieron a superioridad numérica, ya que los países nórdicos han sido siempre escasamente poblados en comparación con el resto de Europa. Noruega, por ejemplo, poseía medio millón de habitantes en el año 1701, cantidad difícilmente superada mil años antes.

Vencieron gracias al alto valor individual de sus componentes. Una de las más salientes características de los vikings conservada por sus descendientes fue la facilidad con que abandonaron sus modos de vivir, costumbres, ideas e insti-

tuciones, para adoptar los del país en el cual se establecieron. "En Italia fueron italianos; en Francia, franceses; en Inglaterra, ingleses, y en Rusia, rusos". Su adaptabilidad al ambiente hizo de ellos en poco tiempo los campeones de las razas en donde se habían introducido por la fuerza. El caso de los noruegos en la Galla es típico. Desde el establecimiento definitivo de Rolfo (Rolf) como Duque de Normandía, en el año 912, hasta la magna empresa que fue la conquista de Inglaterra por Guillermo el Conquistador, su descendiente, transcurrió tan sólo un siglo y medio. En este período, relativamente corto en la historia de los pueblos, los descendientes de los rudos vikings se habían transformado en nobles franceses, refinados pero valientes, y constituían la flor de la caballería del país.

La infusión de sangre noruega estaba destinada a ser uno de los factores más importantes entre los elementos raciales que ha formado la brillante nación francesa. Muchísimas de las hazañas románticas de su historia se deben al espíritu aventurero de quienes fueron descendientes de los hombres del Norte.

Los nobles de la Normandía dieron un esplendor inusitado a la caballería francesa, contribuyendo notablemente a hacer de Francia la cuna de los caballeros andantes y el centro de las cruzadas durante los siglos XI y XII.

GUILLERMO HOXMARK

EL EVADIDO

(Continuación de la pág. 3)

tro frases que se hubiesen compuesto para mí, y luego tenderme, como un obrero que ha terminado su trabajo, a lo largo de un libro. Yo era como esos poderosos automóviles encerrados en las vidrieras del centro, que a través de los faroles miran con grandes ojos nostálgicos las largas avenidas asfaltadas por donde podrían correr fantásticamente. Las cosas... Ha pasado un hombre alto, de negro, con un gran sombrero aludo. Involuntariamente he hecho un ademán amistoso, gritando:

—¡Salú, Manso!

El hombre se ha dado vuelta, ha tardado un segundo en reconocermé, y luego, mientras su rostro amanecía con una amplia sonrisa, me ha gritado:

—¡Hola, Vence! ¿Qué tal?

Hace un instante ha doblado la esquina; ya no puede verse. Es verdad; el otro se llamaba Vence. G. Vence; así firmaba cada uno de sus cuentos; la "G" era la inicial de Guillermo... Yo debí llamarme Vanne o Nanne. El quería para mí un nombre seguro. Carlos Vanne. O Roberto... No lo había elegido definitivamente.

Lentamente, como cuando en el campo comienza a venir la niebla sobre la carretera, se ha venido acercando a mi memoria un recuerdo. Debo sufrir una lamentable equivocación; el otro habrá dejado, sin duda, algunas de sus imágenes olvidadas en mi alma antes de marcharse... Yo soy un chico delgado, de grandes ojos tristes. Estoy acostado sobre una piel de oso — ¡tan blanca! — con un soldadote de palo entre las manos. El fuego arde en la chimenea. Un fuego vivo que se retuerce, que salta, que se alarga de pronto en una llamarada desfilada, que suena con cruídos rápidos entre los carbonos encendidos, rojos y alegres... A mi lado está mi madre leyendo; yo no la veo, pero sé que está allí, cerca mío. Una vez yo corría entre las plantas; ella detrás, de blanco... Crepita el fuego. Afuera hay viento. Lluvia. Una lluvia violenta, que golpea los vidrios y el techo. Desde lejos, la casa se ve alta, de dos pisos, con techos rojos. Yo venía con la sirvienta... En medio de la lluvia, uno siente que es muy difícil caminar. Y cuando se está mojado, da miedo. El techo está arriba — ¡tan claro! — y del medio pende la lavana de las luces...

Este es el recuerdo. Mi memoria lo ha ido reconstruyendo lentamente, como si lo pintara. Y yo me siento triste ante él, y nostálgico, como si en realidad me perteneciera. Todo es absurdo.

¿Qué hora será? ¿Las cinco de la mañana...? Sí; acaso sean las cinco de la mañana. Vence se marchó a las doce menos diez y ocho minutos; precisamente estaba mirando su reloj pulsera — ahora está todo roto — cuando... Sí; las doce menos diez y ocho. La violinista había terminado su última tocatá y se disponía a marcharse; las luces del cafetín eran tristes, rodeadas de humo... Y de pronto aquello, la explosión espantosa, los ruidos, los gritos; la noche para mí, para todos los hombres.

(¿Dónde estará Vence? Limpio, sin cuerpo, como de aire... El pobre quería encerrarme dentro de sus moldes literarios. Pero no pudo).

Dolorosamente, fui desprendiéndome de las tinieblas. Me sentí más libre que nunca. Tenía un cuerpo mío, un par de brazos, dos piernas entumecidas, pero mías; ¡mías! Sobre mi cabeza había una mesa tumbada; en los rincones, maderas, yeso, una silla sin patas... Me alcé, haciendo un esfuerzo. Tenía todo el cuerpo dolorido. Miré. Había algunas luces aquí y allá; la vidriera del café era un montón de escombros; en un rincón, cerca del mostrador, hablaban unos hombres (dos vigilantes, creo; no sé bien...). Cerca de donde yo estaba, se veía una mesa que la explosión no había movido; sobre ella, un vaso milagrosamente intacto, con un poco de vino en el fondo. Me senté, y comencé a mirar hacia el palco de la orquesta: estaba vacío, pero aunque hubiese habido alguien, habría sido lo mismo; soy míope... Miré el fondo del vaso: mi ojo, grande, obscuro, aburrido, se reflejaba en él. Fue entonces cuando me descubrieron.

—¿Y ese?

—Es un periodista que viene todas las noches. Estaba antes de la explosión... ¿Está herido, señor?

Se dirigía a mí ahora. Yo los miré un rato sin mover los ojos, sin saber qué decir; yo no tenía tragedia, yo... De pronto se formó en mi cerebro, clara, completamente hecha, esta frase: "La tristeza de los pájaros era como un humo lento que opacaba los ojos". (Después, mientras caminaba por la calle, me ha ocurrido lo mismo cinco o seis veces: en la mitad de la

frase, se me colaba otra, completamente hecha, rara y sin ningún significado inmediato; es absurdo, absurdo completamente...).

Permanecí callado un momento aun. Detrás de mí frente, la frase seguía sonando con esa voz sin ruido de los sueños... De pronto sonreí, bebí de un trago el vino que había en el fondo del vaso, que estaba lleno de polvo, me limpié la lengua entre los labios y traté de levantarme. Habían transcurrido unos segundos apenas desde que me interrogaran. Era necesario responder.

—No; no estoy lastimado.

Hablaba como si el mundo fuera una nube de sueños. Pero al llegar a la calle, al contemplar esa larga cinta nocturna que se tendía en no sé qué mudo arrastrarse de súplica junto al río, me sentí caer de repente en un pozo profundo que se abría en mí mismo; me llené de mí; las palabras comenzaron a levantar un viento áspero en mi alma: yo era un torbellino vertiginoso que comenzaba en mí y terminaba en mí. Como un hombre.

Eché a andar. De tanto en tanto me detenía a contemplar las luces agónicas de los buques dormidos o a escuchar el chapaleo dulce del agua del río. Las palabras se juntaban solas en mi cerebro, llegaban a mis labios y se lanzaban a la noche como pájaros de humo. Había un olor fresco sobre el aire; la noche era muy linda. Yo caminaba como un ebrio, dejándome llevar por las luces que tiraban de mí desde el fondo de las esquinas. Adentro sentía un chisporroteo de luces que me alucinaban como las estrellas rotas de los fuegos de artificio, blancas, azules, rojas... Pero más atrás, un pensamiento obscuro, de hondos ojos torvos, pugnaba por llegar hasta mí. Yo era un personaje sin tragedia; Vence no llegó a imaginar mi historia, y ahora estaban sin crear — ¿adónde? — mi alegría y mi pena, mi vida extraña de personaje de novela.

Mis reflexiones se veían interrumpidas de vez en vez por frases que yo no entendía, o por recuerdos sin sentido. De pronto se presentaban a mi memoria caras gesticulantes o risueñas, muchas caras distintas... Yo las miraba con angustia, quería saber de quién eran; pero sólo conseguía que los ojos se me llenaran de lágrimas.

De pronto me detuve ante una puerta, saqué una llave del bolsillo y abrí. Desde muy lejos, volvió a mi memoria la frase de antes: "La tristeza de

los pájaros era como un humo lento que opacaba los ojos". Estaba en medio de las tinieblas. Avancé palpando las paredes hasta tropezar con la llave de la luz; di vuelta: un chorro claro lo llenó todo. Me hallaba en un pequeño vestíbulo vacío. Tres de sus lados estaban ahuecados por los vanos de las puertas, largos y duros como hocicos de perro apretados contra el suelo; por una de ellas se veía una serie de habitaciones vacías. Mi atención fue ganada por la valija que había en el centro del vestíbulo. La alcé. Sobre la cerradura habían puesto un papel, de modo que se viera fácilmente. Era un mensaje para el otro. Lo leí:

"Señor: la mudanza terminó a las seis. Le dejamos la valija como Vd. ordenó. Mañana vendrán a cortar la luz. — Alfredo".

La última frase me llenó de pavor. Me acordé de las veces en que Vence me abandonaba su cuerpo como una prenda vacía para que yo lo ocupara. Pensé que aquella casa sin nada era algo parecido, y se me erizó el cabello al intuir que alguien podría animarla también a ella; imaginé el movimiento de las grandes vértebras cúbicas de sus habitaciones repentinamente con vida... y hui despavorido hacia la puerta. En la calle había unos hombres que pasaron delante mío. Uno de ellos hablaba. Otro hablaba... Muchos hablaban. Pero las palabras cortaban el aire pesadamente, se caían muertas sin llegar a mis oídos; era algo triste y hermoso.

Me senté en el umbral, con la valija al lado, a contemplar la noche. Vi madurar el alba lentamente en la punta de la calle y alargar sus dedos rosados sobre las piedras; miré los primeros hombres que se escapaban de la noche temblando de frío; sentí rodar los primeros ruidos del día, alegres y redondos, sobre el aire... Pero de pronto, aquel pensamiento obscuro me torció los labios. Entre toda aquella gente que entregaría su alegría o su pena a la ciudad amanecida, yo era un hombre sin anécdota, sin nada, un hombre en blanco como una página no escrita. ¿Qué haría yo? ¿Qué podría hacer yo...?

La tristeza de los pájaros era como un humo lento que opacaba los ojos. Y de pronto una explosión terrible (poco antes eran las doce menos diez y ocho). Y bajo el vidrio del reloj, adentro, entre la máquina, latía el corazón de acero como con gusto. Y era verdad. Era verdad.

EL VALOR NEGATIVO DEL MIEDO



MAGINOS li-
bres del yugo
del temor a la
muerte, del te-
mor a las críti-
cas, a la pérdi-
da de la fortuna
o del empleo, del
temor a nues-
tros propios impulsos e inhibi-
ciones, del temor a la vida mis-
ma. Imaginamos osando ser en la
vida real el héroe o la heroína
de vuestros sueños, de la aven-
tura emocionante, de la empre-
sa espectacular, de la hazaña
dramática; un Lindbergh, un
Rockefeller, un Basil Zaharoff.
En alas de tal sentimiento el
hombre alcanza el Olimpo del
triumfo.

Ninguna gran figura alentó el
miedo. Jamás el éxito, por mo-
desto que fuera, fué concebido
por el miedo. Los temores son
la maldición de la humanidad.

El coraje es una actitud men-
tal y la armadura mágica de
los hombres dioses. El coraje
convierte a los hombres en di-
oses. Coraje implica poder. El
miedo es la gran debilidad que
se alza entre el hombre y la di-
vinidad. El miedo gobierna al
mundo. Los arriesgados gobier-
nan a los pusilánimes, y son los
"superhombres" de las distintas
épocas.

El talismán de las "vidas pro-
tegidas" de aquellos que están
expuestos a grandes peligros—
reyes, dictadores, aventureros—
es su coraje. Mussolini me ha
dicho que no teme la mano del
asesino. Los atentados a su vi-
da—y éstos han sido muchos
más de los que el público cono-
ce—lo dejan impávido. La vida
del rey de España, como tam-
bién la de Primo de Rivera riendo
y chancando en un café de Ma-
drid, desprovisto de vigilancia.
Durante el período inaugural de
las reformas de Kemal Pashá y
de la forzosa pero en ese tiempo
resistida "europeización" de
Turquía, solía ver a "Ghasi, el
conquistador", como se le aclama,
dirigiéndose despreocupado
a través de las calles de Angora
al Angora Club, que era enton-
ces una simple barraca abierta
a todo el mundo. Los ojos azu-
les de Ghasi Kemal escudriña-
ban con interés su público he-
terogéneo, pero nunca con te-
mor. El general Gordon, de
Khartoum, se sentía suficien-
tamente armado con un bastón y
una Biblia.

En tales casos el coraje es
una armadura contra las inten-
ciones malignas, y suele infun-
dir miedo en el ánimo del anta-
gonista.

El mundo debe al coraje algu-
nas de las grandes exploracio-
nes, de los grandes progresos
científicos. La valentía de los
hermanos Wright nos legó hace
veinticinco años la aviación. La
valentía de los "pioneers" enri-
queció a la Corona británica
con nuevos imperios. La valen-
tía de los patriotas trocó en paí-
ses independientes las colonias
americanas. El coraje nacional
conquistó la independencia na-
cional. He ahí el caso de Tur-
quía, que rompió el tratado de
Sèvres. El coraje de los apó-
stoles, filósofos, inventores, co-
merciantes, ha dado al mundo
nuevas religiones, nuevas doc-
trinas, nuevas esperanzas, nue-
vos progresos, nuevas indus-
trias, osadas expediciones a tra-
vés de los mares, de las selvas
virgenes y de los desiertos de
hielo, y ahora desafía a los tem-
pestuosos dioses del aire.

El temor a las críticas engen-
dra la hipocresía. El miedo pa-
raliza los sentidos y la concien-
cia. Puede tornar en mentiro-
so al hombre veraz, al amigo en
enemigo, al aliado en traidor. El
miedo al castigo perjudica a la
mente y al desarrollo del niño.
El miedo a la pérdida del pre-
stigio puede restringir la gene-
rosidad, la amistad, la hospitali-
dad y las decantadas virtudes
cristianas. El temor a la pérdi-
da financiera—inevitable cuan-
do hay probabilidades de ganan-
cia—ha aventado los proyectos
de más de un millón en po-
tencia.

¿Por qué es más fácil tratar
con los jefes que con los subor-

dinados? Aquellos no tienen te-
mor alguno, ningún sentimiento
de que pueden perder algo. Los
grandes son siempre más sim-
páticos, pues saben que nadie
les puede quitar lo que son. "El
éxito atrae al éxito". No hay du-
da de que la confianza en sí mis-
mo produce confianza en los de-
más. El coraje de un hombre o
de una mujer en un desastre
suele surtir un efecto mágico.
"Poise", como dicen los ingle-
ses, esa aureola mágica e inde-
finible del prestigio social, es el
secreto de aquellos que no te-
men a sus propios impulsos, a
sus propias debilidades.

Las existencias de la mayoría
de la humanidad civilizada es-
tán moldeadas y guiadas por el
miedo a esto o aquello, instau-
rado en ellos desde la infancia,
y luego por sus profesores, por
el ambiente o la tradición.

Pero el miedo a la libertad,
contradictorio como puede pa-
recer, es una característica muy
compleja de una larga porción
de la humanidad civilizada. Li-
bertad significa responsabilidad,
confianza en sí mismo, valor de
las convicciones, tenacidad, exi-
gencias excesivas para quien es-
tá acostumbrado a la rutina de
una prisión mental. La vida, la
niña convertida de pronto en se-
ñorita, la asilada, al encontrarse
en el mundo no siempre saben
cómo usar, como explotar la li-
bertad con que han sido inespere-
adamente agraciadas.

Los ex príncipes y princesas
que tras las doradas rejas de la
vida cortesana y la tradición
real anhelaban la libertad de los
plebeyos, no han encontrado en
ella los placeres ayer tan ansia-
dos. El testimonio, material o
mental, de más de un personaje
regio certifica que la libertad no
es deseable si no se está prepa-
rado para disfrutarla. Los débi-
les tienen razón en temerla. El
miedo moral parecería un lega-
do de las viejas generaciones,
aferradas a la tradición y a to-
do lo que ella significa. Las civi-
lizaciones nuevas, América; Tur-
quía y la Rusia revolucionaria,
son arriesgadas en sus empre-
sas y experimentos, pues tienen
poca tradición que perder y mu-
cho que ganar para la historia
que están elaborando. De la
misma manera muchos izquier-
distas y radicales modifican sus
ideas avanzadas al correr de los
años. Esto se debe a que el ju-
icio se serenó o también a que
el tiempo les ha legado algo que
temen perder, que no se atreven
a arriesgar.

En Europa, y en Gran Bre-
taña especialmente, vacilamos
conscientemente, tememos las
innovaciones, el repudio de las
costumbres del pasado. Procla-
mamos con cierta agresividad
que lo que fué bueno durante
siglos para nuestros antepasados,
es "bueno también para
nosotros". Pero en el Nuevo
Mundo y en los países nuevos la
misma complacencia de las vie-
jas generaciones incita a la ju-
ventud a la rebelión, alentándo-
la a experimentos osados.

En el veintitavo aniversario de
la apertura de su tienda colosal,
pregunté a Mr. Gordon Selfridge
si no había temido por el éxi-
to de un experimento tan revo-
lucionario en un Londres tan
conservador.

"Yo nunca he temido a nada",
me declaró. "Requería coraje
abrir hace veintitavo años un ne-
gocio semejante, pero yo tenía
fe y cargaba de miedo".

Con idea de escribir este ar-
tículo pregunté a otros hombres
de negocios el secreto de su éxi-
to. "Afrontamos las dificultades
con coraje", era su principal
respuesta. Interrogué a hom-
bres cuyas vidas habían sido
orientadas con determinación y
valentía, cómo hicieron para
nunca caer, para allanar las di-
ficultades que se habían presen-
tado a su paso. El optimismo
positivo del coraje los había em-
pujado, los seguiría empujando.
La guerra nos reveló muchas fa-
ses de este aserto.

Durante mis viajes, especial-
mente los aéreos, he tenido más
de una oportunidad de estudiar
la psicología del miedo. Si el
coraje es fuerza, también es
aprendizaje, y no debe confundir-
se con la inconsciencia del
peligro. No conocer el peligro—

y hay individuos que no lo cono-
cen—y saberlo enfrentar son
dos cosas distintas. Durante el
primer vuelo transatlántico del
"Graf Zeppelin", en octubre de
1928, los dioses de las tormentas
se vengaron de la humanidad
presuntuosa, amenazando termi-
nar con el dirigible y las sesen-
ta vidas que llevaba. Presenció
entonces uno de los dramas más
conmovedores de valentía y co-
raje. El viento había desgarrado
parte de la cubierta de alu-
minio y arrancado una de las
aletas elevadoras. Comenzaba a
entrar por la brecha producida
y seguiría asolando la aeronave.

Knut Eckener, hijo del co-
mandante, encabezó a un pelotón
que asumió la tarea de tre-
par hasta los desperfectos y re-
pararlos. Apoyándose tan sólo
en las rodillas, cosiendo con las
manos, estos hombres valientes
proseguían su tarea a pesar del
viento que trataba de arrojarlos
al espacio. Los motores del ze-
ppelin estaban detenidos, para
que el torbellino levantado por
las hélices no dificultara los es-
fuerzos de aquellos valientes.
Azotado por la lluvia, flotando
a merced de los vientos sobre el
Atlántico, el gigante de 230 me-
tros de largo comenzó a descen-
der hacia el océano. Cada vez
nos acercábamos más a sus
aguas turbulentas, mientras
aquellos hombres trabajaban fe-
brilmente por reparar la bre-
cha. Trabajaban bravamente
por salvar a la aeronave y a sus
tripulantes.

El capitán Fleming se acercó
al Dr. Hugo Eckener, que esta-
ba en el puente principal, y le
dijo:

—Señor, debemos poner dos
motores en marcha. El zeppelin
se hunde.

El Dr. Eckener no prestó
atención. Tal vez no oyera. Fle-
ming repitió su pedido, seña-
lando el mar cercano.

—¡Dos motores, dos motores
para salvar al zeppelin!

Con el rostro contraído y du-
ro como el granito, el Dr. Ecker-
ner miró rápidamente en direc-
ción a la aleta rota y dijo con
ruda voz:

—¡Pongan en marcha los mo-
tores!

Pronunció un "mi hijo" casi
imperceptible y volvió la cabeza
como si ya se hubiera producido
la catástrofe. Valiente, pero inteli-
gentemente desesperado, dió la or-
den que creía iba a sacrificar la
vida de su único hijo.

Solamente diez minutos más
tarde supo que el torbellino de
las hélices no había arrojado a
Knut y sus compañeros al agua.



LADY GRACE
DRUMMOND
HAY

Parte de la Nación
LONDRES, septiembre de 1930

Este primer vuelo era experi-
mental, y no hubo como avisar
a los maquinistas para que hi-
cieran funcionar los motores.

El miedo es una fuerza nega-
tiva, aliada del pesimismo. El
miedo amengua al hombre men-
tal, moral y físicamente. Puede
ser también preventivo contra
la agresión en las naciones y los
individuos.

Hay pocas naciones capaces
de jactarse de no temer una
agresión exterior de cualquier
clase. La cuestión universal del
desarme ha surgido de la ac-
ción internacional de posguerra
entre países que se sospechan
mutuamente y se previenen con-
tra un posible ataque; y hay, sin
embargo, naciones que no abri-
gan ningún temor, pero que no
son pacifistas ni militaristas.
Suecia, Noruega, Suiza y Holan-
da, por ejemplo.

Los recelos, la incertidumbre,
las inquietudes acerca del futu-
ro, pueden trocar al espíritu ac-
tivo de una nación en espíritu
negativo y pasivo que debilita-
rá la fibra nacional. Tal ocurre
también con el individuo. El
pesar no contiene al miedo,
pero los remordimientos más
reales son menos una loable ac-
titud mental como la gente pro-
clama, que una forma del miedo
inconsciente e inarticulada. Ese
arroyo de los soldados frente a
Agincourt, por el cual Enri-
que V clamaba al cielo, lo esti-
maba como la ausencia del
"sentido de las probabilidades",
que es la remora de los hombres
conscientes y vacilantes.

No es osado la que im-
pulsó a los Yogis de la India a
sus peregrinaciones a través de
las selvas virgenes. Los Yogis
no temen a las bestias feroces.
Domeñan con su propia teme-
ridad a la naturaleza salvaje.
Esto se debe, acaso, a que su fi-
losofía exige la absoluta inmu-
nidad de las bestias, reptiles e
insectos, y los animales recono-
cen pronto al amigo y al ene-
migo. Las sorprendentes con-
quistas de los domadores de
fieras son debidas solamente a
la falta de miedo del amansa-
dor intrépido.

Cuando estuve en la India
conoci al famoso Yogi Divekar,
que estaba a punto de irse a
meditar a la selva virgen. Le
interrogué acerca del posible pe-
ligro de los tigres, serpientes y
otros animales mortíferos. Yogi
Divekar me aseguró sonriendo
que él nunca en su vida había
hecho daño a ningún ser vi-
viente, y que, por lo tanto, los
animales tampoco le harían da-
ño alguno. Y esto debe ser ver-
dad, pues habitó en la selva du-
rante varias semanas y volvió
sano y salvo.

Ciertas tribus del norte de
África, los Aissous, no temen a
las serpientes, escorpiones y de-
más animales nocivos. Forman
antes bien una comunidad de
culto especial como los fran-
cmaones que una tribu. Cada
aldeña de un distrito alberga a
uno o varios de estos Aissous,
que siguen en los trabajos y en
las diversiones la costumbre
normal de la vecindad, hasta
que escuchan la campana que
los llama a sus ritos especiales.

Yo los he visto alzar en las
manos serpientes e insectos pon-
zoñosos y he presenciado algu-
nos de sus ritos, privilegio debi-
do a la intrepidez de mi marido,
que me condujo serenamente
hasta el círculo frenético forma-
do por los Aissous, que, man-
chados de sangre, se excitaban
con la danza y agitaban las ca-
bezas bajo el fuerte sol de Ma-
ruecos. Desde el amanecer ha-
bían estado afeitados en este
frenesí, corriendo tras los cor-
deros que los otros secuaces
arrojaban al círculo. Los asían,
los descuartizaban, devoraban
la carne aun caliente y tiraban
al aire los huesos y la piel.

Los cotos de animales de Ca-
nadá y de los Estados Unidos
ofrecen ejemplos extraordina-
rios de cómo la seguridad y la
no agresión transforman a los
animales. Cuando estuve en Ca-
nadá el año pasado, fui a visitar
una de las grandes reservas de
las montañas rocosas. Allí podía
acercarme hasta a los osos, ha-
sta, incluso, a las madres con
cubs, que generalmente son tan
hostiles y se asustan, y me
sabían que nadie les haría daño

y se mostraban amistosas con el
hombre amistoso.

De niña, viví algún tiempo en
el África del Sur, y allí mis
compañeros de juegos, los niños
europeos, solían jugar con ani-
males feroces para con las per-
sonas mayores, pero inofensivos
con ellos. Después de todo, el
perro de peor carácter rara vez
ataca a un niño, a pesar de que
éste suele tomarse libertades ex-
cesivas con sus manecitas. Por
otra parte, un caballo o un pe-
rro de carácter normal suele
morder a la persona que le tiene
miedo. Si uno demuestra miedo
delante del animal y corre, éste
lo perseguirá. Esto mismo se
aplica a los pueblos primitivos
y a los pueblos civilizados, pero
degenerados por las revueltas y
revoluciones.

Recuerdo una Navidad en El
Cairo, cuando el odio contra los
ingleses se expresaba por medio
de continuos asesinatos y ata-
ques, de los que no se libraban
las señoras europeas. Se aconse-
jaba a los europeos no frecuen-
tar los barrios de los nativos.
Pero yo realizaba mis camina-
tas de todos los días, y a veces
pasaba entre grupos hostiles sin
inmutarme, aunque me consta-
ba que cien ojos me seguían.
Mi nerviosidad podía incitar los
instintos agresivos y tal vez
asesinos de aquella gente, mien-
tras que la indiferencia no era
provocativa.

El temor a la muerte es la
gran maldición de la humani-
dad. Pero el temor a la vida lo
convierte en una expectativa
deseable. Cuando el hombre se
da cuenta de que morir es tan
natural como nacer, el terror a
lo desconocido desaparecerá en
gran parte. Pero la religión cris-
tiana, tal como se practica hoy
en día, estriba más en la re-
compensa prometida que en el
castigo eterno. En las viejas ci-
vilizaciones, la Iglesia desempe-
ñaba un papel avasallador con
su práctica del Infierno, sus
pinturas de la muerte, como la
suprema venganza de Dios so-
bre las humildes criaturas que
El mismo había creado. Idea
absurda. Los países más atra-
sados son los gobernados toda-
vía por la Iglesia, en los cuales
la influencia clerical frustra el
progreso y la educación sealar.
Las civilizaciones jóvenes han
separado definitivamente a la
Iglesia del Estado, devolviendo
a la Iglesia lo que es de la Ig-
lesia, pero librando al individuo
del yugo de sus prejuicios, de
sus prohibiciones.

Cristo es el ejemplo más grande
de coraje que el mundo ha co-
nocido. Fué valiente en la vida
y valiente en la muerte. Murió
por el hombre para demostrar a
la humanidad temerosa que la
muerte no existe, y que la vida
es tan sólo la preparación para
otra vida futura.

El mundo occidental tiene un
complejo de terrores mayor que
el oriental. Que Oriente sea más
fuerte espiritualmente que Oc-
cidente se debe en parte a esta
visión mental. El llamado fata-
lismo de Oriente es menos re-
signación que certidumbre de
que las alternativas de la vida
siguen día por día, hora por
hora, la sucesión natural de las
primeras causas.

La doctrina del Islam pro-
clama que el morir en la batalla
es el camino más seguro del pa-
raíso, y desprecia la vida hu-
mana. El budismo enseña que
el mundo sólo cuenta como par-
te de un ciclo que evoluciona
hacia la perfección y la paz in-
mortal. En China, con su pobla-
ción de quinientos millones de
habitantes, la vida no significa
nada y la muerte suele ser re-
poso agradable. En Oriente la
muerte no implica dolor. El
miedo a la muerte es artificial y
adquirido.

La primera pregunta que se
me hace sobre mis viajes por
aire y por tierra es: "¿No tiene
miedo?". Yo no tengo miedo.
Nunca he experimentado el te-
mor a lo desconocido. En reali-
dad, un instinto de explorar lo
desconocido ha dominado mi
vida, mis acciones, y esto no
siempre sin perjuicio para mí.
Considero la vida como una
aventura continua y la muerte
como el fin de la aventura.
Conociendo

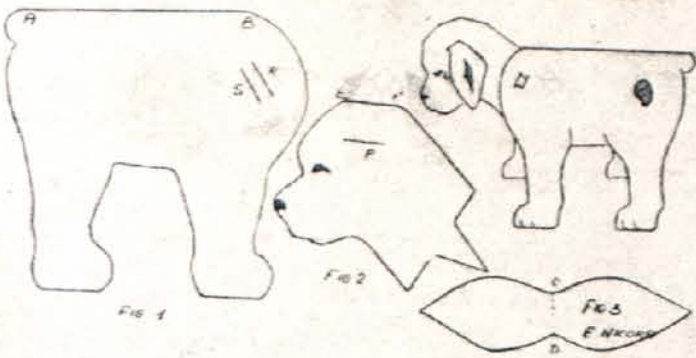


UN RECURSO EFICAZ

Dibujos de GEO McMANUS



COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



UN PERRITO Sobre una hoja de papel doblada por la mitad se dibujan las tres piezas, de modo que las líneas AB, EF y CD, coincidan con la línea de doblez de la hoja. Se recortan y colorean. Se introducen las aletas de la cadera en las hendiduras S y R y las orejas, dobladas por la línea de puntos, en las P.

EL SEÑOR Y LA SEÑORA TUTANKAMON

ME parece que estoy soñando... ¡Qué lindo es estar en Egipto! Tengo unas ganas locas de verlo todo... las Pirámides, la Esfinge, el Cairo...

Así se expresaba Helena Aone conversando con su primo Ricardo en el puente del vapor que debía conducirlos a la India.

Ricardo rió burlonamente.

—¿Qué poco conoces estos parajes! — respondió —. Esas cosas no se encuentran, desgraciadamente, a lo largo de nuestro camino, para que puedas admirarlas. Tendrás que contentarte con ver flamencos, y, dentro de un rato a Ismailia...

—¿Qué es eso? — preguntó la niña ya interesada.

—Es una pequeña ciudad que se encuentra sobre el canal. Te prevengo que es fea, aburrida y sin ningún interés.

Efectivamente, poco tiempo después se encontraban frente mismo a dicha ciudad y con gran indignación de los pasajeros del barco se detuvo, causando una gran alegría a Elena.

—¿Qué romántico! — decía Ricardo, remediando a su prima — ¡pasar toda la noche en este lugar y hacerse la ilusión de que vivimos hace tres mil años en todo el esplendor de Egipto!... ¿Quién me diera estar ya de regreso en casa y salir a caballo para hacer una recorrida...

Helena permanecía silenciosa mientras tanto, hasta que de repente exclamó:

—¿Ni una palabra más! y echó a correr, pero ni bien se había alejado unos cuantos metros volvió, siempre corriendo y muy agitada, dijo a su primo: Vas a ser bueno. Te lo pido como un favor... ¿Dime que sí!

—¿Pero si no sé de qué se trata!... ¿Te has vuelto loca?

—No, pero me daría mucha pena que no quisieras hacerme ese favor.

—Pero dí qué es lo que quieres.

—Mira, esta noche hay un baile de disfraces a bordo; ¿quieres ser bueno y vestirme de egipcio antiguo? Yo también lo haré y seremos el señor y la señora Tutankamón.

No costó poco trabajo a la joven convencer a su primo, pero por fin logró hacerlo y comenzó la ejecución de los vestidos, sacando todo el contenido de los baúles y valijas con gran desesperación de la madre de Ricardo. Lo que costó más trabajo fue el bonete de Tutankamón, que fabricaron de cartón con aplicaciones de cartón dorado, representando serpientes, escarabajos y otros signos de los que se ven en los jeroglíficos egipcios. Fue un verdadero triunfo y el jurado resolvió por unanimidad darles el primer premio.

—Lo malo de esta indumentaria es que resulta muy incómoda para bailar —, dijo Ricardo a su prima — ¿Qué te parece que subamos al puente a tomar un poco de fresco y descansar?

La niña aceptó la proposición, pero, naturalmente, una vez solos en el puente, poéticamente iluminado por la luna que brillaba con singular blancura, sintió que su imaginación volvía a agitarse con la obsesión del pasado.

—¿Qué lástima! — exclamó —

no poder alejarnos de este odioso buque tan moderno, dejar de oír la música americana y caminar solos, como si realmente fuéramos el señor y la señora Tutankamón.

—Oye —, respondió Ricardo, que parecía contagiado por la agitación de la niña —. Te propongo una cosa: bajemos a ese bote que está amarrado a popa y vamos a dar una vuelta a tierra. Nadie nos verá.

Helena no habría aceptado semejante proposición si hubiera estado en su país... pero, estaban en Egipto... y para colmo, vestidos como antiguos egipcios... ¿Cómo resistir a esa tentación?

—La cosa no es tan fácil — dijo Ricardo después de un momento de reflexión. Si bajamos a tomar el bote nos verán; es pues, necesario bajar por esa soga... ¿Te animas?

—¿Vaya si me animo! — respondió Helena —, sería capaz de hacer eso y mucho más ¿Qué divertido!

Unos minutos después, la extraña pareja llegaba a orillas del canal y saltaba a tierra.

—¿Qué será eso? — preguntó entonces Helena indicando una especie de muro que se extendía frente a ellos —. Subamos para mirar.

Como no era muy alto, la joven pudo subir ayudada por su primo, y una vez arriba, quedó muda de terror. Del otro lado del muro vio a unos seis u ocho árabes que sentados en círculo hablaban al parecer muy agitados, mirando algo que ella no podía ver. Ricardo subió a su vez sobre el muro, pero al hacerlo solo golpeó fuertemente a éste y cayeron unas cuantas piedras... Los árabes se dieron vuelta bruscamente al sentir el ruido y se levantaron amenazadores. Helena dió un grito y se estrechó contra su primo, llena de terror.

Mientras tanto, los árabes se acercaban a ellos y Ricardo, que no era miedoso, sintió que un escalofrío corría por todo su cuerpo. ¿Qué podría hacer contra tantos hombres?... Si ellos resolvían apoderarse de la joven?... Estas ideas cruzaron por la imaginación del muchacho en menos de un instante, y luego se le ocurrió algo estúpido.

—Levántate —, ordenó a su primo — y pon los brazos en alto, como lo hago yo.

Al mismo tiempo se puso a proferir un sonido fuerte, sin articular palabra alguna. Helena lo imitó.

Los árabes se detuvieron un instante, asombrados ante esta extraordinaria aparición, y luego echaron a correr, alejándose.

Cuando hubieron desaparecido, los dos primos se miraron llenos de emoción.

—No hay que perder un instante — dijo el joven — pueden volver de un minuto a otro. ¡Corramos!

Pero Helena no se movía.

—No... ¡Adá...! — murmuró la niña, indicando algo que brillaba suavemente en el lugar donde habían estado los árabes.

—Pueden volver! — insistió el muchacho.

—Veamos primero qué es eso — suplicó ella —. Me parece que son piedras preciosas.

Salta del muro hacia adentro los dos primos corrieron hacia el lugar donde brillaban esas



cosas; eran realmente unas magníficas joyas que los árabes habían abandonado. Helena se quitó el velo y las envolvió rápidamente con él, corriendo luego hacia el canal. No bien se habían alejado de la costa vieron que los árabes regresaban, haciendo gestos amenazadores. Los jóvenes sintieron que se les helaba la sangre de espanto, pensando que podían tener armas de fuego, pero, afortunadamente no fue así, pues llegaron sanos y salvos al vapor, donde no habían advertido siquiera su ausencia.

Llevaron las joyas al capitán que declaró se trataba indudablemente de un importante robo de que se le había dado parte a fin de vigilar las posibilidades de que se embarcaran los ladrones. Esas joyas pertenecían a una millonaria americana, a quien se las habían sustraído en Alejandria.

Naturalmente, ambos jóvenes fueron seriamente amonestados por su escapada, asegurándoles que no se les permitiría estar nunca más solos.

Cuando pasó el alboroto, Helena dijo a su primo:

—Lo que no puedo acabar de comprender es por qué razón los ladrones huyeron en vez de atacarnos.

Ricardo rió y mostrándole su ridícula indumentaria explicó:

—¿Tonta! ¿No ves que nos creyeron el señor y la señora Tutankamón!

APROVECHANDO LA OCASION

UN domingo por la mañana salió la pequeña Gertrudis, con un vestidito limpio a dar una vuelta, mientras su mamá se acababa de vestir para salir juntas a pasear. A los pocos pasos encontró una amiguita que lloraba amargamente.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras de esa manera? — preguntó la niña.

—Tenía dos monedas —, respondió la otra — y vino un chico grande y me robó una de ellas.

—¿Qué pícara! — dijo indignada Gertrudis — ¿Y tú qué hiciste?

—Yo grité, ¡¡¡Socorro! ¡socorro!

—Pero me imagino que gritarías más fuerte que eso.

—No, porque estoy tan ronca que no puedo hacerlo más fuerte.

Entonces Gertrudis se precipitó sobre la pobre niña y le quitó la segunda moneda, desapareciendo en el acto.

EL COLMO DE LA ECONOMIA

UNA vez vivían en Tokio dos hombres muy avaros que emprendieron una larga discusión sobre la manera de ahorrar más.

Yo he llegado a hacer durar un abanico durante veinte años — dijo uno de ellos —, con el siguiente sistema: Yo no abro cada vez todo el abanico cuando lo voy a usar. Abro sólo una parte y ésta me dura un año. Entonces utilizo la otra y así sucesivamente hasta que se cumplen los veinte años.

—Sólo veinte años para un buen abanico! ¡Nunca he oído semejante extravagancia! En mi familia, un abanico dura dos o tres generaciones. Abrimos el abanico entero, pero no lo estropeamos moviéndolo para abanicarnos; ¡Oh, no! ¡Lo tenemos inmóvil con la mano, y movemos en cambio la cara!

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

El lápiz saltarín



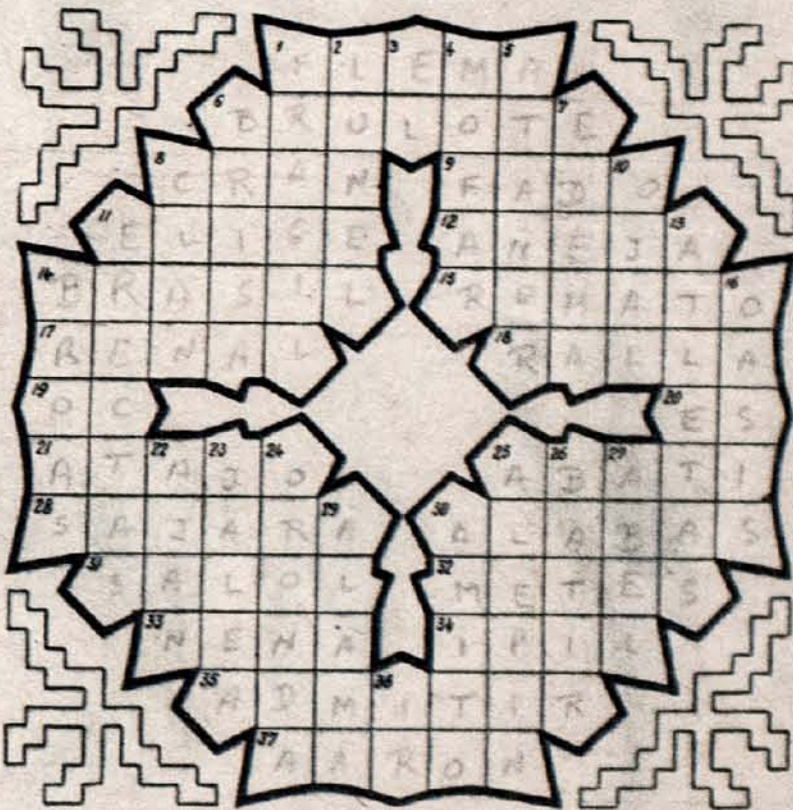
UN MONSTRUO CLASICO

ESCRIBA todo lo que sepa sobre los centauros — dijo una maestra de escuela a su discípulo.

El niño escribió durante un rato sin levantar cabeza y por fin extendió a la maestra la siguiente composición:

“Un centauro era un antiguo caballo y su jinete todo en un pedazo. El hombre no podía caer del caballo, pues era la misma persona que él. Si dormía en una carpa no necesitaba un establo, y si dormía en el establo no necesitaba una carpa. No sé cuál le gustaba más. Lo mismo sucedía con los alimentos: si comía pasto no necesitaba carne. Aunque era muy primitivo, resultaba muy práctico para la guerra”.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

- En sentido figurado, tardanza y lentitud en las operaciones.
- Barco cargado de materias combustibles e inflamables, que se dirige sobre los buques enemigos para incendiarlos.
- Muesca que tiene cada letra de imprenta para que, al colocarla en el compendador, pueda el cajista conocer si ha quedado en la posición conveniente.
- Cierta canción popular portuguesa.
- Escoge, prefiere a una persona o cosa para un fin.
- Dícese de ciertas cosas que tienen uno o más años.
- Nación sudamericana.
- Acabo o finalizo una cosa.
- Perteneciente o relativo a los simones.
- Desmenuza una cosa fina.

Verticales

- Quebradizo, y que con facilidad se hace pedazos.
- Figura del blasón, en forma de flor, compuesta de cuatro medias lunas unidas por sus puntas.
- Pronombre personal.
- Hacer burla de una persona con palabras, acciones o señales exteriores.
- Tocar o pertenecer.
- Viento de la parte del Nordeste, contrapuesto al vendaval.
- Hinchazón blanda de una parte del cuerpo, que cede a la presión y es ocasionada por la serosidad infiltrada en el tejido celular.
- Nombre que en Escocia designaba tribu o familia y que por extensión se aplica a otras formas de agrupación humana.
- Agujero que atraviesa de parte a parte algunas cosas.
- Barbarismo por levantadas, enderezadas, puestas rígidas.
- Hombres muy membrudos, corpulentos y de grandes fuerzas.
- Especie de galletas o biscochos.
- En sentido figurado, tregua, descanso, refugio en las penalidades o contratiempos de la vida.
- Deslucen una cosa marcescencia.
- Conserva transparente hecha del zumo de algunas frutas.
- Llena de presunción y muy contenta de sí misma.
- Tela muy fina de lana.
- Derrotar al enemigo.
- Uno de los hijos de Adán y Eva.
- Planta leguminosa, que sirve para pasto del ganado.
- Llevar fino, cuadrado y con una cruz en medio, que el sacerdote se pone sobre la espalda y los hombros de los feligreses.
- Obrar, proceder.

BETTY

© 1937 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A.Voight

SIMULACION FRUSTRADA





Negritos del desierto de Sahara ensayando por vez primera la complicada operación de limpiarse los dientes a la manera de los hambres blancos.

Maria Esther P. de Pomar

aconseja a toda señora que desee conservar el cutis lozano, claro, siempre joven, abundantes aplicaciones de

CREMA DE ORIENTE VINDOBONA

No es un cold-cream. No es un tónico para el cutis. Crema de Oriente Vindobona sobrepasa todo lo que usted pueda haber ensayado hasta ahora. Sus componentes son distintos; por eso son diferentes sus resultados también.

Alisa las arrugas - Elimina las pecas y manchas

Aplicada por la noche rejuvenece las capas profundas de la piel. Así modifica su textura, mejorándola, porque es vaso-constructora. Con cada aplicación su cutis mejorará. Se reafirmarán las partes flácidas de la piel y se borrarán aún las arrugas más pronunciadas alrededor de los ojos, en el cuello, en la frente, junto a la boca.

Así como rejuvenece la epidermis, la libra de todas las impurezas. Al llegar los científicos ingredientes de la Crema de Oriente Vindobona a las capas ocultas de la piel, intervienen en la elaboración del cutis que usted ostentará mañana. Apuran la expulsión de la piel marchita, y con ella se van las pecas, los peños, las manchas cutáneas. Día a día el espejo le señalará cómo rejuvenece y se aclara la piel de usted. Los barritos desaparecerán. Los poros se contraerán. La piel aparecerá más fina y transparente. Se borrarán de ella las huellas del sol y de los años. Las paspaduras sanan en seguida. Los Laboratorios Vindobona le garantizan a usted los resultados. Póngase en tratamiento con la Crema de Oriente Vindobona. Si a usted no le diera resultados satisfactorios, le devolveremos el dinero gastado. Adquiera un pote hoy. Se vende en las buenas farmacias, tiendas y perfumerías y en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8 — PISO 1º — BUENOS AIRES

Franco Inglesa Florida y Sarmiento Gath y Chaves Casa Central y Sucursales Farmacia Gibson Florida 281 Farmacia Canning Canning y Sta. Fe

Se atienden en el día pedidos del Interior y Telefónicos.

Folleto gratis. Pídalos.

"Tengo por norma, todas las noches, antes de acostarme, hacerme una abundante aplicación de Crema de Oriente Vindobona en el rostro y brazos, y aconsejo hacer lo mismo a toda señora que desee conservar el cutis lozano, limpio, siempre joven."

Maria Esther P. de Pomar

Alice White, estrella cinematográfica norteamericana.

La dieta para adelgazar le robó la belleza

Era ella una muchacha bonita, que comenzó a entrar en carnes: a engordar. Resolvió adelgazar. Así puso en práctica una severa dieta. Contaba las calorías de los alimentos. Huía de éstos y aquéllos. En las mesas que seleccionaba tan cuidadosamente había apenas alimento para un anciano. Enflaqueció. Comenzaba a padecer constipación. Sufrió de frecuentes dolores de cabeza, de espalda y de cintura. El cutis se volvió amarillo, cetrino. Entonces recurrió al médico, pero ya era tarde. Una seria enfermedad había hecho presa de su organismo. Miles de personas están pagando con su salud las caprichosas dietas para adelgazar. El debilitamiento general — la falta de alimentación — mina la vida. A menudo el fin es una triste enfermedad.

¡Adelgace — pero sin dejar de comer!

Vd. puede reducir su peso sin privar al organismo de la cantidad de alimentos necesarios para la salud. Puede adelgazar en forma agradable, sin ingerir medicamentos — píldoras o sales purgativas. Esto es fácil, rápido, placentero con la toma de Baños Sarowal.

Una fuente termal en el hogar

En la bañera que Vd. tiene en su casa se librará de la grasa de los tejidos adiposos. Para conseguirlos, agregue Vd. al agua caliente de los baños un paquetito de "Polvos para Baños Sarowal". Cada caja contiene dos paquetitos. Al reposar Vd. entonces en el agua, sin que se aperciba, tendrá lugar un proceso físico-fisiológico. A través de los poros será expul-

sada una gran cantidad de grasa y la aceleración de la corriente sanguínea determinará la reabsorción de los tejidos adiposos por el organismo. Uno o dos kilos perderá Vd. en cada baño. Compruébelo, pesándose antes y después. La piel quedará lisa, suave y firme. A la mañana siguiente a cada baño, Vd. se sentirá como si hubiese descansado una semana. Con cada baño aumentará su agilidad como disminuirá su peso. Vd. se sentirá más joven y fuerte. Es el tratamiento que recomiendan los médicos contra la obesidad.

Lo que Vd. debe comer

Prácticamente, Vd. puede comer de todo mientras tome Baños Sarowal para adelgazar. Pero si Vd. quiere, además, seguir una dieta, no la componga Vd. a su capricho. Recuerde que en ello va su salud. En cada caja de Polvos para Baños Sarowal encontrará Vd. una descripción de comidas y listas de menús que suministran al cuerpo alimento suficiente y no le harán engordar. Es autor de ese librito un facultativo especialista del Instituto Médico de los Laboratorios Vindobona.

"Polvos para Baños Sarowal" se venden en la Representación Argentina del Instituto Sarowal de París:

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida 8, piso 1º, Buenos Aires.

(Las señoras clientes son atendidas por personal femenino.)

Folleto gratis. — Conozca Vd. algo más sobre el tratamiento para adelgazar, y sobre todo para embellecer las formas del cuerpo. Llame y envíenos hoy el cupón de este aviso, pidiendo gratis el folleto de los Productos del Instituto Sarowal.

Pedidos del Interior se sirven en 4 días.

LABORATORIOS VINDOBONA

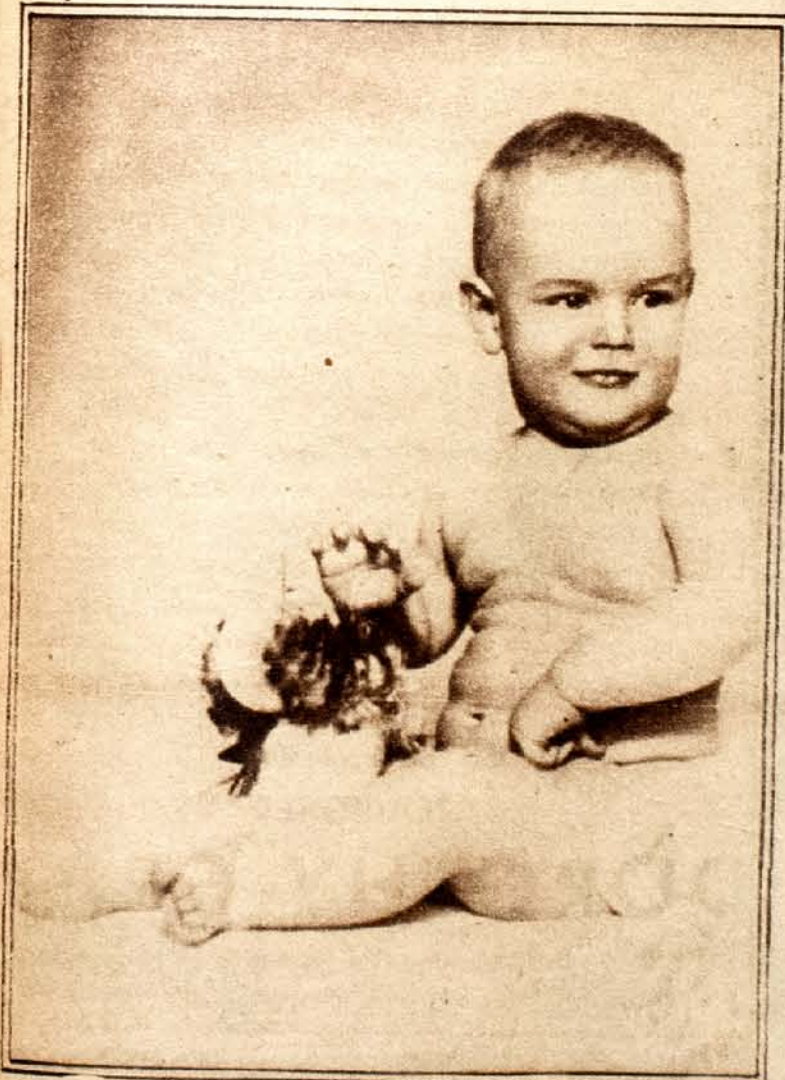
Florida 8 — Piso 1º — Buenos Aires.

Sírvase enviarme gratis librito descriptivo de los Productos Sarowal.

Nombre

Calle

Ciudad



Felipe De Maray, húngaro, de dos años de edad, vencedor en un concurso internacional de fuerza infantil realizado recientemente en Budapest. De acuerdo con el informe de los médicos que examinaron al campeón, éste es la criatura de más fuerza del mundo. Se muestra capaz de alzar en pocos segundos un peso equivalente a tres veces el suyo.

También las casas de más prestigio en el ramo venden

Polvos para Baños Sarowal:
Franco Inglesa Sarmiento y Florida Gath y Chaves Casa Central y Sucursales Farmacia del Pueblo Rivadavia 735 Casa Argentina Scherrer Supacha 171 Farmacia Gibson Florida 281 Farmacia Inglesa Av. de Mayo 900 Farmacia Duval Cabildo 1565 Farmacia González Rivadavia y Centenario

Farmacia Scannapieco Esmeralda 399 Tienda La Piedad Cerrito 98 Ciudad de México Florida 302 Farmacia L'Aiglon Callao 198 En Córdoba Ruggeri Hnos., Lima 34 En Rosario Tienda "La Favorita" Córdoba y Sarmiento En Montevideo



Expedición montañera norteamericana cruzando un desierto de hielo del monte Rainier, Estados Unidos, a una altura media de 2135 metros sobre el nivel del mar.



Albertina Vitak, bailarina de la Metro Goldwyn Mayer.



Dorothy Gray

¿Refleja su espejo una imagen juvenil?

MIENTRAS la curva de su garganta se vea firme y tersa; mientras no la crucen esas pequeñas líneas que la marchitan; mientras las arrugas no aparezcan en las comisuras de sus ojos y boca... seguirá usted siendo joven, cualquiera que sea su edad. ♦♦ Y ahora es posible evitar que esas huellas de la edad salgan al rostro. ¿Como? Por medio de los notables tratamientos científicos que tras muchos años de pacientes estudios logró perfeccionar Dorothy Gray. Antes, estos tratamientos se obtenían solamente en los salones de Estética Facial que Dorothy Gray estableció en París, Nueva York y algunas otras ciudades. Ahora, puede dárselos usted misma en su propio hogar. Pida el librito en el que se describen y adquiera en cualquiera de las buenas tiendas de la república las preparaciones de Dorothy Gray que le convienen.

CREACIONES

DOROTHY GRAY

♦♦♦ Las Damas que van a París, quedan invitadas para visitar el Salón de Dorothy Gray—39 Avenue George V.—♦♦♦



Hessie Love, estrella cinematográfica.

La fragancia refrescante del Jazmín en su cabello



ELABORADA EN INGLATERRA

El nuevo frasco de cristal de forma elegante, es un envase adecuado para la "Loción Jazmín del País Crown" y su selecto perfume de Jazmín. — Nuevo el frasco — pero idéntica en su fragancia; — y refrescante y tónico sin igual del cabello. —

El perfume Jazmín del País Crown asimila enteramente la divina fragancia de las flores del Jazmín saturadas de la luz del sol.



LOCIÓN JAZMIN DEL PAIS CROWN

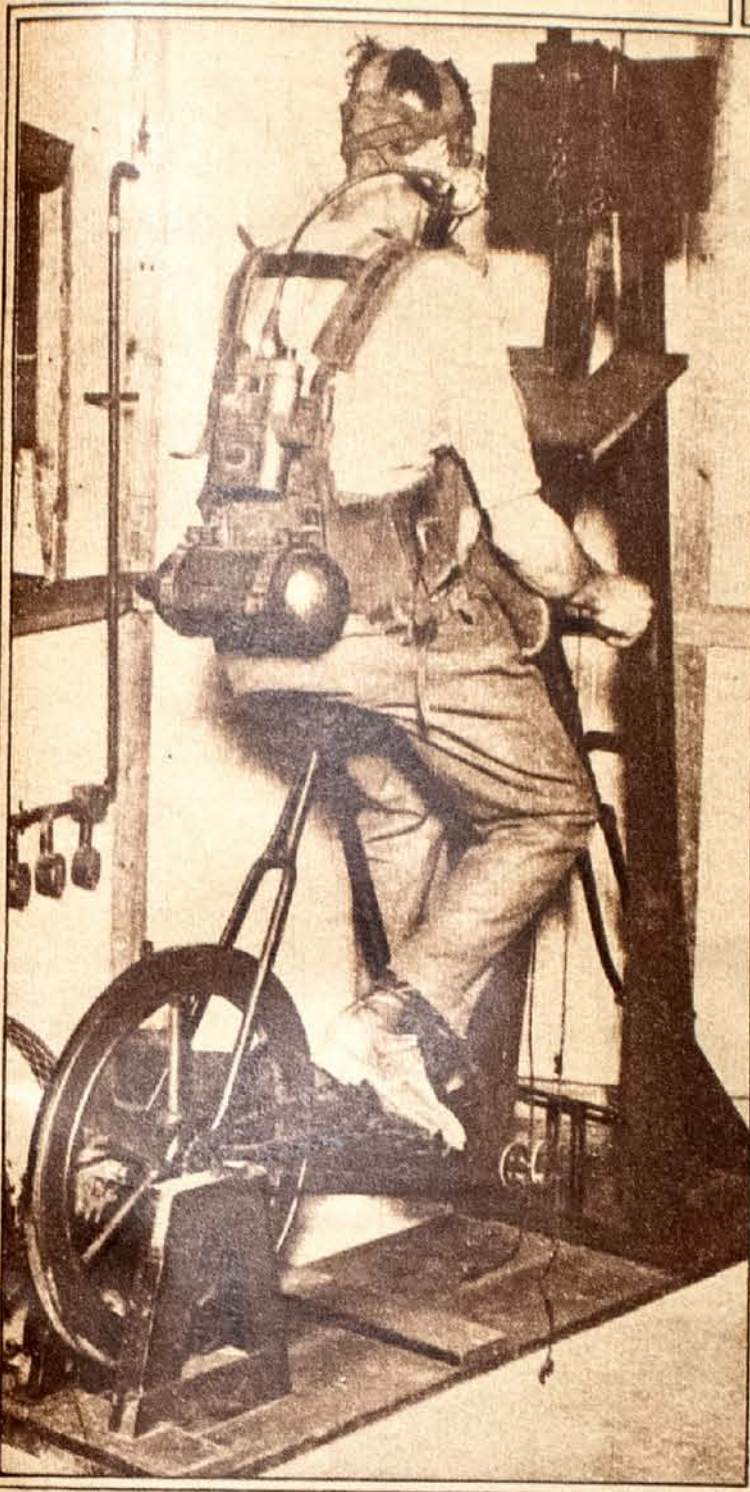
DOROTHY GRAY, Casilla de Correo 2492, Buenos Aires

Sírvase enviarme un ejemplar de "Nuestro Patrimonio de Belleza". Estoy especialmente interesada en los siguientes tratamientos: ☐ Contra las líneas y arrugas. ☐ Contra la papada. ☐ Contra la flacidez de los músculos y la garganta marchita.

Sra. o Srta. _____

Calle y No. _____

Ciudad _____ Provincia _____



Alumno de una escuela de salvataje para mineros en Gran Bretaña, en la cual se sigue un curso de seis meses de aprendizaje, entrenándose sobre una bicicleta en una cámara con gas, provisto de máscara y equipo completo.



Un ingenioso cultor de la pesca, instalado en medio de las frías aguas del San Lorenzo, en Canadá, espera pacientemente los resultados de su escogida posición.

Aviso a las esposas cuyos maridos no ahorran Por una esposa

TANTO mi esposo como yo éramos bastante descuidados con el dinero. Juan tenía una buena entrada, pero prácticamente gastábamos todo cuanto ganaba. Sin embargo ocurrió algo que fué una verdadera advertencia. Juan estuvo bastante enfermo durante cinco semanas. Cuando pudo reanudar sus tareas estábamos sin un centavo y lo que es peor, con deudas.

Después de ocurrido esto, comenzó nuestra preocupación por el dinero. ¿Qué nos habría ocurrido si Juan hubiera estado enfermo varios meses? ¿Qué habríamos hecho si se hubiera incapacitado para continuar trabajando? ¿Qué sería de nuestros hijos de haber ocurrido cualquier cosa?

TERMINANDO LAS PREOCUPACIONES

Un día leí un aviso que más o menos decía:

"Líbrese de las preocupaciones para siempre".

"Vd. está interesado en pasarlo lo mejor posible, con el mínimo de molestias y preocupaciones".

"Vd. no quiere pagar alquiler todo su vida. Vd. desea poder retirarse alguna vez de sus ocupaciones actuales, y tomarse un merecido descanso".

Hablaba también de un medio seguro para que nuestros hijos pudieran educarse y de muchas otras cosas de real interés.

Le mostré el aviso a Juan y resolvimos pedir informes al respecto. Dadas las facilidades que nos proporcionaron, pudimos iniciarnos en ese plan de previsión de inmediato y hoy vivimos despreocupados por las cosas que puedan ocurrir.

PIDA INFORMACION

Lo precedentemente señalado es un caso típico. Nosotros podemos darle a Vd. el medio de llegar a tener su independencia económica, proporcionarle una renta en caso de incapacitarse para el trabajo, terminar



Las mujeres solteras también pueden conocer:

- Cómo ahorrar científicamente
- Cómo llegar a tener una renta

con sus preocupaciones económicas, ya sean sus entradas grandes o pequeñas.

Nuestro plan financiero es tan claro y sencillo, que una vez que Vd. lo conozca tendrá verdadero interés en iniciarse.

Lea la lista al pie de algunas de las muchas cosas que podemos proporcionarle. Entre ellas hay alguna que Vd. desee, ¿no es cierto?

Envíenos llenado el cupón, y además del consejo oportuno, recibirá un obsequio útil. Esto no significa ningún gasto. Con ello no contrae ninguna obligación. Envíe en seguida el cupón llenado.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

Para conseguir esto

Envíe este cupón

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55 ó 60 años.
2. FONDOS para pagar la casa hipotecada, ante cualquier eventualidad.
3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
4. DINERO en efectivo para los gastos de sucesión.
5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.

Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil.

Nombre

Calle

Ciudad

Provincia

Año de nacimiento

Impalpables, adherentes,
invisibles. Matizan y refrescan
el cutis. Huelen a jardín.

Use usted

POLVOS TRINI

del tono que prefiera.

PERFUMERÍA GAL

MADRID - BUENOS AIRES
LONDON - NEW YORK

CAJA
\$2

Bizcochos ~ Málaga

Con vinos de postre o licores
¡ para que la velada transcurra
más deliciosamente !



Todo, desde su masa esponjosa, de suave y delicioso gusto a almendra, hasta el tentador aspecto tostadito de su superficie granulada, hacen que sean un "convite" exquisito.

He aquí por qué suman hoy muchos miles las señoras que siempre cuidan de tener a mano, en todo momento, una caja de "MALAGA".

Haga que hoy mismo se
la traiga su proveedor.

Se venden en todo el país.

S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO

TERRABUSI